

79

Concurso de
Historias y Cuentos
del Mundo Rural

Autologuè

1999



Edición , Diseño y Diagramación:
FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES,
CAPACITACIÓN Y CULTURA DEL AGRO (FUCOA),
MINISTERIO DE AGRICULTURA.

DICIEMBRE 1999

Derechos reservados
Inscripción N° 112.133
del Registro de Propiedad Intelectual

© 1999 - FUCOA
Santiago de Chile-1999
ISBN: 956-7215-13-8
HECHO EN CHILE
Impreso por: MAVAL



70

Concurso de
Historias y Cuentos
del Mundo Rural

Autologuè

1999



Categoría A Historias Campesinas

Tenemos el agrado de presentar esta selección de relatos inspirados en la relación con la tierra que han escrito hombres y mujeres del norte, del centro y del sur, de la cordillera y del mar de nuestra larga y angosta faja llamada Chile.

En este volumen está presente la experiencia de nuestra gente de la tierra de los infinitos rincones donde se crean y se crían infinitos chiles no siempre vistos y oídos por el Chile Oficial.

Esta iniciativa de FUCOA tiene la virtud, entre otras, de ser una instancia donde estos compatriotas pueden ser oídos, entendidos y atendidos en sus necesidades, en sus nostalgias y utopías.

Leer estos relatos para los miembros del jurado ha sido una experiencia extraordinariamente iluminadora. Muchas veces más que eso, ha sido conmovedora. Hay en estos testimonios, recuerdos, memorias de lo ancestral, tal densidad de vivencias, de sabiduría, de fuerza para llevar adelante la vida, que se constituyen en auténticos paradigmas para la sociedad de nuestro tiempo.

En la selección se ha buscado la presencia de dos valores : el antropológico y el estético. Se han elegido los relatos que revelen alguna veta de la riquísima experiencia de vivir en contacto permanente con la vida en sus diversas manifestaciones. Para una sociedad cada vez más tecnologizada es, más que útil, necesario que conozca la cultura originada en el diálogo con la naturaleza. "Toda cultura nace de la tierra, dice Gabriela Mistral. Aquí hemos creído que nace del bachillerato". Afortunadamente la Reforma Educacional al proporcionar una escuela abierta al entorno natural y cultural, está girando el dial desde una educación de espaldas a la identidad a una que privilegia la apertura a la diversidad cultural, dentro de la cual nuestros campesinos ocupan un primerísimo lugar.

Junto al valor antropológico se ha buscado la presencia del valor estético en el sentido de encarnar la experiencia campesina en una escritura clara, coherente, expresiva, patentizadora de los sentimientos y los sueños de gente sencilla, humilde pero entrañablemente humana.

Buscando relatos donde estén presentes estos valores se han seleccionado los textos que integran este volumen. El Primer premio le fue otorgado al cuento "Don Faustino, un ovejero de la Patagonia chilena", de Edith Ruiz Aguilar. Este texto entrega de forma fluida la profunda sabiduría derivada de entrañar un oficio en las remotas latitudes australes.

El Segundo Premio lo obtuvo el relato titulado "Juan Largo, Kurriwentru, el botero", de Elisa Ester Curimil Huenchumil. Cuenta la vida de un mapuche que, en su medio, fue un ejemplo de sapiencia, alegría de vivir y entrega solidaria.

El Tercer premio le fue otorgado al relato "El minero Zepeda", de Bartolomé Segundo Ponce Castillo. Este es un tesoro de memoria colectiva donde se revela la riqueza legendaria de la minería del Norte Chico.

Los tres relatos premiados poseen una alta calidad. Lo mismo hay que decir de los seleccionados con menciones honoríficas. El Jurado les agradece a todos los concursantes, por el inapreciable privilegio de conocer una zona maravillosa del alma chilena a través de los relatos presentados al 7º Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural, 1999.

*Fidel Sepúlveda Llanos
Presidente del Jurado 1999*

Primer Premio

**DON FAUSTINO,
UN OVEJERO DE LA
PATAGONIA CHILENA**

Edith Ruiz Aguilar, 60 años, Orientadora
Familiar, Jubilada.
Rancagua VI Región.

-Aquí, por estas tierras inmensas, la huella no tiene fin. -Me dijo el ovejero con su voz lenta, firme y melodiosa. El viejo estaba sentado sobre un tronco que le servía de asiento y de mesa para sostener la tetera del mate.

-Siéntese -me invitó, haciendo un gesto. -Acómódese, aquí, conmigo; y, sírvase un mate amargo para que vaya probando el sabor de la región. Por estos lados hay hospitalidad, la puerta del rancho la tengo siempre abierta para custodiar el fogón; y para dejarle el paso libre a los forasteros y a la soledad. Ella es mi fiel amiga desde la juventud. Una vez traje una mujer y, la muy canalla, me la espantó para que se fuera. Desde entonces la tengo como única compañera. ¡Qué le vamos a hacer con la suerte caray!..

Toda la vida he sido ovejero y puestero. Tengo a mi cuidado un buen piño de ovejas en estas extensas leguas de mi patrón. -Después el ovejero suspiró y se quedó mirándome, como midiendo mi estatura y mi fortaleza.

El día era claro y transparente, el sol se veía pequeño en el cielo y no entibiaba el aire a pesar de la luz.

Retomando su monólogo me interrogó:

-¿Qué le parece, forastero esta tierra tan grande y tan fría? Y tan olvidada, ¿Por qué no decirlo? Cuando niño fui a la escuela, mi madre era profesora. Todavía guardo sus libros como un recuerdo. En los mapas descubrí que, esta región, queda en los confines del planeta. ¿Le molesta el viento, muchacho? -continuó el anciano- Al principio es pesado, después se acostumbra a sus caprichos y hasta podrá conversar con él cuando se canse de charlar con los perros. Una noche sin luna el desgraciado llegará gimiendo como una mujer. Después se irá y usted lo echará de menos por esos sollozos de hembra, que le harán recordar a todas las que lo quisieron. A la mañana siguiente usted se sentará sobre este mismo tronco y se pondrá

a conversar, solito, hacia adentro. En cualquier noche lluviosa volverá enfurecido y negro como el diablo por esas cumbres, y cabalgará aullando por encima del rancho. ¡Ay, pobre muchacho! Usted se va a poner a tiritar de soledad y de espanto; porque el endemoniado, al enredarse entre los árboles opuestos a su paso, va a bramar enloquecido



derribando las lenguas, los coigües y los ñires, que van a caer en un verdadero estruendo de troncos y brazos reventados contra el suelo.

El amanecer se va a tardar; le va a parecer que el sol perdió el rumbo, dejando a la Patagonia como una oveja guacha. ¡No me mire incrédulo! -exclamó al ver mi expresión de miedo y desconsuelo.- Usted tiene que hacerse hombre y saber bien, desde antes, como son los caprichos del viento, de la nieve y de la escarcha. Los sabañones que le salen a uno en las manos y en los pies son del carajo y dan picazón; después que no dejan dormir con el escozor, se revientan. Por acá los curamos con los meados. Es lo mejor. ¡Ah! Y si le sale un lobanillo en alguna parte del cuerpo, lo que debe hacer es sobarlo con saliva muda en la mañana; y en la noche con grasa de cordero calentita. Me largué a reír con todas mis ganas, y el puestero me llamó la atención con seriedad:

-¡No se ría así, ya va aprender! Cuando era un mocoso le pregunté a mi vieja sobre la saliva muda y ella me dio una lección. Me lo explicó mirándome fijo con sus ojos negros como calafates, y me dijo: "Es la saliva de la mañana, la de antes de hablar" -y después Don Faustino prosiguió sentencioso:

-Entrada la primavera el viento va a regresar soplando del polo sur, livianito de pies. Tan juguetón y cantarín como aquel cariño que le di a esa mi potranca, que tuve aquí y no la pude amansar. Mejor no la voy a recordar, porque todavía me duele como una puñalada de cuchillo verijero; y me vuelve a sangrar el corazón. Entonces, para más mejor, le voy a seguir hablando del viento. Como le decía, la brisa se va a llevar la lluvia y vamos a volver a ver el sol. De la pura alegría se van a poner a cantar los arroyos, y a brincar los animales en los campos y en los potreros. Usted, amigo, va a escuchar por primera vez en su vida la risa del cielo

y de la tierra. Las copas de los árboles se van llenar de hojas por la mano de Dios. Sobre el campo, donde estuvo la nieve, brotarán los coirones, los cadillos, las pimpinelas; y el ganado volverá a tener alimento fresco.

La historia del ovejero me tenía alelado, pero a la vez el cansancio y el hambre me estaban traspasando como agujas. Comencé a dar temblores y el anciano me consoló diciendo: -Pronto va a llegar el verano, pero eso sí que mientras regrese el calorcito, se va a tener que aclimatar. ¡Claro, a usted, me lo mandaron para enseñarle a ovejero! Esto que le he dicho son las primeras lecciones. Al principio va a ser duro porque usted no es patagón, y viene del norte, según me dijeron. Con un poco de voluntad aprenderá, no se desanime, va a aprender. ¡Se lo aseguro! Tómese otro mate amargo para que se vaya aquerenciando en la Patagonia. Enseguida vamos a asar un churrasco para matar el hambre, y le voy a mostrar su catre y la vara para colgar sus pilchas dentro del rancho.

Después haciéndome una señal con la mano abierta, me dijo con su acento austral tan recio pero acogedor: -Muchacho, pase a este humilde rancho, pobre en comodidades, pero lleno de cariño. Todos los lujos que usted haya conocido antes, aquí los va a tener que olvidar. Descargue, ahora, sus bultos y empezará por lo más sencillo. Le enseñaré la forma de preparar el aliño para salmuerar un buen churrasco patagón.

Primero va a tablear un pedazo de esa masa que la tengo fermentando, y se va a poner a freír las tortas en esa sartén para acompañar el asado de cordero. ¡No examine tanto mi facha, carajo! -Me reprendió sonriente- Con estas piernas lanudas, de cuero de oveja, ando bien aperado para pasar el frío. Las botas, mi pañuelo de cuello, mi campera y mi sombrero, los compré al "otro lado del alambre", como le decimos aquí a la Patagonia Argentina. Por la tremenda distancia y las dificultades de

los caminos con nuestro propio país, tengo que comprar allí mis aperos para el trabajo. Entiende por aperos todo lo necesario, es decir los vicios y las prendas. Es un pueblecito de la frontera donde también viven muchos emigrantes chilenos. Agarro el galope por esas pampas y siguiendo la huella contra el viento, llegó pronto al pueblo, casi en un dos por tres. Allí uno encuentra más de lo que usted está pensando. En ese lugar, que le digo, están a la venta las botellas de grapa para alegrar el mate, es decir para tomarlo "con punta". Están los porrones con ginebra para poner a cantar al corazón, las pilas para la radio y las cuerdas para mi guitarra campera. Yo le voy a enseñar a pagar en patagón con todos los dicharachos de aquí. Además, allá, uno se encuentra con otros ovejeros, arrieros y puesteros para conversar del tiempo, de la vida, de las mujeres, en fin. Por último para desafiarlos a jugar unos partidos de truco.-

El anciano se dio cuenta de mi ignorancia con relación al juego del cual me hablaba y me aclaró:

-El truco es un juego de naipes que vino de España y se quedó aquí en la Patagonia chilena y en la Patagonia argentina. Es muy entretenido. Se forman las parejas y se ponen de acuerdo con el llamado "tanteador", para la aplicación del reglamento. Con simulación y mentiras de grueso calibre se trata de adivinar la carta del contrario y de engañar con la carta propia. La primera mano de naipes se llama el "envido". Todo se dice en verso rimado con picardía picante y con provocación. Lo más importante es cantar la flor del truco. ¡Se lo voy a enseñar y va a ver cuánto le va a gustar!.

Algunas veces se hacen apuestas de ovejas, de pingos o de vaquillas gordas. Al final termina el juego con un entrevero de chiporro asado, vino abundante, y baile con mujeres que son buenas para la risa. Eso sí que, algunas veces, la

borrachera puede terminar mal. ¡Hasta con puñaladas, mierda! -exclamó don Faustino con repentina fuerza- ¡Un ovejero, puestero o arriero, no debe andar jamás sin sus cuchillos: el facón y el verijero carajo! ¡Con el facón bien enfundado al cinto para defenderse y para carnear animales; y con el verijero para comer asado!

Mañana buscaré los cuchillos, el cinto con todos los aperos, y se los enseñaré a usar. Bueno, le aconsejo desde ahora que, con las mujeres del pueblo uno no puede hacerse ninguna ilusión. Ellas no quieren vivir en los puestos lejanos y sacrificados, como éste, donde no hay ni siquiera un baño con agua corriente. Pero haciendo honor a la verdad: son lindas, saben cantar, tocar la guitarra, bailar; y le dan a uno un respiro entre tanta soledad. Eso sí que hay que ir con harta plata, porque cobran caro por sus servicios.

Le voy a enseñar el camino de la felicidad, se lo prometo. Eso sí que primero, va a tener que aprender las faenas de un buen ovejero. ¡Cómo que me llamo Faustino Mansilla Millaldeo, que usted va a llegar a ser el mejor en la amansada de caballos, en la capa de corderos y en el cuchillo carneador! ¡Y para qué decir en adiestrar los perros, en jugar al truco, y en todas las tareas de un ovejero, caramba!-

Don Faustino buscó una botella de grapa de un cajón y preparó de nuevo el mate para bajar -según me dijo- el asado que nos comimos. Le puso agua fría al tiesto para lavar la yerba; dando fuertes chupadas y escupiendo el agua verde por la puerta del rancho. Después le colocó el agua caliente con un chorro de grapa y me lo pasó recitando:

-Aquí va un mate con punta
pa'l aprendiz de ovejero
saldrá flor de compañero
si me sabe hacer la yunta-

El anciano se quedó a la espera de mi reacción por el sabor del mate. Al ver que no hice ninguna mueca con el fuerte brebaje, lanzó una tremenda carcajada, exclamando: -¡Al fin tengo un compañero para matear! -Después comentó entre dientes: -No sea que me lo espante la soledad, no más... Sabrá usted forastero que, en estos últimos años, el corazón se me ha portado mal. Por estos lugares no hay doctores y si el motor le empieza a fallar a uno, se rompe sin miramientos.

El día cuando me muera, usted no me haga viajar por dos días y dos noches, atravesado en mi caballo como un chiporro carneado, al cementerio del pueblo chileno, ni al argentino que queda más cerca. ¡No, afuerino! Entiérrame en el bosque de los *ñires* para escuchar el canto y los gemidos del viento, para sentir el balido de las ovejas y para seguir conversando con mis perros.

Oscurecía y empecé a ponerme triste, entonces le pregunté a don Faustino si tenía pilas para escuchar las noticias de las radios del norte del país. Mi pregunta le causó risa, una risa burlesca, y me respondió:

-¡Pero hermano, aquí en la Patagonia nosotros estamos viviendo en un mundo aparte, en el abandono y el olvido, ¿no se da cuenta todavía? Aquí las noticias del norte no le servirán para nada. Por estos lados la vida será siempre igual con las noticias y sin ellas. En un tiempo más, usted comprenderá lo que le digo. Si las radios del norte parece que fueran de otro planeta. Nada de lo que dicen tiene que ver con nosotros, ni con esta tierra perdida en el mapa; pero tan bonita. Eso no lo puede negar ni el más empingorotao.

A usted, amigo, no debe importarle si baja o sube el dólar. O si llega una artista famosa del extranjero, porque por estos lados, nunca la verá ni en foto. No le debe dar ni comezón donde pongan el congreso o le dejen poner. Ni tan siquiera la dieta de los parlamentarios. ¡Nada!

¡Usted está aquí para hacer patria, sin pensar en ninguna cosa de por allá del norte!

Aquí va aprender mucho. ¡Y se va a hacer un hombre de verdad, no un enclenque, caramba! -Al terminar de hablar se puso de pie, suspiró hondo, se estiró con fuerza, y se fue a buscar la guitarra que estaba colgada de un clavo en la pared. Tomó asiento sobre el cajón donde guardaba la grapa y, serenándose de ánimo, comenzó una canción desconocida para mí. La canción era triste me informó que era propia del lugar, y se llamaba "Corazón de escarcha".

Al finalizar me volvió a aconsejar: -Se lo digo como un padre, no se ponga a soñar con las payasadas de otras partes, tan ajenas a nosotros, ponga los pies en la tierra. Eso es lo mejor para usted. Pensar en el norte le haría muy mal, y no tiene sentido, ésta es su realidad, aquí y ahora.

Si quería cambiar de vida, aquí la va a cambiar por completo. No quiero desilusionarlo, pero primero tiene que curtirse de lejanía y soledad. Las radios de Coihaique son más entretenidas. Ellas dan los mensajes de los familiares que andan por el pueblo. Como por ejemplo: "Le quiero informar a mi marido Rudecindo, que mi compadre ya me arregló el motor y me lo dejó como nuevo". Esas noticias son simpáticas. También dan las tristes, cuando muere un conocido o cuando hay peligro por las crecidas. Las radios del norte se acuerdan de nosotros sólo cuando hace erupción el Hudson. Después con el tiempo va a poder escuchar sus famosas noticias sin enfermarse y, cuando eso suceda, sus mentás radios le van a importar un carajo. Entonces las va a mandar a la misma mierda y a la madre puta que las parió.-

Don Faustino volvió a tomar la guitarra y se puso a entonar unas payas, propias de la región, aclarando el significado de las palabras que yo no conocía.

Los días pasaron volando entre mi aprendizaje

y las conversaciones del ovejero. De pronto llegó el verano y, una mañana, el anciano me dijo: -Ya enteró seis meses por estos pagos, forastero. Me siento contento, lo veo harto aquerenciado en La Patagonia. Mañana vamos a empezar la capa de los corderos. Los vamos a capar a diente. ¡Y no se me ponga tan asustado mi amigo! Va a venir un capador experimentado a darnos una ayuda. También vamos a realizar la señalada, mejor dicho, vamos a marcar los corderos haciéndoles una señal en la oreja con el distintivo del patrón. Algún día él va a venir por aquí y lo va a conocer en persona. Como le decía vamos a empezar la capa y usted me va a ayudar, llevando los animales al ruedo para practicarles la operación. Al final de la manga, se va a dar cuenta de la rapidez con que sentamos cada chiporro. De una dentada y ¡zas! le arrancamos los testículos con gusto a sangre. De un solo escupitajo los lanzamos al balde coquero y nos enjuagamos la boca con trago para desinfectar los dientes. ¡Y al otro chiporro, carajo, hasta terminar el día! - Don Faustino ni reparó en las náuseas y arcadas que me venían, en tanto aseguraba:

-¡Usted va a capar unos cuantos para experimentar! Oiga aprendiz, le cuento que pronto va a empezar la faena de la esquila. Para eso viene un camión con una máquina y una comarsa de esquiladores, agarradores, envellonador, en fin, todos los que se necesitan para la faena. Nosotros debemos tener habilitados los galpones, los bretes y el baño de las ovejas. Una vez que han sido peladas, hay que bañarlas con desinfectante para que no agarren sarna.-

A la entrada del otoño don Faustino se veía satisfecho. Aquella noche cuando ya comenzaba el frío me dirigió unas palabras de cariño: -¡Vio muchacho como ya no es forastero? Ya mi compañero no es un aprendiz, lo digo con orgullo, es un ovejero.- Estaba sonriendo y murmurando satisfacciones cuando se quedó dormido en su catre cerca del fogón.

Aquella madrugada desperté asustado con los gritos del anciano: -¡Arriba! ¡Arriba!

Está nevando. ¡Hay que salir a juntar las ovejas, mierda!-

Don Faustino siempre tan calmado para todo, esa mañana partió desesperado, silbándole a los perros. Y gritándole, al igual que un demente, a los caballos. Tanto al pingo que montaba, como a los caballos pilcheros que cargaban los bastimentos. Así le llamaba a la comida, los cueros lanudos, las vasijas, la leña seca y el forraje de campaña.

Esa fue mi primera experiencia con la nieve. Al ver el manto blanco tuve deseos de reír, saltar, jugar, en fin, de no sé qué.

No tenía ropa adecuada, pasó el verano y ni siquiera nos acordamos, con don Faustino. Recibí mi paga del administrador y hasta conocí al patrón. Con tanta plata en mano, nos fuimos a divertir al pueblo con el viejo ovejero y lo olvidamos todo, hasta mi ropa del frío. Decidí ponerme un poncho de don Faustino y unas botas de él, que me quedaban algo chicas. Subí de un salto a mi caballo, y salí dándole fuertes silbidos a mis perros. En el camino me encontré desorientado, porque la nieve, había borrado los senderos. Los perros me guiaban corriendo por delante y olfateando los rastros de los perros y de los caballos de don Faustino. Al verlos tan diestros y con tanto afán, me bajaron los impulsos de abrazarlos de puro agradecimiento.

Trabajamos todo el día, que más bien parecía un crepúsculo. Con don Faustino, los perros y los caballos parecíamos unos fantasmas en la nieve.

La alegría inicial de ver la nevazón se me había terminado, sentía que el frío me tenía acalambreado y deprimido. El vapor de nuestra respiración se confundía con el vapor de la respiración de los perros y de los caballos. Era como una nube que nos volvía a caer sobre el cuerpo convertida en gotas de escarcha.

Al final de la jornada encendimos fuego, sobre una lata, con la leña seca que cargaban los caballos pilcheros. Cocinamos los churrascos. Tomamos el mate con más grapa de lo corriente, hasta que sentimos arder la garganta. Al costado de la fogata se echaron los perros para engullir los trozos de carne asada, cuya grasa se les congelaba en el aire. Un poco más allá de los perros, forrajearon los caballos el alimento que ellos mismos habían transportado.

Mientras yo cebaba el mate don Faustino se burlaba de mí, diciéndome: -Ovejero, te van a salir tantos sabañones que te van a faltar meados para la cura-.

Al anochecer regresamos, dejándonos guiar por los animales. Una vez ya en el rancho, mientras mi maestro desensillaba los caballos, avivé el fogón y empecé a cocinar un asado criollo. Es decir: plantado en una cruz de fierro, al lado del fuego y bien salmuereado. Estaba friendo las masas cuadradas, llamadas las tortas en la Patagonia, cuando entró don Faustino y empecé a buscar algo en un cajón.

-Aquí encontré unos cueros lanudos -me dijo- a lo que comamos te voy a enseñar a costurar unas buenas pierneras para el frío. Los demás aperos los vamos a ir a comprar apenas se vaya la nieve. Es la primera nevada y no se afirma. Se irá en unos cuantos días.

Una vez en el pueblo jugaremos al truco una vaquilla. Estoy seguro que vamos a volver con carne para un mes. Ya eres un maestro en el truco, más mentiroso que yo, y mejor verseedor. Me las está ganando en todo ¡cagón!. Menos en la capa a diente. Ahí te dejo unas cuantas leguas acoquinado -dijo riéndose a carcajadas, mientras terminábamos de coser las pierneras. Después las levantó en el aire y gritó: -Te quedaron como de sastrería, ovejero! Ahora sí que me voy a dormir. ¡Qué sueños, por adelantado, con las angelitas del pueblo!

Se fue el invierno con su crudeza y su soledad. Esa soledad que nada más se siente en las vastedades patagónicas.

Jamás podré olvidar la llegada de esa primavera. Aquella mañana al despertar tuve una corazonada. No escuché el chisporroteo del fogón, por una carga de leña recién puesta, ni pude oír las radios de la región dando los mensajes a los pobladores. Tampoco sentí el sonido de la tetera sobre el fuego matero, en la orilla del fogón.

Me decidí, con temor, a abrir los ojos; y vi en su catre a don Faustino. Me levanté sospechoso y caminé despacio hasta el anciano. Lo encontré mirando al cielo, con el rostro frío y descolorido. Lo abracé por primera vez en la vida; y un puñal de dolor se me enterró en medio del pecho al ver, tan quieto y tan rígido, a mi maestro. Me nubló el llanto y encendí dos velas rezando. Lo velé tres días y dos noches, conversándole de todo lo que me había enseñado y habíamos hecho juntos. Olvidado de la ovejas, y prendido de su mano grande. Sumergido entre la pena y los aullidos de los perros, decidí su entierro.

Cumplí cabalmente con su pedido: lo senté en mi caballo y yo me monté detrás de él, sujetándolo para que no parezca muerto.

Esa tarde la brisa era suave, cristalina; y el viento livianito y juguetón. Caminamos silenciosos, por la pampa, hasta el bosque de los ñires. Nos seguían los perros con las orejas gachas, parecían desolados e iban arrastrando el hocico por el suelo.

Sobre la cruz le grabé con mi cuchillo verijero:

A mi maestro ovejero,
con todito el corazón,
le lloro el truco de luto
por que no tengo una flor.

Segundo Premio
JUAN LARGO
(KÜRRIWENTRU):
EL BOTERO

Elisa Ester Curimil Huenchumil,
47 años, Secretaria.
Ñuñoa Región Metropolitana

Ese era el seudónimo que tenía mi tío Juan Linares Linares, medio hermano de mi madre, María Huenchumil Linares e hijo de mi abuela Rosa Linares Melinao, quien vivía en la comunidad de Pedregoso, situado a unos 4 kilómetros de Allipén, comuna de Freire, Temuco.

Alto, delgado, cara alargada y huesuda, ojos pequeños y brillantes, *kürriwentru* (hombre moreno), (así le decían mis familiares), con una sonrisa permanente, tal vez con una semejanza a la figura de don Quijote de la Mancha; un quijote mapuche que se permitía soñar y hacer cosas concretas y unos de sus sueños era unir a dos comunidades Pedregoso y Quetroco, las que estaban separadas por el río Allipén. Fue así que motivado por este sueño, construyó su propio bote, y se transformó, en esa época, (año 50 al 70) en el botero oficial de ambas comunidades, haciendo realidad lo que venía anhelando y de puro contento solía decir:

Kallfü leufü Inche nien, na poyefñ
(tengo un hermoso río azul que amo)

De esta manera, los *nümeche* (gente del otro lado), como le decíamos

nosotros, pudieron gozar de los mismos privilegios que teníamos los pedregosinos, que era el acceso al tren que pasaba por nuestra comunidad, única vía que nos comunicaba con otros pueblos, como Radal, Molino Allipén, Freire, Cunco, Los Laureles, Temuco.

Para llegar al río, mi tío tenía que caminar como 2 kilómetros, atravesando campos, un estero, una vertiente y luego la gran isla y el río, en búsqueda de sus pasajeros, que lo esperaban felices.

Cada vez que los *nümeche* (gente del otro lado), necesitaban pasar el río gritaban ¡¡¡eeuuuuuu, eeuuuuuu, eeuuuuuu!!!, desde lo alto. Era el grito para el botero, mi tío, él tenía muy buen oído así que los escuchaba desde muy lejos e

identificaba las voces de cada uno. Una vez escuchados, ellos procedían a descender por un acantilado, empinado y escarpado, sujetándose con mucho cuidado de rocas y arbustos, hasta llegar al río. Como gran caballero, mi tío procedía a subir a sus pasajeros, dándoles la mano para sujetarlos y hacerlos sentir seguros y acogidos.



Una vez todos sentados el botero, procedía la travesía remando con gran destreza y habilidad. Llegando a tierra comenzaban a pagarle en dinero o especies, según la disponibilidad del pasajero, más nadie dejó de pagarle jamás. Era curioso él tenía un magnetismo especial, encantaba a la gente, a veces sin palabra, su sola presencia creaba un ambiente especial. Con el dinero que le pagaba la gente mantenía su bote en óptimas condiciones.

Los trámites que la gente del otro lado o *nümeche*, venía a hacer al pueblo por lo general, le demandaba todo el día, por lo tanto, mi tío les daba alojamiento y comidas especiales que mi tía preparaba con gran esmero, porque para él constituían personajes ilustres y los atendía como si ellos fueran los personajes más importantes de la creación. Además, cuando estos personajes se iban, él les regalaba de su maravillosa huerta, repollos, cebollas, y otras verduras que él mismo cultivaba y cuidaba, además, de fruta trigo y miel. Era así con todos, no tenía predilecciones con nadie. Era generoso de alma y espíritu, todo se le daba en abundancia, sus manos eran prodigiosas, era uno de esos hombres que sabía dar y todo le venía por añadidura.

Todo el mundo lo admiraba. Sus cualidades traspasaron las fronteras, tenía la humildad en el espíritu, como los grandes hombres, exento de arrogancia y vanidad, trabajador, madrugador, disciplinado, ligero, hábil. No era hombre de multitudes, más bien de pequeños grupos con los que con los que conversaba y compartía alegremente. Sin embargo, cuando alguien lo requería, allí estaba él, presto para cualquier servicio, siempre tenía tiempo para todo, nunca se quejaba, creo que era un verdadero guerrero y conquistador de la vida.

Era conocedor y respetuoso de la naturaleza y la naturaleza se daba con él, sin saberlo cons-

cientemente tal vez, lograba develar el misterio de las cosas, así como este río, que para la mayoría de los habitantes representaba un torrente amenazante y peligroso, para él, era como un manantial, un aliado, al que parecía conocer cada movimiento, cada señal, cada remolino que emergía desde las profundidades, es más, podía cruzarlo a nado sin problemas, a pesar de sus gélidas aguas y gran extensión. No sabía leer, pero sí sabía leer el libro de la naturaleza con aquellos ojos puros del espíritu, que algunos hombres suelen traer al mundo, como verdaderos faros, para dar luz a la humanidad.

Su vestimenta siempre fue sencilla, usaba unas ojotas de neumáticos que el mismo hacía y cortaba, les ponía unos cordeles y los amarraba a sus pies. Como todos sus pasajeros iban de diligencia al pueblo, siempre andaban muy bien vestido ¡¡ah y con zapatos!! y ocurría que cuando tenían que cruzar la vertiente que no tenía puente, él tomaba *enacha* (al' apa) a sus pasajeros y los cruzaba. Un día mi padre fue al otro lado y de regreso antes de atravesar el estero, cuyo puente había sido arrastrado por la crecida del estero, le dijo, -Mira hombre, para que no te mojes ni te saques los zapatos, yo te paso *enacha* (al' apa)- y como mi padre siempre fue y ha sido cuidadoso de su presencia, aceptó gustoso. Fue así que avanzaron unos pasos, luego mi tío se tropezó con una piedra, mi padre pasó por sobre su cabeza y los dos se cayeron al agua, ambos empapados salieron muertos de la risa como niños en una gran aventura.

Ser botero, era una de las tantas actividades que mi tío desempeñó a lo largo de su vida. Una actividad que le reportó grandes amistades, conocimiento e intercambio comercial de especies. Él era muy curioso y cada persona le aportaba algo distinto que él sabía apreciar y agradecer. A través de ellos se comunicaba con el mundo, ya que en el verano, más de algún hermano mapuche que llegaba de Santiago a

visitar a sus parientes, solía contarle lo que sucedía en otros lugares lejanos a Pedregoso, él siempre quería saber más e iba más allá de las cosas. Fue así que algún conocido le obsequió una pequeña radio a pilas que él con ingenio supo sacarle partido, ya que colocándole un alambre que ató a un árbol de gran altura, comenzó a escuchar noticias del mundo y hasta programas de otros países con idiomas diferentes, convirtiéndose en el hombre más informado de la comunidad en ese tiempo.

Durante el invierno la crecida del río era grande, a veces cubría toda la isla, y se llevaba el bote río abajo. Con rapidez e infinita paciencia procedía la búsqueda, acompañado de la comunidad que no vacilaba en participar, lo que finalmente terminaba en un agasajo, o *misatún* (comida compartida). Pero la búsqueda más grande que tuvo que realizar una vez, fue cuando su bote fue a dar a Pitrufluén, 14 kilómetros de Pedregoso, unos pescadores del lugar se la habían guardado. Como su generosidad había trascendido en los pueblos cercanos, todos sabían de él, fue así que un señor le ofreció su camioneta y le fue a dejar el bote a su casa, el ayudaba y le ayudaban, en él se daba la tabla de la equivalencia.

De tantos pasajeros que tenía, había una pasajera especial, le decían "María larga", una mujer hermosa, alta y estilizada figura, de tez mate y pecosa, pelo largo, negro azabache y brillante, hermana de mi tía Luisa Calfumil. Ella llamaba la atención por su femeneidad, dulzura y gran calidez, su vestimenta era colorida y alegre como ella misma, había vuelto de Santiago, porque extrañaba a la *ñuke mapu* (madre tierra).

Cuenta la leyenda que mi tío se enamoró de ella, ya que en algunas reuniones nocturnas, solía hablar de una mujer hermosa que se le había aparecido en el río, pero que su parte in-

ferior era parecida a la de un pez. Vibraba al hablar de ella, sus pequeños ojos vivaces brillaban como las estrellas. Al parecer ella había provocado en él los sentimientos más nobles, si él era próspero, creativo e ingenioso en ese tiempo, lo fue más aún. Ella fue su representación máxima de fantasía, ya que nunca le confesó su amor, prefirió tenerla en su imaginación como una leyenda, diciendo que era su *wüanglen* (su estrella), su protectora, su musa inspiradora. De ahí entonces, su nombre "Juan Largo, Kürriwentru, El botero", (Juan Largo, hombre moreno, El botero).

A pesar que han transcurrido alrededor de casi 30 años, la gente suele recordarlo hasta el día de hoy como el hombre más creativo y generoso que haya pasado por esta comunidad, Pedregoso.

Le sobreviven hoy en día, su mujer, dos hijos (casados), los que siguen viviendo en el mismo lugar.

Tercer Premio

EL MINERO ZEPEDA

Bartolomé Segundo Ponce Castillo
Valle de Elqui IV Región

Según narra esta leyenda, a comienzos del año 1800 llegó a la zona del Mineral de San Lorenzo, un cateador minero y pirquinero llamado Pedro Zepeda; traía consigo a su pequeño hijo Alcibíades y un pesado combo de bronce, como única herramienta.

Una vez instalado en la fonda de las hermanas Ponce, el minero Zepeda comenzó a trabajar, como pirquinero, en la mina La Republicana. Aquí fue donde, según comentan los antiguos, hizo su fortuna de una manera increíblemente singular:

Como es sabido por arrieros y mineros, el día de San Bartolo el diablo anda suelto por la tierra, buscando a un cristiano ambicioso y descuidado para llevárselo al infierno. En aquella oportunidad, a pesar de haber deambulado por minas, cerros y quebradas, le había sido imposible encontrar un solo paisano dispuesto a venderle el alma, a pesar de ofrecerles todas las riquezas del mundo.

Ya estaba por regresarse a su antro de fuego, decepcionado de los sanlorenzinos, porque estos solo se dedicaban a realizar sus

faenas habituales, no quedándole tiempo para hacer maldades ni cometer pecados: los arrieros trataban bastante bien a su animales, manteniéndolos bien herrados y, todos los mineros eran devotos de la Virgen de Andacollo, el Niño Dios de Sotaquí o de la Virgen de la Piedra.

Pero, como el matoco jamás se da por vencido, una mañana divisó a Zepeda; éste se encontraba realizando metales, a pleno sol, en la cancha de la mina La Republicana. El pesado combo de bronce, con mango de madera de guayacán, trituraba el metal acumulado sobre una amplia piedra de chancar; entonces se le acercó, impecablemente disfrazado de minero: lucía, aparte del culero trabajado en cuero de vacuno, un gorro de piel de conejo, una tapadora de lana de vicuña... Portaba, además, un látigo trenzado en cuero de guanaco y un negrísimo costal de cuero pachón de chivato.

-¡ Buenos días, paisano..! saludó el demonio mientras sacaba, del bolsillo interior de su paletó, una bolsa tabaquera bordada con hilos de oro y plata.

-¡Buenos días, amigo...!- res-



pondió Zepeda, sorprendido por la inusual elegancia del afuerino.

El cachucho lió un cigarro y lo encendió, utilizando para ello un hermosísimo yesquero de oro con incrustaciones de plata.

-¿Le gustaría tener una bolsa tabaquera y un yesquero como los míos? -preguntó, el mandinga, mientras le ofrecía un poco de tabaco.

-¡Claro que sí, pero..! -atinó a responder, el minero, receloso de tanta generosidad.

En este punto de la historia, el malulo creía haber encontrado, por fin, un alma descarriada dispuesta a viajar con él hasta el averno.

-¿Y qué debo hacer pa'tener cosas tan re'bonitazas..? -preguntó, Zepeda, atraído por aquellas relucientes joyas.

-¡Fácil es, paisanito... -se apresuró a responder el matoco- ...sólo debe firmarme un contratito aceptando entregarme su alma de cristiano y todas las maravillas del mundo serán tuyas.

Ahí fue cuando Zepeda vino a darse cuenta con quien estaba conversando. Al principio le dio un poco de julepe, pero aferrándose a su fe en la Virgen de La Piedra y acicateado por la posibilidad de hacerse rico a costillas de Satán, además de tener la oportunidad de darle un buen escarmiento, decidió seguirle el juego.

-¡Firmemos el contrato y *al tiro* tendrás riquezas, mujeres, caballo..! -apuró el mandinga, seguro de haber atrapado al incauto y ambicioso minero.

-¿Y cómo me *garantiza* el cumplimiento del contrato? -preguntó, ño Pedro, tratando de ganar un poco de tiempo para afinar un repentino plan.

-¡Lo vamos a firmar con la sangre de los dos, fi-

jando la fecha de cuando voy a venir a buscarte... -aseguró el cachucho- ...además, yo soy el rey de las tinieblas y siempre cumplo lo pactado.

El minero Zepeda, dispuesto a arriesgarlo todo para sacarle el máximo provecho a su peligroso encuentro con el demonio, pero tratando siempre de salvar su alma cristiana, haciéndose el de las chacras comenzó a hacerle la pedida: "*¡Quiero un alcance con harto mineral, mil monedas de oro, una bolsa tabaquera y un yesquero como los tuyos...* -entonces, recordando el costalito negro de cuero pachón de chivato, culminó con una jugada ganadora- *Si ahorita mismo me das todo eso y un costal encantado del cual nada pueda salir sin que yo lo ordene, en treinta años más podrás venir por mí pa'yo cumplir mi parte del trato..!*

-¡De acuerdo, amigo! -aceptó, el demonio, sin más trámite.

Después de haber firmado el contrato, según lo estipulado, el minero Zepeda le pidió, al diablo, el costal encantado. Con él en sus manos, comenzó a *difarear* como si se hubiera trastornado o le faltara una chaucha *pa'l* peso: "*¡Bonitazo el costalito este..!*" *¿Será seguro y de virtú total..? ¿Cómo se usará..?*

El *matoco* lo miraba ensimismado, feliz por haber podido cumplir su misión de llevarse con él a un condenado cristiano.

-¡*Probao* quiero yo este costalito!- remachó don Pedro y de inmediato...

-¡Diablo adentro! -exclamó el malulo y en forma de humo entró en el costal, a fin de probar su seguridad y diabólicas virtudes.

Apenas ocurrió aquello, con un zarpazo instantáneo, Zepeda cerró el costal y lo aseguró atándolo con el látigo de cuero propiedad del sorprendido diablo; después lo agarró y colocándolo sobre la piedra de chancar, comenzó a darle de golpes con

su pesado combo de bronce.

-¡Ayayaicito, suéltame mierda, si no querés sufrir todos los tormentos del infierno! -lo amenazó el demonio.

El minero, sordo a los reclamos del mandinga, continuó moliéndolo a golpes, ocupando en esa labor unas cuantas horas.

-¡Déjame salir, *pata rajá!*..., *ya me tenís re'toos los huesos rotos!* -continuó, el malo, con sus quejas.

Zepeda siguió aporreando el costal, golpeándolo por todas partes y con combazos cada vez más violentos.

-¡Ayayaicito..., suéltame *conchetum!*... -el diablo, atrapado por el ingenioso minero, decidió rendirse- ...si me sueltas ahora, podrás pedirme cuanto quieras!

Ante tal ofrecimiento, Zepeda se dignó a contestarle, buscando adornar con broche de oro su exitoso plan.

-¡Si me prometes olvidarte del contrato y no volver por San Lorenzo, entonces puedo liberarte...!

-¡No *pos* Zepeda, no *seá* tramposo, ese no era el trato...!

Ante la negativa del malo, don Pedro Zepeda volvió a su inconclusa tarea de golpear, con su martillo de bronce, el costalito encantado, dándole con todas las fuerzas de su fornido brazo mientras iba recitando: "*¡Este por los mineros, este por si querés volver, este por la Santísima Virgen de la Piedra, este...!*"

Satanás, imposibilitado de salir por la virtud del costal, entre quejidos, insultos y ayes, aceptó dejar nulo el contrato firmado con Zepeda, marchándose para siempre de esos andurria-

les; todo esto a cambio de no seguir recibiendo los combazos del minero.

Entonces Zepeda, atento a cualquier diablura del matoco, desamarró la boca del costal, permitiéndole salir de él; una vez fuera de su prisión, el malulo, echando chispas por los ojos, trató de recuperar su costal encantado, pero el minero, adivinándole la reacción, se le adelantó diciendo: *¡Ave María Purísima!*

Al oír este conjuro, Lucifer se envolvió en una pestilente nube negra y voló directo al infierno, dejando tras de sí un insoportable olor a azufre, además de una retahíla de insultos y amenazas dirigidas a todos los mineros tramposos, quienes viven engañando a los seres honrados como él.

Una vez libre del demonio, Zepeda escondió el contrato entre las raíces de un inmenso litre, enseguida, para protegerlo del maldito, colocó entre las ramas del árbol una delicada cruz hecha con varillas de palqui.

Según cuentan los antiguos, el alcance de la mina La Republicana, se logró en corto plazo y fue de una riqueza incalculable; tanto metal y de tan buena ley, vino a dar prosperidad, tanto a Zepeda como a otros mineros de la zona.

Un año después de acaecido este incidente entre Ño Pedro y el diablo, en las primeras horas del día de San Bartolo, un gran estruendo remeció las almas de los sanlorenzinos, enseguida se vio un remolino de fuego envolviendo el litre donde estaba escondido el contrato, quedando solo cenizas en aquel lugar. Este suceso, extraño para los paisanos de San Lorenzo, sólo Zepeda lo supo interpretar: era el demonio quien había venido para recuperar el ya inservible contrato... Desde aquel tiempo, nunca más se supo de la presencia del príncipe del infierno, por esas tierras minerales.

Menciones Honrosas

"... A LOS PIES DEL ELHUE"

Jorge Luis Llamosas, 19 años, estudiante de
5º medio, Liceo Agrícola San Rafael, IER.
Chillán VIII Región



-¡Agua caliente!...¡Apúrate! -le gritaba Pancha a Kuana. Todo a su alrededor parecía cobrar vida: los lamparines, las chalonas de cabra, las vigas del techo.

-¡Ya llega!... ¡el balde con agua!... ¡ya no aguantan más!

-¡¡Ahhhhhh!!
-¡ñaaaa... ñaaa... ña ña ñaaaaa!-

-¡Dios mío! -Asustada: la Kuana acomodó entre su pollera al recién nacido.

*"Padre nuestro, que estás en el cielo...
-¿Kuana?... ¿dónde está mi hijo?
...santificado sea tu nombre...
-Tiene cabellos, como de oro. Rosada su piel como plumas de flamenco.
...venga a nosotros tu reino... hágase tu voluntad...
(ñaaaaa, ña, ñaaa) -¿cómo lo llamamos Pancha?
...así en la tierra, como en el cielo...
"Hijo de desaire... No te quiero"
...danos hoy nuestro pan de cada día...
-¿Cómo lo llamamos, Pancha?
...no nos dejes caer en tentación...
-¡Así como tú Kuana... llámalo Kuan!
...y libranos del mal...
"pareces un demonio"*

...Amén.
-¡Llévatelo!

-Míralo Kuanito -le habló muy maternal, Kuana al niño -su nombre es Manu -mirando hacia todos lados -es tu hermanito -susurró.

-Mi hermanito?...Manu?... Manu...

-¡Manuuuu! ¡ven a jugar!

-No, no iré.-
-Pregúntale al Manolo si vendrá.-
-¡Tampoco irá. La mamá lo tiene cocinando!-

Los nubarrones se aglomeraron y los días se detuvieron como de repente.

-“Aihahheihaahh” -Cantó con voz quejumbrosa y áspera, el joven Manu.
-“Eihaihaahh” -Acompañole Kuan.
-Vamos llegando, creo -Dirijiose Manu a Kuan; el cual, cabizbajo, observaba a cada paso, los desniveles del suelo.

-Si se supone que llegaremos al lugar que recuerdo, aún nos faltan millas.-
Kuan, levantó la mirada clara; y delineó la esquelética cordillera y sus afiladas vértebras.
-“Emiyahhihaaeihheehhh” -“Eihaihaahh”-

La mirada de un sol omnipotente, atravesó las nubes, coloreando los extraños bosques, de un verde otoñal.

-¡Aquí es! -Le dijo el joven Kuan: mientras acercaba su rostro al suelo helado. Manu por su parte, recorría sin mirar: -con sus ojos -un enorme manto de pinos, de parejo tejido.

-¿Estás seguro? -Preguntó, frunciendo el ceño. -Por supuesto... Mira, -señalando la montaña más cercana -ese es el Elhue... y... allaaaá, están las araucarias -Suspiró; y extendiendo en su faz, un gesto de tristeza; casi llorando, volvió a su hermano.

"Llegamos", lloró Manu,
"eihaihaahh", cantó Kuan.

-¿Aún me quieres como soy? -La interrogó Manu.

La muchacha, vestida con ropones de lana, lo miraba ensimismada. Entonces, colocándose tras él: con sus manos como plumas delicadas, le tapó los ojos; y acercó los labios a sus oídos... y susurró.

-Hoy... en éste día soy diferente. Hoy, he caído desde el puente sobre piedras en el río. Mis labios se han roto, aún las mejillas. Mi boca ha arrojado tus perlas, mis dientes. Mis ojos se han desorbitado. Mi pecho se ha abierto; y destrozado mis senos. Hoy, soy diferente; pero sin embargo, sigo siendo la misma... aquella que tanto te ama. Manu?, ¿Me quieres aún por como soy?

Días, sin noches frías. El calorcito de una sensación extraña, abrigaba tenue, los sueños de los enamorados dormidos. Y aunque dormidos los cuerpos; juntábanse las almas, para seguir amándose. Mecidos por el viento, bailan-

do en sus vaivenes... no querían despertar...

...Más los ojos debían ser heridos, ante la potencia de un sol nuevo.

-Todo me parece muy extraño -Habló Manu, rompiendo el silencio que sucedió entre ambos.

-Manu, Manu, Manu...no tienes que temer. Ahora, menos que nunca -dijo él.

Manu hizo su aparición casi en medianoche. Sin hacer sentir su presencia, abordó la casucha de Kuan. Éste, al verlo, quedóse callado; presentía algo.

-¡Kuan! -lo llamó. Fijando sus ojos negros sobre los del muchacho. Esta vez su mirar era distinto. Esta vez, no bajó la frente al sentirse apuñalado por la mirada compasiva y diosácea de Kuan.- ...¿cómo conociste a mi mujer?

Kuan se sintió como si hubiesen golpeado con una gran piedra. Muy nervioso no sabía que responder -¿Manu?... no... comprendo tu pregunta, -fingió, bajando ésta vez lo ojos ante su menor.

Virando su voz en tonos agrios y furiosos, le narró como los había sorprendido.

-Los vi ante mí -gritó enardecido.

La respiración de Kuan se agitaba cada vez más. Un hilillo de saliva despegó de entre sus labios; y cambió su rostro, un gesto estúpido.

"¡¡Márchate!!", "¡¡Fuera de mi vida!!",
"¡¡Siempre te odié!!"

El frío del amanecer se atenuaba. Era el mismo frío que extendía un gran manto de escar-

cha por sobre los campos; blanqueándolos. Más el calor lo derretía; un infierno de guerra entre dos hermanos; de lunas opuestas.

"¡¡No podría alejarme de ella, Manu,... Regresaría!!", "¡¡La amo!!".

"¡¡Cállate Kuan!!", "¡¡Cállate!!".

La espada de la locura,
ha ensangrentado la luna.
La muerte, como muerte se ha pactado;
al azar de la mujer de dos hermanos.
¡Castiga, oh Dios, la desventura!,
castiga la locura de tu espada,
castiga ensangrentada, la ruleta de tu mano,
castígale al castigo y su reclamo obsesionado.

Ella elegiría; y, alguno de ambos tendría que ayudar al otro a detener su respiro. A abandonar su aliento.

Manu le ofreció aquello que no pudo Kuan; y le dio también, lo que Kuan no tenía, Kuan, la enfrentó ante Manu. Ella le lloró a su marido,... escupió a Kuan.

"Eihaaihaahh" -cantaba, mientras ingresaba al círculo del altar. Se arrodilló y allegó su cabeza a la gran piedra, sintiendo su frío, oyendo los más ligeros ruidos de la naturaleza. Por vez primera, se sintió de ella.

Jovenzuelo, sorbiendo chicha de uno de los vasos de greda, que habían llenado y recostado sobre una grieta del suelo. Ya de pie, miró a su hermano -falta muy poco hermano,
...ya llegará-

La fiesta de compromiso, entre Manu y Patricia de la Torre, su novia, era tal vez, *más humilde, pero más buena* como diría la gente, en sus

comparaciones con otras fiestas. El hilo de las conversaciones se extendía y se extendía, retozando su rumor por los espacios vacíos entre las personas.

El carácter que a ella caracterizaba, revoloteaba entre lo rebelde y lo indeciso. Ante la oposición de sus padres a su casamiento, enfrentó la amenaza de escapar o matarse.

Así; cuando Manu llegó a casa de la joven a pedir su mano, el trato de los padres fue más que hostil:

"Comprender a Patricia que lo ama, me resulta menos posible, que el hecho de pensarlo siquiera. No es usted el ser que alguna vez soñé para mi hija"..."ya no la cuidaré más... según ella: es suya". Le reprochó su madre.

Sin embargo ya no importan sus desaires. Ahí en su casa, la tenía como su mujer. "¡Sí,... me ama!" gritaba con ojos y manos. Las voces de las personas se confundían; repitiendo como cánones barrocos, el nombre de su novia.

"Sí padre, lo acepto"
"acepto"

-El sol se esconde Manu; mira como se enrojece el cielo -mucho tiempo sentado, le había hecho adormecerse; así es que; estiró los huesos, deformando el cuerpo; y se recostó sobre arbustos secos.

-Manu, de verdad... lo siento mucho-
-Será mejor que no se diga nada, Kuan-

Manu acomodó una gran cama de piedras, para, sobre ella, ayudado por Kuan, colocar una enorme roca, semejante a una mesa.

Los años en la ciudad marcaron una antipatía

por parte de Manu hacia Kuan. "¿Por qué ser tan distintos?" Aquellos rasgos; aquel carisma, lo escudaban frente a todo ataque de Manu.

"Me gusta tu amigo" "dale este papelito"
"¿Tuuuu? ¿su hermano?"

Así, frente a algún valle sin ruidos, sin gente; desfogaría la ira de los traumas de sus complejos. "¡Kuaaannnnn!" . Y, llorando caería al suelo "te odio".

Una mañana les llegaron a decir que doña Kuana y Manolo, su marido, habían muerto. Nunca les dijeron cómo, ni de qué. Sólo quedaron los dos, que fueron separados a distancias cortas.

Así; con el tiempo, Manu inversionó por completo sus fuerzas, logrando llegar a su humilde cima.

Así, con el tiempo, se enamoró de Patricia. Así, con el tiempo, ya casados, besaron las paredes de su casa, su paraíso. Así, con el tiempo, alargando sus raíces por sobre el cielo; muy repentino. Kuan hizo su aparición... sorprendente.

-Hola Manu

-Ea, Kuan, ¿Qué ha sido de tí?

-Haciendo nada. Además tú siempre lo has dicho: ¿Qué puedes esperar de alguien como yo?

-Tienes razón.

Manu encontró en su camino, la puerta del ático abierta. Kuan rondaba por las afueras de la casa; recogiendo uvas del parrón que ensombrecía el patio. Cerró, Manu la puerta; rebuscó por entre los recuerdos de la pieza. Se quedó dormido.

"Manu, ...Manu, ...¡Manu!, ...¡Manu!!"

"¿Me llaman?, pensó. Un largo bostezo le prodigó la satisfacción de aquel ligero descanso. Atisbó, por el reajo del ático, para así, responder al llamado. Los vio: rebuscando por la calle a Manu. Él, abordándola con caricias. Ella, embriagándose de él ...enloquecida.

Como si fuese una mujer amurallada, enamorada de un príncipe que no podía rescatarla; se le entregó furiosa, a quien también desesperaba su deseo.

-¡¡Kuaann!, ¡Ingrato! -lo golpeaba, dejándose recorrer; ardiendo en fuego fatuo.

Hicieron el amor ante los ojos llorones de Manu; que perplejo, lloró callado.

Y palpitando en su boca furia... "malditos sean" ... "malditos sean"!

-Déjame atarte las manos -le pidió Manu; evitando siempre ver los ojos amarillos de su hermano, -estíralas así -le mostró, cruzando las manos, -por la espalda-. Kuan lo hizo.

-Creo que está listo.- Trazó un círculo alrededor del altar.

-Durmamos Manu. Continuemos mejor mañana. -Le pidió Kuan.

-Está bien -Asintió Manu, arrastrando tras sí las pesadas frazadas.

La noche fue muy larga; y pesada sobre los cuerpos, su cielo y sus estrellas.

"¿Por qué brillas luna? -masculló Kuan -¿Y, por qué no abrigas amiga?"

Dirigiéndose Manu, lentamente -por causa del peso de la piedra; asumió en desórdenes sensitivos, un enorme reproche del acto. Pero,

embelesadas sus manos; apretaban, como queriendo hacer rípió, la roca.

Al primer paso dentro del círculo; el rostro infante de Kuan, sus cabellos y sus ojos; y palabras ... "feoooo", y mujeres, y ecos de la ira, y gritos.

Tímida, cae una lágrima.

Al segundo paso; su hermano, el Kuan de las rodillas tiritonas; el mismo que se embarraba la cara haciendo muecas frente a toda joven. El que fingía estar ebrio en las ramadas y dormido en las bodas. Con el fin de resaltar a .."mí", su único hermano..."yo".

Cadencioso recorre sus mejillas, el llanto.

Al tercer paso; Patricia, su dueña... y Kuan. Un ovillo entre la penumbra. Recorriéndola como tal vez "ni yo" ...impensando "en mí".

Suena la nariz redundante. Un quejido es la voz. Su rostro es careta de la desesperación.

Al cuarto paso; Kuan, atado y arrodillado, lleno de miedo; con una sonrisa en el rostro... llena de miedo... "algo me quiere decir".

El quejido ahora es gemido continuado. Los ojos ya no ven. Los brazos, ya no tienen fuerza.

-Perdón... -susurró Kuan, sintiendo llegar al final.

Y, cerrando los ojos, dejó caer la piedra sobre la cabeza de Kuan. Ahí descubrió que este tan solo sostenía la sogá en el brazo. Se había desatado; tal vez mucho antes de entrar en círculo, tal vez la noche anterior. Lo vio por un momento:

"...los ojos desorbitados, la boca sin diente, abierta, aún las mejillas... un monstruo. Que

sin embargo seguía siendo el mismo Kuan, mi hermano".

-¿¿Qué hice?!... -miró al cielo despejado. Y un testigo le culpó: el sol -¡¡¡Kuaaaaaannn!!! - ¡¡¡Ahhhhhhhhhh!!-.

Tendrá el sol fiscal que volver a esconder su faz, e iluminar a una luna mentirosa.

Al amanecer siguiente; sin luna, sin sol, se terminó una canción bajo las faldas del guardián de dos almas. Fue elegido por los sueños de ambos, en su anhelo por alcanzar un cielo muy azul. Ahí comenzó la historia. Ahí se tiñó muy roja.

...a los piel del Elhuc.

El vozarrón del viento acompañó la plegaria de las aves canoras.

"Eihaaihaahh", resonó de una roca.

BATAULLOPIN, ÚLTIMO SEÑOR DE KOLLIGUAY

Marcela Andrea Davanzo de Amesti, 48 años,
Profesora de dibujo y dueña de casa.
La Florida, Región Metropolitana



El agua corría vertiginosamente montaña abajo; tan blanca y tan fría que hacía doler los huesos. Iba por la ladera chocando contra las coloridas piedras formando pequeños remansos, en uno de los cuales el tosco indio se detuvo un momento. Sacó el paño de burdo hilo vegetal anudado a su cabeza, y encucillándose, lo mojó; luego, llenó las ubres nuevamente y dio una rápida mirada de reojo al niño, que sentado en una roca, seguía atento todos sus movimientos. Un imperceptible guiño animó al indiecito a acercarse y beber hasta saciarse. Luego, prosiguieron el veloz ascenso hacia la cumbre del imponente Monte Sagrado, el Aconcagua.

Su comarca indígena, Kolliguay, estaba ubicada en la provincia sureste del Tawantinsuyu* o Imperio Inca, pero todavía formaba parte de la cultura diaguita. (Habían sido conquistados sin oponer mucha resistencia). Allí, en su aldea, en las largas noches de verano junto a la hoguera, el pequeño había oído hablar del temible **dios de la montaña**. Sabía que si no era complacido, enviaba sequías, inundaciones y calamidades. Ahora que lo tenía tan cerca, un escalofrío de horror le recorrió por completo su débil cuerpecito. ¿Cómo sería su apariencia? ¿Tal vez como aquel león que mataron entre su hermano mayor y su tío en tiempos de la cosecha pasada, muy lejos arriba en el mon-

te? ¿Sentiría sus rugidos cuando se acercara? Su corazón latía con fuerza.

Sin embargo, el fuerte indio que lo llevaba, no parecía ser consciente de que algún peligro le amenazaba. Cerró los ojitos y trató en vano de tranquilizarse.

Los otros dos indígenas, que habían quedado rezagados en el río para conseguir algún pez, se les unían ahora animadamente, convidándoles el preciado alimento ya asado, el cual devoraron ávidamente sin detener la marcha.

Entre los tres fuertes hombres de piel morena, con perfume a greda ácida, obligaron al indiecito a escalar cerro arriba, más rápido de lo que sus infantiles piernecitas podían.

Cogiéndole uno del brazo, y el otro de la mano, parecían subir entre piedras y más piedras sin que el pobre niño alcanzara a topar el suelo entre un tranco y otro. A pesar de todo, sus minúsculas chalitas tejidas, todavía lucían nuevas.

El chico, ya no preguntaba el motivo de tanta prisa, cansado de no obtener nunca una respuesta coherente. Además, apenas entendía el dialecto de éstos hombres a quienes recién había conocido en el último tambo.

El pequeño, miraba de vez en cuando el bolsito

multicolor hecho de fibras naturales que colgaba en su pecho; para vigilar que no se cayese ninguno de sus preciados tesoros: unas diminutas figurillas de cerámica finamente modeladas y prolíjamente pintadas, representando animalitos, hombrecillos y toda clase de utensilios de uso diario en su tribu. El era el único chicuelo de su tribu que poseía tales juguetes, pues su padre, Supilaillpán, el Señor de Kolliguay, los había encargado a las tierras más distantes del Imperio.

La bolsita la había tejido su madre, con la hierba *cabuya majalan*⁸, esa vez que llovió varios días seguidos. Aquella fuerte india de mirada insolente. Su dulce madre... no sabía porqué, al pensar en ella, se le nublaban sus negros ojitos vivaces... Su querida madre, siempre cercana. Manifestó una debilidad especial por ese niño tan vivo, despierto e inteligente. Tal vez por ser el único hombre entre sus hijos, o quizá por ser él tan cariñoso y demostrativo.

...Recordaba como lo cubría ella de mil húmedos besos en esa extraña y conmocionada despedida. Aún escuchaba el vocerío de alarma de sus congéneres, esa tarde tan especial de su partida. Sentimientos de duda, confusión y miedo pasaban por su tierna mente... no entendía...

En épocas de cosecha, en toscas vasijas de greda, a diario ayudaba a las indias madres a guardar las diversas semillas en el *collica*⁹. Cargaba hasta las mismas rucas, los bolsos de cuero duro con fresca agua, o les ayudaba a cosechar el dorado maíz tan preciado y que tanto le gustaba.

Cuando volvían los hombres rudos de la caza, gozaba mirando, gozaba aprendiendo a desollar animales con cuchillo de palo, o con herramientas de filuda piedra, que labraban los mismos indios de su tribu. Después, asaban la apetitosa comida en largos palos sobre el fuego, en el fogón que habían hecho con material de

una cantera vecina. Ahora veía a sus primos retozando bajo los cálidos rayos del sol nortino. Eran mucho mayores que él, y habían comenzado a tomarle el gusto a aquella bebida fermentada, a base de maíz, que los ponía cada vez más iracundos y negligentes.

A su padre, el Señor Supilaillpán, bien poco lo conocía, pues le habían tocado en esos tiempos numerosas reyertas contra los Señores de las tribus vecinas y se lo llevaba en *nguillatunes*¹⁰, convocados por otros caciques de más al Sur. Todos los caciques y señores, planeaban unirse contra el temido Michimalonco.

...Y recordaba también al anciano hechicero del poblado, un viejo despreciable, quien al ver a su madre sola, muchas veces se le acercaba y forcejeaban, discutiendo. Su madre terminaba rechazándolo con braveza. La vivencia de aquel repugnante anciano le hizo dibujar por un momento una mueca de desagrado.

"-El brujo debe ser respetado, pues nos ha traído la sabiduría de los dioses. El entiende el mensaje de lo alto. El sabe como complacerlos cuando están enojados"- le explicó su padre un día.

Las rápidas y silenciosas pisadas de los indios cerro arriba, le trajeron ahora a la memoria como pocos días antes, había escuchado, al viejo mago aconsejar a su padre, el Señor de Kolliguay, que debía hacerse un sacrificio. Debía entregar al **dios de la Montaña** aquello que más amara. Un estremecimiento le invadió por completo.

¿Y si este viaje tratara de alejarlo a él de su madre, mientras el encantador la sacrificaba al temible dios?, desconfiaba el viejo, pues le inspiraba terror. Con sus plumas, máscaras y sonidos raros que sacaba de unos instrumentos

extraños. Además, encontraba que sus bailes eran grotescos. Y muchas veces morían o desaparecían (casi siempre) sus encomendados y enfermos a quienes atendía y cuidaba...

Últimamente, el muchachito pasaba solo con su madre, por los continuos viajes de su padre. Eran cosas de hombres, le decían sus tías, pero él ya sabía algo de eso, pues estaba yendo donde el indio Purnac; aquel a quien le faltaba una pierna. Le estaba enseñando poco a poco acerca de sus dioses, nociones básicas de agricultura, regadío y ganadería, y para la próxima cosecha, le empezaría a enseñar cosas más relacionadas con la guerra. El niño blandió en el aire una imaginaria hacha, mientras el indio que lo guiaba cerro arriba, refunfuñaba algo en su dialecto incomprensible.

La vida transcurría apacible en las soledades naturales del Aconcagua. Algunas aves enormes sobrevolaban en círculos, igual que en los altos montes que circundaban su poblado, aquellos cerros que sus hermanos le llevaron a conocer un día hace muchas muchas lunas.

...Recordaba ahora Kolliguay, su lugar de origen: un asentamiento de varias aldeas, cada una con una veintena de rucas. Su caserío estaba instalado a orillas de uno de los afluentes del Río Limarí, que va hacia el sur. ¡Cómo amanecía siempre acompañado por el canto de los pájaros y luego el ir y venir de las indias más jóvenes al río con sus diferentes vasijas, finamente decoradas y tiestos de tierra roja cocida!. Después se juntaban a moler granos y semillas charlando alegremente, mientras los hombres maduros cazaban y recolectaban en las montañas.

Cuando el sol desaparecía tras las redondeadas colinas del horizonte, era la señal. Se formaban en círculos cerca de las brasas, comiendo, bebiendo o escuchando historias de los mayo-

res. Era hermoso ver despedirse al dios Sol en el horizonte cuando salían las estrellas, y divisar como se iluminaban los cerros contiguos, con las fogatas de los distintos asentamientos indígenas de Kolliguay. Sus cuentos preferidos eran las leyendas de amor y los relatos de fieras guerras. Cuando cumpliera la edad, ¡El también iría con su padre a pelear!. Así transcurrían las noches, bajo las floridas estrellas del cielo.

En las mañanas, todos los chicos jugaban y sus gritos y chillidos resonaban por el agreste paisaje junto al ladrido agudo de los *chollos**. Saltaban los muretes de piedra superpuesta que limitaban las viviendas de cada familia y se escondían detrás de los matorrales. Sus risas se confundían con los de las libres aves silvestres que se posaban en los arbustos. La brisa fresca traía el aroma y el sonido de las cercanas aguas. Mariposas y abejas revoloteaban sobre sus cabecitas juguetonas.

Las indias más viejas, con peines hechos de espinas de cardos, entrelazados fuertemente con hilos finos de fibras vegetales, peinaban, adornaban y trenzaban el oscuro cabello de las más jóvenes, quienes junto a sus telares, regañaban a alguna chicuela que enredaba las hebras teñidas. Con *cabuya majalan*** hacían paños que les cubrían hasta las rodillas y con lana de llama, abrigadores mantos que cruzaban junto al pecho y que les servían para cubrirse en las noches y también para intercambiar mercaderías.

Una asoleada tarde, mientras algunos dormitaban bajo los pocos árboles que allí habían, acompañado de una gran polvareda llegó Táro, el muchacho de ojo rasgados, tristes y profundos, que vivía en una aldea cercana, más al norte. Agitadísimo y sofocado de tanto correr desde el tambo más cercano, tardó en poder articular palabra:

Desde los confines de la provincia inca de

Kolasusyu*, El Inca Huáscar, hijo del Legendaro Wayna Kapak, había enviado la noticia por medio de sus chasquis a través de todos los tambos del Camino del Inca o Capacñam*, ¡La dura noticia que conmocionaría a toda la población!

Con entrecortadas palabras por no tener ya aliento, el nativo dio a entender que se anunciaba el peligro inminente del arribo de unos extraños semi-dioses de metal, mitad hombre-mitad animal, quienes se acercaban por el norte del Imperio, en gran número asolando completamente el territorio.

Los diaguitas no se habían repuesto aún de la invasión inca, no se habían acostumbrado todavía al yugo de su soberanía ni estaban muy contentos con la obligación de pagarles tributos. Eran despreciados por ser *cayao**. Los vencidos. Y ahora, más encima, aparecía este invasor blanco.

Las indias con sus recién nacidos en la espalda, se acercaban estupefactas, mientras se llamaba a los más ancianos, y, por supuesto, al odiado hechicero.

Al parecer, se trataba de la peor invasión hasta entonces conocida. No existían precedentes respecto a sus armas y proceder. Temían por sus cosechas, que tanto costaba cultivar. Por sus animales, la llama, el guanaco y el pudú, y sus escasas pertenencias: la ruca, la tierra, el aire, el agua y el sol...

-“Tal vez los invasores nos ayudarán a defendernos del dominio inca”-... decían algunos. Y así se dividían las opiniones. Y nadie sabía bien que hacer.

Más, el problema era que las poderosas criaturas robaban, incendiaban y destruían todo a su paso. ¡No tenían respeto ni siquiera por los lugares sagrados de los incas, los Santuarios! El Inca Huáscar, hermano de Atahualpa a través de

sus alarmados emisarios que recorrían el Imperio tambo a tambo, recomendaba a todos los Señores, a todos los indios de todas las aldeas y pueblos, escapar, para que se salvase y conservase la estirpe del pueblo indígena de aquella Nación. Inmediatamente los más jóvenes comenzaron a huir desperdigados por los cerros.

Cuando el anciano brujo, a quien el indiecito tanto odiaba, había llamado aparte a su padre, habían discutido largo tiempo, y luego vio a su madre estremecida de dolor, agarrándose las entrañas y aullando como una fiera.

Fue su viejo amigo Purnac, quien había perdido una pierna en una batalla contra una tribu de más al sur por unas tierras cultivadas, quien le había referido lo del viaje. Pero, lo raro es que siempre preparaban cuidadosamente todo, cuando salían a incursionar otras tierras. Las vasijas con agua, los granos de maíz cocido, algunos frutos secos de algarrobo, etc.

Pues esta vez Purnac, curiosamente, se tomó todo el tiempo para vestirlo como lo hacía para las ceremonias y le colgó a las espaldas una bolsa con su manto, su penacho de plumas y algunas pocas cosas de comer.

Mientras, las indias seguían corriendo, gritando y chocando unas con otras.

Al partir esa tarde en aquella rápida estampida, su padre lo abrazó por primera vez en su vida; y lo besó con ternura, con una ternura que nunca antes había visto en el semblante del fuerte Señor de Kolliguay. Trató de recordar sus últimas palabras.

-“Este viaje que tu harás, es muy importante para nuestro pueblo” ...y... “El Señor de Kolliguay se debe a su pueblo”.

El fiel Purnac lo transportó personalmente todo

el primer *tapu**. Cosa extraña, ya que estaba demasiado viejo para la posta, y puesto que le costaba mucho avanzar con sus torcidos bastones de palo. Hacía ya varias cosechas que no salía del entorno. Junto al fuego, el pequeño indiecito pasaba largos momentos escuchando las entretenidas historias que Purnac contaba acerca de los tambos lejanos que había visitado en otros tiempos. Nunca dejaba una pregunta sin responder.

-¿Me mostrarás ahora el tambo que decías que era el más grande que existe?-" preguntaba sonriente, desde su litera de madera y cuero.

-"Tú lo conocerás más adelante, pues donde te llevan es tan lejos, que verás cosas que mis ojos no han visto jamás"-

..Recordaba como iba Purnac tan callado todo el transcurso de aquel largo trayecto desde su pequeña aldea hacia el Camino del Inca o Capacñam*. Tantas cosas nuevas que podrían haber comentado: arbustos que trataban de obstruir en algunos puntos el sendero, diferentes pájaros extraños que les sobrevolaban chillando cantos nunca antes oídos, en fin... Pero el viejo iba callado. Muy callado.

El indiecito, amarrado tras las espaldas del viejo, miraba las nubes; sólo las nubes no cambiaban. Eran iguales a las de su aldea amada. Formaban águilas emplumadas y luego un millar de blancas y luego lanudas llamas saltando por los cielos. Eran sus amigas. Era tan divertido mirar como se esfumaban.

Una vez llegado al tambo* donde Purnac hubo de entregar el niño al próximo indígena encargado de correr hacia el Sur, fue cuando el chico echó a llorar por primera vez.

-¿Porqué no vienes tú también conmigo, Purnac?, siempre me has dicho que me enseñarás todo lo que yo necesite saber para mi vida; que nunca me dejarás solo...".

Pero el rostro inmutable de aquel viejo indio, sólo a través de sus rasgados ojos dejaba traslucir una gran aflicción y un pesar indescriptible. Volvió la mirada, en el momento en que cuatro indios de brazos fornidos tomaron al niño, entre gritos, chillidos, mordiscos y patadas y le ataron a la litera del indígena que ya partía veloz por el Capacñam*, rumbo al próximo tambo. Atrás fue quedando Purnac, atrás fue quedando todo su mundo conocido, atrás fue quedando una parte de sí mismo.

El camino del Inca variaba de anchura. A veces parecía de dos cuerpos, a veces de un poco menos. A ambos lados, las piedras iban amontonándose ordenadamente, se hallaba cuidadosamente limpio de piedras y vegetación. En ocasiones se cruzaba uno que otro indígena con su llama cargada de provisiones que enviaban hacia la Capital del Imperio como ofrenda al Inca Huáscar. De tambo en tambo, de *tapu* en *tapu*, ya fuera a pie o montado en una llama, distintos indios fueron llevando al pequeño indiecito Bataullopfn, que pasaba de una mano a otra mano; de una lengua a otra lengua, de un mundo a otro mundo.

Siempre hacia el Sur, después de más o menos dos manos con sus diez dedos de riachuelos, vertientes y chorrillos y más chorrillos, por la Precordillera, llegaron por fin a un lugar no tan árido, no tan seco. Empezaban a surgir arbustos más altos y tupidos y a lo lejos, en el bajo, se divisaba algo de verdor en el suelo.

Su abuelo indio le había enseñado que donde hay verdor, hay agua. Y donde hay agua hay vida. Su tierno corazoncito se animó.

Desde la litera donde le llevaban, podía ver los altos montes perderse tocando un cielo muy azul.

A medida que fueron descendiendo hacia el agua, los expertos pies del indígena le llevaron sin resbalar hasta las riberas de un río de dulces, claras, frías y perfumadas aguas, el Aconcagua.

Rodeado de cerros, el amplio valle era la extensión verde más grande y frondosa que había presenciado en toda su corta vida. Al final, hacia el oriente, destacándose entre los cerros se erguía majestuoso e imponente el magnífico nevado del Monte Sagrado, el Aconcagua.

El hombre macizo de turno, desató al niño cuidadosamente. Le pareció ver en ese maduro y curtido rostro, un chispazo de compasión. Después, sumergieron todo su cansancio en las frescas corrientes.

A pesar de no entender, el indio le hablaba en su lenguaje comentándolo todo. Le quitó sus ajados y empolvados vestidos y con torpe delicadeza le lavó también sus sucios cabellos. Tal como lo hacían las indias de su aldea, dejó las ropas, secándose sobre las calientes piedras de la orilla.

Las aguas, que llegaban sonando estrepitosamente, formaban un pequeño remanso donde despedían un millar de luces y reflejos de colores. En el fondo se veían bellísimas piedras. Escondió entonces unas pocas para su madre, quien sin duda, las pondría junto a las otras a la salida de su ruca.

Cuando regresara, lo primero que haría sería ver si ya habrían germinado las semillas de flores amarillas que había traído del río Limarí, ese donde pescaban los indios, ensartando peces con sus lanzas. Pero, más allá, en el mismo riachuelo donde ahora se estaban refrescando, se oían voces y risas de jóvenes indígenas entre las cañas. Bataullopín, sigilosamente les espió. Nunca antes había visto juntos a tantos y tantos mancebos jóvenes, robustos y fuertes. Había allí demasiados muchachos porque ni con cuatro manos, alcanzaría a contarlos todos. En los alrededores, aprovechó también de coger algunas semillas de flores que guardó celosamente en su bolsito.

Después, fueron al tambo a comer. Era una construcción fuerte, de piedra del sector, con varias habitaciones y un gran corral, con muchas llamas. La techumbre, era de cañas entrelazadas en varias capas. Vivía allí una familia encantadora. Les sirvieron a las mil maravillas viandas y manjares deliciosos que él nunca antes había probado: unas avecillas deliciosas, unas tortillas de papas que allá en su tierra no se encontraban y unos frutos dulces y sabrosos. Era tanta el hambre, que se olvidó por esta vez de guardarle un poquito a su madre. Todos los sobrantes, los arrojaban a un enorme basural donde habían también pedazos de cántaros rotos y huesos de camélidos quebrados por succionar la médula.

...Recordaba también como esa tarde afortunadamente no estaba el indio que lo llevaría al tambo siguiente. ¡Qué bien le vino el descanso en tierra! Se sentía un poco mareado, pero contento de poder indagar otras costumbres. Se fijó que en ese sector, los cántaros tenían otras formas y diseños. Usaban unas canastas fabricadas en mimbres y cañamos entrelazados y forrados en resistentes cueros y hojas, donde colocaban el alimento crudo: papas, maíz, carnes de aves, etc. Incorporándoles unas piedras muy calientes, hacían revolotear las aguas hasta dar un aroma que hacía enloquecer. Todo eso, lo guardaba Bataullopín en su memoria para transmitirlo después a las indias en las noches, junto al fuego, ahora le escucharían a él y se daría mucha importancia, tal como contaban sus relatos los fuertes indios cuando volvían de inspeccionar otros sectores.

Allí, al atardecer, también se juntaban todos en torno a la hoguera, igual que en su pueblo, pero con la diferencia de que cantaban y bailaban al compás de unos curiosos instrumentos. Unas especies de tambores fabricados con troncos y

cubiertos de cuero muy bien curtido, unas flautas de cañas agujereadas, que reproducían el sonido del viento, y unas especies de piedras agujereadas que imitaban el silbido de la flecha. Los vestidos de las mujeres también eran diferentes. El mismo manto con los pechos al descubierto, sujeto con finos agujones de plata. Pero el tejido inferior, que anudaban con una gruesa cuerda a la cintura, les llegaba más abajo de las rodillas, a veces hasta el suelo. De otras tierras del Tawantinsuyu* o Imperio, les habían traído tejidos de lo que llaman algodón del Piru, muy finos y delicados, bordados en hilos de colores muy vivos. Los adornos eran también llamativos, aros, collares y tocados. Alrededor del fuego, comían y tomaban una bebida muy parecida a la de su aldea, que llamaban chicha. El indiecito sabía que no le estaba permitido beberla todavía, pero con éste viaje, ya se estaba haciendo bien hombre.

Como su abuelo decía, hay que pasar muchas pruebas para convertirse en un verdadero indio, digno de su tribu. ¿Sería este viaje una de esas pruebas que un indio tenía que pasar para convertirse en hombre?

La música, el cansancio y el calor de la hoguera terminaron por fundirse en un dulce sopor. Le despertó el chillido agudo de una enorme águila con su presa.

¡Cómo le hubiera gustado seguir soñando! Los indios impertérritos, seguían el ascenso, hacia la cumbre del Aconcagua, de vez en cuando mascando algo que sacaban de sus bolsos.

No hablaban, y parecían enceguecidos con su misión de llevar al chico hacia arriba.

La águila se posó en unos riscos, donde al parecer tenía su nido. El chicuelo sabía como eran de deliciosos los huevos de águila, pues su abuelo siempre traía algunos, hasta que cayó enfer-

mo de un extraño calor que le debilitó sus fuerzas recias. Entonces, al morir su abuelo, su padre se convirtió en el Señor de Kolliguay.

¡Tantas cosas que podría haberle contado al viejo abuelito!... su bondadoso rostro, con sus amarillos dientes, cada vez que comía se le salía uno..., aquí Bataullopín no pudo contener la risa al recordar las morisquetas de su abuelo sin dientes. Abrió su boquita y se asomaron sus encías, también sin dientes. Lanzó una carcajada, que volvió mil veces repetida en el eco de la inmensidad de la Cordillera de Los Andes.

Los indios, malhumorados comenzaron a discutir en sus desconocidos dialectos. Uno de ellos había perdido un zapato de cuero de guanaco, y haciendo ademanes violentos, desistió ya de la subida, que empezaba a encontrar bastante nieve. El niño no hallaba las horas que se detuvieran para esconder un puñado de esa extraña sustancia blanca dentro de su bolsito.

Le subieron a las espaldas de uno de ellos.

Le guardaría un poco a su madre, que sabía apreciar todos los tesoros que le llevaba de vuelta de sus expediciones.

Se sentía tan adolorido y cansado, que toda esa acostumbrada ansia de viajar y conocer otros lugares se le había esfumado. Cuando volviera, ya nunca más querría conocer otras tierras, se quedaría tranquilo. Ahora se atrevería a pedirle a Lutripín, la hija de la india que le faltaba un ojo, que fuera su novia. Los viajes cansan. Ya se sentía incómodo. Forcejeó para librarse de las fuertes manos que le aprisionaban sus bracitos, pero se encontró con el rostro implacable y adusto de dos indios fieros y tenaces, que no transarían por lo visto, con ninguno de sus infantiles caprichos.

SU ABUELO

...Recordaba, al ver serpentear las vertientes cordilleranas bajando en estampida, aquel día en que su abuelo lo invitó a conocer las lejanas aguas del trueno. ¡Cómo disfrutó aquella única expedición con él, antes que se lo llevaran los mares de otras vidas, al Ucu Pacha*! Antes que lo enterraran con sus vasijas y cántaros, llenos hasta el borde de semillas para que comiera y las plantara en el más allá. Antes que le cubrieran con la triste tierra oscura y bordearan su última morada con blancas piedras ordenadas en círculos.

Siguiendo el caminar de las aguas del río veloz, anduvieron esa vez con su abuelo hasta que el rostro del día estuvo justamente sobre sus cabezas por tres veces consecutivas. El anciano no quiso llevar más que su arco y algunas flechas. Todo fabricado por él mismo, con técnicas milenarias, transmitidas de generación en generación, por siglos de siglos, desde que el Primer Indio surgió sobre la tierra. Así, iban cazando cuando lo necesitaban. Pero su abuelo no guardaba nada; comía lo que requería y lo demás lo dejaba para los animales y aves carroñeras...El sabía de memoria dónde estaban los riachuelos que les refrescaban la sed.

¡Cómo tronaban esas aguas al romperse sobre la arena en mil rebaños de albas llamas furiosas! ¡Y tantas aves diferentes comiendo no se qué cosa en sus riberas!

Un profundo aroma de mar le impregnó los sentidos, cuando volvió a su memoria el recuerdo de sus manitas sumergidas en las arenas, para descubrir el alimento de esas aves extrañas. Su abuelo, ese encorvado viejo de carnes enjutas, le enseñó a hacer anzuelos curvando las espinas con fuego, atándolos después a unas piedras perforadas y anudándolos a cáñamo trenzado en finas hebras.

...Recordaba la brisa húmeda jugando con sus largos cabellos y las miles de formas que tomaba el agua al romperse y perseguirse hacia la orilla.

-“¿Por qué cantan las aguas? ¿Por qué las aguas del río veloz sólo silban?” - preguntaba esa vez al anciano.

-“El indio no pregunta, acepta.” -contestaba el abuelo, con su rostro pétreo, sin levantar nunca la vista de lo que estaba haciendo.

Sus pisadas se marcaban perfectamente, junto a las pequeñas y débiles huellas de su nieto. Escondió muchas cascaritas de moluscos y caracoles de mar para su madre y su hermana.

...En éste momento, con el sol sobre el punto más alto del cielo, sin duda las indias en su tribu, estarían haciendo sus llamados respectivos para dar de comer a los mas pequeños. Todavía él acudía a ese esperado momento. No así su hermana Nitay, quién por haber alcanzado la adolescencia, comía después, con los mayores. Su querida hermana Nitay...

NITAY

Nitay tenía unos vivaces y profundos ojos de carbón. Fina, alta y delgada, era lejos la más linda muchacha del asentamiento, y esto lo pensaba él, no porque fuera su hermana. ¡Todos lo afirmaban.! ¡Cómo lo amaba Nitay! Al sentir la brisa helada cordillerana, era capaz de sentir también sus besos y caricias despertándolo en las frías mañanas. Y recordaba los traviosos empujones y tironeos al jugar con otros indiecitos en los remansos.

...Ella sí que lo quería, no como las hermanas de su madre, siempre de semblante hosco, serio, marchito; siempre increpándolo porque no se comportaba como el Futuro Señor de

Kolliguay.

Nitay sabía trepar hasta la roca del águila, más veloz y ágil que ninguna.

Y reía y reía siempre, mostrando unos dientes que encanecían por su blancura, y que contrarrestaba con su piel tostada de arcilla fresca.

...Recordaba el agua fría, recordaba el agua helada.

Sintió un frío inmenso. Empezó a lloriquear. Ya no quería pasear. Ya no le importaba su pueblo, ni la misión encomendada. Sólo quería volver a los tibios brazos de su madre. Lloró. Lloró fuerte. Pero uno de los indios le dio un espantoso manotón. El niño quedó petrificado. Nunca antes nadie, ni su propio padre, se había atrevido a golpearle así.

Algo raro pasaba. No se respetaban las reglas del linaje indígena. Corría peligro. Trataría de escapar. Forcejeó y forcejeó e intentó morder al indio que lo transportaba. Le pateó y pateó y gritó fuerte muy fuerte, tan fuerte que los cóndores se espantaron y huyeron volando en parejas, a perderse tras los afilados riscos del imponente Aconcagua.

Sintió un miedo inexplicable. Una soledad inmensa. Un frío. Un hambre... ¡Para qué tantos cuidados prodigados hacia su persona, para qué tanto respeto y tantos regalones y todo ese cariño de la gente de su pueblo, por ser el descendiente del Señor de Kolliguay, si ahora le trataban así!

El mismo había perdido ya, todo el decoro y el comportamiento de un pequeño Señor. Gritó con ganas:

-“¡Nitayyy, Nitayyyyyyyyyyy!”- (Quién sabe si su hermana pudiese escucharle.)

Ella siempre estaba a un grito de distancia de él.

Nunca su voz pudo estar más lejos. Nunca.

...Esa tarde, las mujeres la vistieron como se vestían las novias cuando va a venir su enamorado a raptarlas. Su madre, llorando, le adornó el cabello con mil trenzas perfumadas.

-“Nitay se va a casar. Nitay se va a casar.”- cantó el indiecito, bailando a su alrededor.

Lo hicieron callar.

Lo hicieron salir.

Cuando finalmente apareció en el umbral de la ruca, su rostro estaba tan pálido y su sonrisa de viento se había esfumado para siempre.

Lucía tan bella... Su pelo azabache se veía aún más negro junto a sus ojos de almendras. Ataviada como novia, parecía una estrella, una estrella fría una estrella distante, una estrella lejana...

Le pusieron el manto que usaba para las ceremonias importantes.

Con la mirada vidriosa y perdida, ya no seguía los juegos de su hermano; su risa se había volado como escapan las bandadas de patos silvestres desde los pantanos.

Partió junto al hechicero sin despedirse siquiera, con esa mirada inerte rumbo al Santuario.

...Recordaba su esbelta y fina silueta perdiéndose en el camino.

...Recordaba al viento, tratando de quedarse con su manto.

...Recordaba el amargo grito de su padre, el Señor de Kolliguay, en la noche, quebrando una y otra vez las distancias clamando:

-“Nadie dirá que Supilaillpán no dio todo por

su pueblo.”-

Eso ocurrió poco después que el dios de la Montaña destruyera parte del poblado, con su furia de su lodo y piedras. Cuando murieron muchos indios. Cuando su población se empqueñeció.

Habían llegado a la cumbre helada de aquel altísimo monte Sagrado. Los dos indios, le cogieron y le obligaron a beber una bebida fuerte de un penetrante olor nauseabundo. El niño la vomitó. Le comenzaron a atar, con una cuerda que habían traído al hombro y con la cual le daban vueltas y más vueltas. Forcejeaba inútilmente. Sintió náuseas. Nuevamente le dieron de beber. También le colocaron su penacho, de pequeñas plumas coloridas, que contrastaban con la nieve blanca. Finalmente le cubrieron con su manto.

Ella reía cuando le hacía bromas con aquel muchacho, Táro, que llevaba mensajes hacia el tambo del norte. El joven indio, cada vez que llegaba de la posta, iba a buscar a su hermana y caminaban juntos perdiéndose entre las flores y los arbustos de la zona.

-¿Volvería alguna vez Nitay, como habían vuelto las otras novias después de un tiempo? Incluso Pihue había traído de vuelta un pequeño retoño consigo.

Ella se fue tres cosechas atrás.
Esto ocurrió hacía ya tanto tiempo.

...El cielo y sus queridas nubes reían y reían dando vueltas, mientras los dos indios regresaban corriendo montaña abajo, tan veloces como habían subido.

...Pero él también sabía que su hermana regresaría un día a buscarlo. Se lo había prometido cuando lavaba su negro y largo pelo en el remanso de aguas puras y frescas.

...Recordaba y recordaba...

Entre las brumosas imágenes, su corazoncito de pichón jilguero, lleno de la sangre de las llamas indómitas, de las nieves, de los hielos y los algarrobales... su pequeño corazoncito, que apenas llevaba algunos pocos latidos en ésta húmeda tierra, se sobresaltó de alegría, al ver aparecer entre las nubes y el cielo, el querido rostro de su hermana, tan bella y sonriente, toda vestida de espumas, tendiéndole sus manos tan blancas y frías, como aquella luminosa nieve del Monte Sagrado del Aconcagua.

VOCABULARIO

**Capacñam*: Camino del Inca, que se extendía a ambos lados de la Cordillera de los Andes, pues los indios no tenían noción de los países que ahora llamamos Argentina y Chile. Para ellos, era una sola cosa interconectada. Conectando el Imperio Inca. Cada 20 km aproximadamente, se encontraba un tambo que servía de relevo a los indios que recorrían éstos caminos. Corría este camino en forma casi paralela a la línea de las altas cumbres y al Océano Pacífico.

**Tapu*: medida entre tambo y tambo variable entre 10 a 20 Kmts.

**Tambo*: refugio con alojamiento y comida, normalmente a los bordes de algún riachuelo. Los tambos estaban localizados en medio del Camino del Inca, generalmente pasando este, por dentro de ellos. En los tambos se producía el relevo de los indígenas que hacían la Posta. Así se comunicaban a los confines del Imperio Inca. De tambo en tambo, los indios recorrían largas distancias con información. Allí comían, bebían y descansaban. Se preparaban para recorrer distancias.

**Cayao*: los conquistados por los Incas.

**Nguillatunes: reuniones de caciques de diferentes zonas para tratar asuntos importantes.*

**Tawantinsuyo o Imperio Inca: se extendía por más de un millón y medio de km cuadrados desde el espinazo Andino que separa el Océano Pacífico de la Amazonía, abarcando desde Ecuador, Bolivia, Perú, Uspallata en Argentina y parte de Chile Central.*

**Ucu Pacha: Mundo del más allá, donde moran los muertos y las fuerzas que hacen germinar la tierra.*

**Cabuya majalan: hierba de la cual sacaban un cáñamo que hilaban para hacer sus vestidos. Era usado principalmente por los indios que vivían en Chile a la llegada de los españoles del Limarí al Sur.*

**Collca: bodega de base circular donde los indígenas guardaban el grano.*

**Kollasuyu: Provincia sureste del Imperio Inca, prácticamente todo Chile Norte y Central, hasta el Aconcagua.*

**Chollo: perro de los diaguitas.*

**Chasquí: mensajeros que recorrían el Camino del Inca*

Nota: En la década del 70, un equipo de andinistas argentinos, escaló el Monte Aconcagua por su frente Norte. En la cumbre, divisaron unas plumas de colores enterradas en medio de la nieve. Excavaron, y descubrieron una momia de un niño indígena de unos seis a siete años, aparentemente sacrificado a los dioses. A unos dos metros a la redonda encontraron diseminadas, unas pequeñas figuritas de cerámica pintadas, representando guerreros, llamas y cántaros de greda finamente decorados. El niño llevaba un colorido penacho y una ca-

misa de fino algodón, con bordados de colores, correspondiendo a los tejidos que provenían del Norte del Imperio Inca, el Ecuador. Estaba envuelto en un manto de lana de alpaca o vicuña y amarrado por varias vueltas de cuerdas vegetales de tres hebras. Un poco más abajo de la cumbre, curiosamente, entre las rocas y la nieve, habían numerosas flores. Fue llevado a Argentina, donde se le examinó, detectando que al niño le gustaba mucho el maíz. Esta momia se encuentra hoy, a la vista del público en el Museo Arqueológico de Mendoza.

UBICACIÓN HISTÓRICA

Durante el Siglo XV y primer tercio del siglo XVI, los incas señorearon centenares de pueblos. El desembarco de Francisco Pizarro en Perú, encuentra al Imperio Inca dividido en dos por una lucha fratricida. Son los reinados de Atahualpa por el Norte y Huáscar por el Sur.

En Chile, en la zona cercana al río Limarí, habitaban unos indígenas agrupados en señoríos. Según el historiador Mariño de Lobera: "Eran gente de buen tamaño y ellas de buen parecer". Tenían su propio idioma, diferente a los indígenas que habitaban más al norte. Habían sido conquistados por los incas, ofreciendo poca resistencia. Ambas culturas se fusionaron y complementaron. Los incas les transmitieron el culto a las divinidades del Sol, la Luna y las Estrellas. Fusionaron su idioma en el quechua.

BIBLIOGRAFÍA

Instalaciones Incaicas en el Norte y Centro Semiárido de Chile - Antropólogo Rubén Stehberg

Historia de Chile - Sergio Villalobos Tomo 1
Antiguas Culturas Chilenas - Preuniversitario
Pedro de Valdivia.

ÉCHAME ACÁ ESAS PAJAS

Nelson Gómez León, 81 años,
Mayordomo en parcela N° 24 de Alto Ramírez
Azapa I Región



- Échame acá esas pajas - me ice, mientras mordisquea la hierba, se acurruca y pone los ojos güeros..

Si verla ahí nomá echá y se me arregüergüerean las penas. Como icía mi taita: "Las malda'es y los malos humores suben de la guata, las güenas acciones y los pensamientos caen de la cabeza". Tan relinda que era la Venustia, y a poco de llegar aquí se me le pasmó de viaje. De un repente se le acabó la risa que no le cabía en la cara. El tú y el yo solos los parecía poteósico. Qué importaba que los ijeran arrejuntaos; que los viejos de la Venustia los echaran de la casa; que la agüela Menche se santiguara al verlos. "Así es la vida", dijo alguien. "Ya verán lo que es canela", amenazó otro.

Tu'imos que arrancar de Huara. Embelesa'os pasamos las primeras semanas: besitos pa'ca y cariñitos pa'llá. Comíamos lo que pillábamos, derreseguo frutas silvestres. De a poco nos juimos a'entrando pa'la cordillera y el frío los bajó la calentura de un zuácate. Hartazos calichales recorrimos buscando un techo pa'guarecernos. Hilachentos y llenos de rajuños -por los chañares-, pensando en una sopita calentita los apretujamos debajo deste alerito. Al otro día, retemprano, salí a curiosiar y me encontré con que los habíamos dormi'o

en un viejo gallinero. A un costa'o, los cimientos de lo que jué una casa, ma' allá, cercas, paja brava y matorrales salvajes. Boñiga de alpaco por toititas partes, mas ni un alma en pena. Dentre las matas de orégano encontré unas espigas de trigo, junté unos puña'os de granos y llené mi sombrero y, silbando un guaino volví onde la Venustia.

Desmejora'ona se veía pu'. Con un coirón le chicotí el cogote a la Venustia, hasta que se despabiló. Derreseguo que despué de un baño, sin olores y lagañas, volvería a ser la de antes.

-¡Arri'a Venustia, que llegó la choca!-, le grité

Entre restregares de ojos, me ijo: "¡Ya pu' Procopio, éjesee lesuras!

-Si es verdá cholita, vea ló que le traigo.

-Chís, pura payasá nomá.

-Es to'o lo que encontré pu'. ¿Qué querís que juera a encontrar? Comamos más mejor, antes que se los enfríe-, le ije entre risas.

Se encucilla y encoge los brazos, agita los codos y puja...

Al llegar lavamos las pilchas en un salto de agua, los dimos un remojón y, dale con el

jueguito de los empelota'os. En la orilla tomamos algo de sol; los reembobamos hablando de comi'as ricas y, dale otra vez. Ya pa' la noche, bajo el alero, habíamos arregla'o unas hojas de algarrobo p'al colchón y tapas.

Esa noche dormimos calentitos y a pata suelta.

Puja, puja hasta ponerse colorá...

Entre correr por los bofedales, hacerle el quite a la puna y ordeñar cuanta mata se me ponía por delante se me pasaron los días, y se los pasó un mes o dos.

Se arrellena y puja. Su piel se llena de puntitos...

Como de un mazazo la Venustia entró en letargo. Le molesta la luz. Ahora no come ni aguanta que me le acurruque a su la'o. Con la mira'a fija y ahuecá, pestaña y pestaña; no contesta y se enfurruña con mis arrumacos.

Me pasié como loro en el alambre, eché maldiciones, garabatié pa'l mundo. Tiré patás al adre y ná, la Venustia estaba como ía.

Tirita y da un suspiro, se ríe y me mira. Ladea el anca y ...

- ¡Oh, Venustia

!;Sí, Procopio!

-¡Cómo pu'iste poner un güe'o!

EL POZO VERDE

Manuel Cariman Huentemil, 62 años,
pequeño agricultor, Sector Cullinco,
Temuco IX Región



Negra y fría era la noche en torno y encima en el rancho Los Perales, de Manuel Fernández, uno de los últimos del fundo Lo Andarreche.

Mientras los tiuques andaban rodeando la noche, los ladridos de los perros se escuchaban de par en par, en casa de Manuel se preparaba la cena de aquella noche, María su mujer poniendo la mesa esperaba con ansias la llegada de Manuel; -Tanto se demora este hombre si solamente fue a buscar los animales y aún no llega.

De repente se escuchan ruidos de voces, cada vez más cercanos y tocan a la puerta... Tanto te demoraste yo creía que fuiste a buscarlos a las quebradas, tu sabes cuan peligroso es allá, -no mujer fui mucho más acá y me encontré con mi compadre, a no por eso te demoraste tanto, -pase pues, siéntese, les sirvo altiro.

Mientras se sirven hay una amena conversación, carcajadas, quizás recordando viejos tiempos de su juventud, momentos alegres que han vivido. En ese instante un silencio invade el hogar al mencionar el recuerdo de su adorable sobrino, el compadre le pregunta acerca de su extraña enfermedad, -sabe compadre me duele recordar, pero alguien me aconsejó conversar acerca de esta pérdida, pero compadre si quiere conversemos de otra cosa, no dejémonos de

palabrerías yo le contaré como fue su enfermedad aunque algunos dicen que no era, sino como los llaman los machis era un mal.

Llegó una noche creíamos que no llegaría, ansiábamos tanto su llegada porque hacía varios años que no lo habíamos visto y era tan apreciado por nosotros, sabe compadre le cuento un secreto era uno de mis sobrinos preferidos.

Lo abrazamos fuertemente, le brindamos lo mejor de lo nuestro ambos nos contamos nuestras cosas, pensar que la última vez que lo había visto era solamente un adolescente y verlo hecho todo un hombre, es asombroso como crecen, estuvimos hasta las tres de la madrugada conversando de todo, tanto de él como también de nosotros.

Al otro día se levantó al mediodía, me acuerdo que para ir a lavarse teníamos que ir al pozo verde, lo llamábamos así porque cada mañana teníamos que ir a sacar las hojas que cafan y toda el agua se inundaba del color de las hojas porque estaba debajo de un árbol de maqui.

Tomó desayuno, se comió tres huevos fritos y harto pan y leche bien caliente, no sé adonde echaba tanto.

Me acuerdo que ese día fue especial porque

aquí cumplió sus veinticinco años era muy gratificante para nosotros pues hace tiempo que no lo veíamos y saber que nos dio ese regalo, pasar ese cumpleaños con nosotros, lo pasamos excelente, ¡ah! Y como olvidar que para ese día tan especial le regalamos una ternerita era café con manchas blancas, estaba super contento la llamó Lamun, no me dijo nunca porqué le puso ese nombre. ¡Qué extraño nombre!

Pasamos una muy buena semana nos regocijamos, lloramos y hasta fuimos a un torneo de los cabros de Cullinco quienes lo habían organizado, jugamos a la pelota, bailamos no sé que más hicimos no me acuerdo, pero que la pasamos bien nadie lo puede negar.

Fuimos a varias partes a reconocer otros lugares en los cuales íbamos cuando estaba más chico, que momentos aquellos.

Pasó un mes en los cuales disfrutamos María y yo junto a él, de repente una mañana se sintió mal, pensábamos que era producto de un conejo que habíamos cazado la noche anterior, lo dejé pasar, no le di mayor importancia y me fui a trabajar, al llegar en la noche estaba aún peor, ahí me empecé a preocupar María me dijo que no era una enfermedad cualquiera porque lo presentía, usted sabe pues compadre cuando a las mujeres le dan este tipo de presentimiento hay que tener cuidado, porque la gran mayoría le aciertan.

Nos desvelamos toda la noche cuidándolo pero ahí estaba quejándose, de una y otra manera, le dimos remedios caseros y no pasaba nada hasta que se quedó dormido.

Al otro día se sentía un poco mejor nosotros todos contentos por tal logro, pero al caer la noche nuevamente llegaba el dolor y angustia de no poder hacer nada, mientras nos desvelamos cuidándolo escuchan ruidos y después

unos gritos que decían *Tue-Tue*, nosotros en ese momento no sabíamos que hacer y creíamos que se trataba de un pájaro más, mientras avanzaba la noche los gritos aumentaban y los quejidos de mi sobrino aumentaban de igual manera, hasta que llegó el amanecer y se fue ese pájaro y se quedó dormido Víctor.

Al rato después llegó una vecina de avanzada edad que se llama Hortensia, todos los meses nos iba a visitar y pasaba todo el día con nosotros y llevaba cualquier cosa para comer buscaba una compañía y en nosotros la encontró. Vio a Víctor, sus ojos eran rojos como el carmesí y su cara pálida como la leche recién salida de la vaca. Nosotros le contamos lo que había ocurrido con Víctor incluso del pájaro que decía *Tue-Tue*, ella nos dijo que Víctor estaba poseído, por un mal que alguna persona se lo había hecho.

Nosotros no teníamos idea que cosa era un mal pero ella nos decía que era cuando alguien te tiene envidia y quiere hacerte algún daño, te hacen este tipo de *s maléfica*, y el *Tue-Tue* ¿Qué pasa con él? ¿Porqué estuvo gritando toda la noche? y Víctor se sentía cada vez aún más mal ¿Qué es lo que es? y ¿Cómo es?

Mi papá nos hablaba de este pájaro, y nos contaba historias acerca de esto y nos decía que una vez ellos estaban en un fundo sacando papas y al caer la noche, ellos como de costumbre se servían comidas producto de que vivían muy lejos y se tenían que alojar ahí mismo, estaban en lo mejor, cuando de repente en la oscuridad de la noche en el cielo negro se les apareció un pájaro un poco raro ya que tenía el cuerpo de un pájaro pero con la diferencia que no tenía cabeza y gritaba *Tue-Tue*, mi papá como era rápido para contestar y no tenía miedo de nada le gritó garabatos pal mundo y además le dijo que no lo molestara, que si quería que viniera a comer al siguiente día con ellos,

pero que los dejara de molestar más y que se fuera lo más rápido posible.

Al otro día iban a almorzar como de costumbre y en eso llega un hombre de avanzada edad vestido estrafalariamente y él le pregunta que quién es, porque nunca lo había visto y el hombre le contesta, bueno tú no me invitaste a comer y aquí estoy, ustedes comprenderán y se imaginarán que en una situación así no hay palabras para explicar y entenderán como queda un hombre que no le teme a nada ni nadie y que se encuentre con su propio desafío. Mi papá nos decía que el *Tue-Tue* no era una persona común y corriente ya que cualquiera persona no se transformaba en un pájaro y sale a volar por las noches, y además sale a cerciorarse de que el maleficio que habían hecho estuviere haciendo efecto realmente.

También decía que para que se mejorara el enfermo tenía que ir donde otro machi y llevarle ropa de la persona enferma para que así pudiera saber lo que realmente padecía.

-Pero Hortensia ¿Qué pasa con mi sobrino? ¿Qué voy hacer? ¿Qué hago estoy desesperado? ¡Yo conozco una persona que hace ese tipo de cosas, mañana iremos temprano.-

Mientras transcurría el día Víctor se ponía cada vez más mal y llegada la noche se paseaba el pájaro y gritaba *Tue-Tue* y Víctor se quejaba no sé de que. No se encontraba solución y explicación alguna ya que recién sabía de esas extrañas venganzas de odio y envidia.

Al amanecer llegó Hortensia y nos fuimos como una hora comino al lugar de Trañi-Trañi, llegamos agotados porque queríamos saber que era lo que tenía Víctor. Entramos y era un lugar místico lleno de cosas rarísimas, el hombre era de aspecto extraño, con la típica vestimenta mapuche y su lenguaje *mapudungun*, que Hor-

tensia sabía traducir, ella tomó la ropa de Víctor y se las entregó, él empezó hacer una fogata y echó varias ramas de distintos tipos entre las cuales había de canelo y otros que no conocía, entonces él empezó a decir lo que veía pero en su lenguaje que sólo entendía Hortensia, y yo estaba deseoso de saber que era lo que tenía Víctor y me dijo no te apresures después te diré todo lo que está diciendo.

Terminó de hacer todos los maleficios que tenía que hacer para que le encontrara alguna solución a estos extraños dolores de Víctor, me acuerdo que a la Hortensia le pasaron unos frascos de remedios y el líquido que contenían estos frasco eran de colores muy extraños.

Mientras nos regresábamos no hallaba la hora de que me dijera que había dicho ese hombre de Víctor, Hortensia movió la cabeza y cerró los ojos y me abrazó como una muestra de que iba a ocurrir algo inesperado más adelante, sabes Manuel, tu sobrino ya no tiene esperanza.

Comenzó a caer la tarde y en eso llegamos a casa y nos empezó a decir todo lo que el hombre había visto, sin lugar a duda dijo Hortensia fue un maleficio para tí Manuel, pero recayó en tu sobrino, ¿cómo?, si pues el machi dijo que en una mañana tu sobrino fue como de costumbre el pozo a lavarse y se encontró en la batea una caja de fósforos la cual tenía adentro tierra de cementerio y tú sobrino la tomó y llegó a tomar desayuno y como no había fuego, él lo hizo y como tenía esa caja de fósforos la echó al fuego y allí empezó todo ¿porqué?, sí porque si lo hubiera echado en el agua o por último lo hubiera dejado por ahí no le hubiera pasado nada ¿cómo? ¿cuál es la diferencia entre el agua y el fuego?, sí pues si lo hubiera echado al agua habría sido beneficio para él, pero como lo echó al fuego fue perjudicial para él, así es que casi no tiene mejoría y está en sus últimos días, ya que si hubiera venido antes el

efecto de la maldición se pudiera haber controlado, pero fue demasiado tarde y entonces esos remedios para que son, es para que el dolor sea menos fuerte ¿porqué lo hicieron?, por envidia, porque tú tienes mejores cosechas hace varios años y tus animales van cada año en aumento y ¿quién fue? fue... tu cuñado que se fue el año pasado ... no puede ser mi cuñado Jorge...

Pasaron varias semanas y le dimos los remedios como lo había dicho, los dolores seguían y ese pájaro iba todas las noches a cerciorarse de que el maleficio pudiera hacer efecto, lo que más recuerdo es que en sus últimos momentos de vida de Víctor ese pájaro se quedó ahí hasta que murió y se fue gritando *Tue-Tue* como un grito de triunfo al saber que su misión ya se había cumplido totalmente y de ahí no volvió nunca más.

EL CAICEO

Juan Aurelio Caiceo Galdámez, 28 años,
Técnico en Administración Agrícola
Curio VII Región



Llegó del sur, el lugar exacto nunca lo hemos sabido. Eligió la ladera de un cerrillo para construir su ruca, dando inicio a su vida a orillas del lago Vichuquén.

Era un hombre moreno, de ojos brillantes y cabello negrísimo, como los pelos de un pura sangre. Sus costumbres extrañas llamaron de inmediato el interés de los lugareños, quienes se sorprendían y llenaban de curiosidad ante los ritos del afuerino. Por las noches hacía fogatas, entonaba acongojados cantos y realizaba una especie de danza acompañado de un pequeño tambor. Era pacífico y sociable, aunque su idioma le impedía comunicarse en buena forma con la gente, los gestos y una que otra palabra en español hacían más fácil la relación. Se alimentaba de moras, boldo y otros frutos silvestres y de lo que lograba reunir gracias a los trueques que hacía: las yerbas que recolectaba y los utensilios que fabricaba a cambio de granos, tabaco o lo que fuese.

De este modo el Caiceo, así se autodenominaba, comenzó a echar raíces en esta zona gobernada por las aguas del Vichuquén y por costumbres totalmente opuestas a las suyas.

El Caiceo era un ser misterioso y eso causaba en muchos cierto grado de temor y en otros de curiosidad. Al anochecer una veintena de per-

sonas se acercaba a la ruca del Caiceo a presenciar su insólito comportamiento. Los niños veían en él a un mago capaz de cumplir cualquier pedido. Los campesinos creían que podía ayudarles con las siembras y la cosecha. Las mujeres más ancianas sentían hacia él algo de recelo, mientras las jóvenes una gran devoción, veían en el Caiceo a un guiador y le visitaban continuamente para pedirle infusiones o yerbas para los dolores del cuerpo y del alma.

Dada su vida tranquila e inofensiva y ya que nadie manifestó repudio por su presencia fue convirtiéndose en un habitante más del sector, familiarizándose cada día mejor con el idioma.

Algunos días, antes de aclarar, bajaba a la ribera del lago con su cara y su cuerpo pintados con vistosos colores, fabricados con polvos y pétalos. Allí se quedaba mirando hacia el lago hasta que el sol irrumpía en la cordillera. Luego se introducía lentamente en el agua, y cuando ésta llegaba a su pecho, alzaba las manos, rezaba algo y regresaba en silencio a la orilla. Decía que así daba gracias a los habitantes del agua, quienes le permitían purificar su cuerpo. Algunas jóvenes empezaron a acompañarlo en estas incursiones y en sus contactos espirituales con los habitantes, como decía él, cosa que nadie tenía claro. Las muchachas hacían esto por propia decisión, lo que produjo en algunos

padres cierto enojo, empezando a ver al Caiceo como un ente perjudicial, pero las jóvenes mujeres no estaban dispuestas a retroceder.

Entre las seguidoras estaba mi abuela, una mujer pequeña, pero valiente y emprendedora, cuya relación con el Caiceo pasó de la curiosidad a la admiración y de la admiración al amor. Un amor extraño y prohibido, por un hombre extraño y prohibido que no manifestaba inclinación por ninguna mujer, como si para él fuese más importante el lago o la luna o el sol. Ella era la más perseverante en los ritos y procuraba aprender al máximo de las enseñanzas del Caiceo. Pasaba horas en silencio junto a él, recorriendo la ribera y observando todo lo que él le indicaba, cosas que antes le parecían comunes, ahora se revestían de significado.

Las fogatas nocturnas se trasladaron del cerro a la orilla del lago, las aguas del Vichuquén se encendían por la noche y el grupo de seguidoras se instruía cada vez más. Así supieron que los habitantes del agua eran los espíritus de los muertos del lugar, que vivían en el lago esperando un cuerpo animal, humano o de cualquier cosa para volver a vivir. Supieron que el primer rayo de sol daba salud y fuerza y el fuego atraían a los espíritus buenos que vivían en las aguas tranquilas, y a los malos, que flotaban libres en el aire alimentándose de él hasta consumirlo.

Un día la abuela ya no volvió a su casa, se quedó junto al Caiceo, quien no dio señal de aprobación ni desacuerdo, parecía no importarle, se concentraba únicamente en sus labores sin dar importancia al asunto. La joven confió en el silencio.

Las fogatas y los rituales junto al Vichuquén llegaron a oídos de las autoridades en el pueblo de Curicó quienes comenzaron a controlar el acceso al lago, pero el grupo se las ingenia-

ba para encontrar el momento y el lugar donde celebrar las ceremonias. Así transcurrieron un par de años, hasta que una noche en que invocaban a los habitantes para que les protegieran de los enemigos en la naturaleza y de los enemigos entre los hombre, llegó un escuadrón policial y se los llevaron. El único que quedó detenido fue el Caiceo, que pese a todo no mostraba signos de temor ni de intranquilidad.

Las mujeres siguieron reuniéndose, pero un poco más al sur, en el pueblo de Vichuquén, en una casona abandonada con grandes piezas y gruesas paredes de adobe que no dejaban escapar ningún ruido, prometiendo en cada sesión volver algún día al lago para continuar allí las invocaciones, sanaciones y purificaciones.

Mi abuela permaneció en el lago, esperando el retorno del Caiceo, que continuaba preso en Curicó sin ver fin a su problema y sin entender por qué razón le hacían esto si él no había hecho nada, si en su tierra había muchos iguales a él.

Entre esas cuatro paredes que le impedían moverse con libertad como lo había hecho siempre, entre los cerros, los campos, los ríos, los lagos, se fue poniendo mal, le faltaban sus incursiones en el lago junto al primer rayo de sol, los pasos por la ribera, su contacto con los habitantes, sus infusiones, sus danzas, sus yerbas, sus cánticos.

Antes del año quedó libre, pero preso a la vez, ya no era el mismo, se veía más viejo. La abuela lo esperaba en la ruca con todas sus cosas ordenadas, tal como él acostumbraba dejarlas, y la harina lista para preparar el *mudai* como le gustaba a él.

Así vivieron por algún tiempo, él casi no salía de la ruca. De vez en cuando miraba hacia el lago.

Una noche de otoño mientras tomaban mate junto al brasero el Caiceo le hizo una confesión a la abuela. Le dijo que cuando él muriera lo enterrara de pie en la cima del cerrillo, con los ojos en dirección al lago y echara dentro del hoyo algunos adornos y herramientas. La abuela asintió con la cabeza y siguió tomando mate en silencio como a ellos les gustaba.

A los pocos meses la abuela cumplía el deseo del Caiceo. Sobre la angosta fosa puso algunas flores y piedras talladas. Por la noche soñaba con él, veía su espíritu salir de la tumba con el cuerpo pintado, la cabeza adornada en plata y argollas de cobre en los brazos, volar hasta el lago, danzar en la superficie y sumergirse violentamente, para volver a surgir de la misma forma después de unos segundos convertido en fuego.

Con el tiempo la abuela volvió con su familia y luego emigró con su pequeño niño a Curicó, decía que no soportaba los ojos del Caiceo mirando todo desde lo alto ni tampoco el agua, esa agua que lo único que escondía eran imágenes y esperanzas.

Las otras mujeres siguieron reuniéndose en secreto en el pueblo de Vichuquén. Sus nietas aún lo hacen y de vez en cuando van al lago a practicar y enseñar a las nuevas las increíbles técnicas y experiencias que heredaron de sus madres y abuelas y éstas de ese extraño hombre que llegó un día del sur y que todos llamaban tan familiarmente el Caiceo.

EL ÁNGEL QUE SE FUE LLORANDO

Ingríd González Nahuelhuen, 25 años,
Secretaría Recepcionista,
Cerrillos Región Metropolitana



El viento silba una melodía opaca mientras va manoteando las ramas de los árboles, la oscuridad de la noche se baña en una neblina húmeda y pesada, una leve llovizna se suma al festín de las sombras. El camino de tierra casi no se divisa; sin embargo, Omar Nahuel camina con pasos seguros aunque tropieza frecuentemente con piedras, hoyos o algunas ramas caídas por aquel viento amenazador.

Mientras el campesino, medio borracho avanza, las almas le observan encaramadas en las ramas y ocultas en los matorrales. Omar puede percibir las pero no siente miedo, tantas veces ha recorrido solitario este inhóspito trayecto y no va a ser ahora que el temor aparezca en él, claro ahora está más viejo y aún más débil por la enfermedad de la vinchuca(1) pero las ánimas jamás le molestaron, entonces va tranquilo y refunfuñando contra la botella de aguardiente que se vacía, según lo que él piensa, tan ligero pese a los "mínimos sorbitos" que le va dando. En su otra mano, la derecha, lleva la chupalla(2) que el viento le ha volado por quinta vez. Es un hombre alto, aunque los años le han torcido un poco el espinazo, su contextura gruesa la guarda en un largo abrigo de cotelé que compró hace muchos años en la tienda del pueblo. En su rostro ancestral lo más sobresaliente es su nariz que rojiza y poderosa parece haber sido engendrada para tragar huracanes de

oxígeno, sus negros ojos son vivaces y brillantes como sus siete u ocho dientes que asomaban en sus habituales sonrisas.

Iba pensando en los tomates que debía sembrar llegando la primavera, en apretar más el tirante de cuello de su sombrero y en la infeliz botella que cada cinco pasos se vaciaba en forma grosera cuando un ruido extraño le sobresaltó. Se detuvo, trató de ver algo en medio de la oscuridad inútilmente, sonrió como burlesco mirando la botella, bebió otro sorbito y sintiéndose agotado se refugió bajo un sauce. Cuando estuvo ya sentado en una piedra oyó nuevamente un ruido como de alas, pensó que podría haber sido algún pájaro pero como no se veía nada no pudo cerciorarse. Por fin comenzó a fumar un cigarrillo de un tabaco hediondo tras varios fósforos que el viento le apagó, y de nuevo otro ruido, esta vez más cerca de su cabeza y ya no le parecían alas sino como si algo o alguien brincara de rama en rama. Quiso incorporarse y reiniciar el largo camino pero se sentía más extenuado que hacía un rato y la borrachera iba aumentando con la fiebre que hacía ya tres días se manifestaba crónicamente. Decidió hacer oídos sordos a cualquier sonido extraño pero el ruido se acercaba cada vez más aumentando su envergadura sonora, entonces Omar ya convencido de que algo anormal y peligroso le amenazaba cogió

la botella por el gollete tras su espalda, en caso de enfrentar algún ataque de quien sabe qué, no sin antes darse un nuevo sorbete de aguardiente.

La llovizna aumentó su fuerza y la penumbra se hizo aún mas espesa. El invierno suele ser crudo en la zona y pronto la tierra mojada bajo sus pies se fue haciendo barrosa aunque el sauce le protegía servilmente del temporal. El viento ya no silbaba sino que daba la impresión de profundos quejidos, de lastimosos lamentos que volaban de un lugar a otro sin hallar un rincón para ocultarse de la noche y las ánimas.

Otra vez el ruido trepador y Omar quedóse quieto, imperturbablemente quieto tratando de abrir sus oídos al máximo y los ojos en frontal lucha contra la negra mancha noctámbula. Pensaba que el rosario que llevaba en uno de sus bolsillos mientras su pecho agitado se inflaba como un globo, procurando respirar más despacio pues cuando se combate con el silencio la respiración pasa a ser un estorbo que puede distraer. Así estaba Omar, solo, en un triste combate desigual luchando contra el viento, la lluvia, la soledad, las ánimas, contra aquella borrachera que ya no deseaba y la fiebre pegada en su frente como una sanguijuela quemante y afilada. El ruido cesó por largos minutos, tal vez unas horas y el hombre seguía erguido, obstinado e inquieto tratando de vencer el sueño. Cuando comenzaba ya a dormitar de un brinco estrepitoso se abalanzó repentinamente frente a él una sombra extraña. Omar Nahuel se sobresaltó tanto que soltó la botella de aguardiente que hizo un ruido opaco al caer al barro, estiró lo más que pudo el cuello tratando de distinguir mejor la silueta que se enfrentaba ante sus pupilas. La sombra retrocedió como en un intento de protegerse de la reacción del campesino o quizás para dar tranquilidad mí-

nima al espantado. Luego de un instante, en que el hombre nublado de pensamientos y temores guardó con dificultad silencio esperando desanimadamente lo que el destino le depa-rase, una voz ronca, mezcla de tranquilidad y autoridad provino de la silueta :

- Omar, no te asustes demasiado ni corras. Nuestro deseo no es atacarte, solo conversar ya que ha llegado la hora de hacerlo.

Omar apretó puños y dientes tratando de tranquilizarse, su rostro se convulsionó y esforzado por comprender lo inentendible balbuceó entrecortado: Pe - pero quién díaulo eres tú, qué buscas en este pobre pero digno cam - campesino indio, digo, con este susto tan rejodido por la virgen Carmelita, que me a dao'iñor por la cresta.

Se sintió más suelto luego de sacar del pecho aquellas palabras. Suspiró.

-Me presento entonces -dijo la sombra. Soy la voz de las ánimas de este lugar que han venido a comunicarte algo muy importante y delicado.

Omar miró a su alrededor sin ver mas que aquella silueta extraña, parte del camino embarrado y algunos de los árboles y arbustos más cercanos pues la oscuridad y el temporal seguían ahí perpetuos. Cogió lentamente la botella y bebió, aún tembloroso humedeciendo sus labios con aguardiente y barro que se había impregnado en el vidrio. Suspiró de nuevo:

- Véngale echándole pa'juera el mensaje - señaló atrevido. A mí no me asustan, ni brujas ni chupacabras. Si quiere el hombrón misterioso le convido de mi aguardiente para suavizar la conversa -suspiró y masculló entre dientes- Por la puta, ahora me vengo a encontrar con un fantasma, después de viejo.

La silueta se agitó levemente y respondió como si nada hubiese escuchado:

- Para hacer más fácil todo esto, querido Omar, te diré. Tu alma, que es hermana nuestra e hija del mismo Dios, ha sido llamada para rejuvenecer en otro cuerpo. El elegido para la donación tuya es un niño que está muy enfermo porque su alma salió con ciertos desperfectos y es necesario salvarle. Tú has contraído el mal de chagas que es incurable y tu alma es muy fuerte, de buena mano. Has sido tú, gracias a ella un hombre robusto, despierto, quizás de algunas malas costumbres que el diablo metió por ahí, pero tu alma es la que importa ¿Me entiendes?

El campesino se rascó la cabeza, sabía o calculaba medianamente que aquello parecía el llamado de la muerte, se impacientó de pronto con ganas de escapar aunque quedara más empapado pero sus piernas estaban como dos ramas inútiles y débiles. Volvió a beber, el viento había mermado y se puso su chupalla mojada. Pensó un instante, buscándole rostro a aquel fantasma educado y sabihondo, señaló:

- Yo no conozco al chiquillo ese que usted dice señor mandinga o santo o no se que diaulos, ¿Cómo le voy a donarle mi alma?, si se la doy capaz que me quede medio muerto y tengo que plantar muchos tomates pa' la primavera.

- Luego burlándose - ¡Y si usted dice que anda con tantas animitas porqué no manda una y se la cose al caurito en el pescuezo y todos contentos, ustedes volando, volando y yo caminando, caminando pueh!

Una temblorosa sonrisa se dibujó en el rostro del campesino la que fue pronto apagada por la voz :
- No hay opción, querido Omar, quédate quie-

to y tranquilo, no sufras ni te martirices, tu harás una noble obra con el muchachito aquel y pronto desde aquí, bajo el sauce, Dios te recibirá con los brazos abiertos en nuestro reino de felicidad.

- Oiga gancho - Interrumpió Omar carraspeando nerviosamente. Pa'mí que esté e'el mandinga que me quiere engañar, si fuera un angelito tendría alas como las gallinas o vestío' blanco como la bondad.

Y sacando fuerzas sobrehumanas se incorporó de un salto lanzando un botellazo hacia la silueta y sin soltar el frasco gritó :

-¡Yo no le suelto ni la chupalla al conde-nao'diaulo!

Pero la silueta seguía ahí, ni un paso más atrás y el campesino resistiendo aquella inmensa y extraña fatiga, tambaleándose de pie, achinaba los ojos para distinguir mejor.

-Querido Omar, no sufras, escucha en el fondo de tu corazón, ahí está la respuesta. Tu hora de partir de esta vida prestada ha llegado, tu destino es morir aquí. Tienes mucha valentía aún, pero descansa, es inútil todo esfuerzo, así lo quiso el padre altísimo.

- Santa putaza pero yo no quiero morirme todavía, ¿Y mi mujer, mis tomates, mis nietos?

Omar rompió en llanto su angustia, sentía pavor por lo que escuchaba, su cuerpo tembloroso de frío, de fiebre pero sobretudo de miedo, de ese miedo que va rasgando por dentro haciendo crujir todo lo que a su paso encuentra. Volvió a sentarse con dificultad como afirmándose de los brazos del viento, soltó la botella ya casi vacía y apoyó su cara inundada de llu-

via y lágrimas entre sus grandes y callosas manos.

- Oiga ñor santo - balbuceaba desconsolado. ¿Y no hay chance?

- Dios te espera amigo, duerme. Respondió dulcemente la sombra.

- Por la santa putaza ¿Y pa' qué quiero yo andar volando, volando si caminando, caminando he sido feliz?

- No llores más, por favor, que pueden haber desperfectos en el tránsito de espíritus. Aquel niño no podrá ser salvado si demoramos este trámite.

La sombra se iba acercando y Omar sentía desfallecer su cuerpo, pero seguía llorando ya sin poder hablar, hasta que cayó al suelo fangoso.

II

La habitación era muy humilde y pequeña, una ventana descuadrada dejaba entrar las pequeñas luces de aquella fría mañana. Un muchachito de unos cinco años dormía con compresas de agua helada del río Toltén en la frente. En una vieja silla de mimbre la madre, con un rosario entre sus manos, observaba abatida al pequeño. A sus espaldas una viejecilla delgada casi caía dormida al piso de tierra y un hombre gordiflón palmetecía, consolando, la espalda del padre. De pronto el niño despertó y todos brincaron hacia la cama con una felicidad que pronto se iba haciendo gigante. Esperaron un instante para no asustar al infante. Este miró a su alrededor como si nada comprendiese ni a nadie conociera y lentamente se incorporó en la cama con una inocente sonrisa. Pero de pronto miró sus manitos pequeñas y con una expresión de horror palpó su cara y su cuerpecito, se echó a chillar desconsolado y balbuceó, para

impresión de todos :

- ¡Santa putaza!

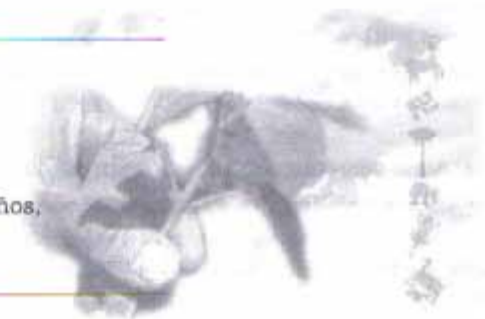
Afuera la lluvia aún persiste y el viento sigue manoteando las ramas de los árboles, silbando tristes mensajes de otros mundos.

(1) *Vinchuca* : Bicho insectívoro que al picar provoca con su veneno, el mal de chagas; enfermedad mortal.

(2) *Chupalla*: Sombrero campesino construido con tiras de mimbre.

EL VUELO DE MIGUEL

Martina Haydée Aedo Rosales, 34 años,
dueña de casa.
Maquehue IX Región



“¡Quiero volar!”, gritaba Miguel desde lo alto del cerro; “¡quiero volar!, llegar al Nielol y en mi vuelo ver el Rfo Cautín y mi linda escuela”.

Era el sueño imposible de un niño mapuche que se había criado entre el trigo y las gallinas de sus padres, allá en los campos de Maquehue cerca de Temuco, comiendo tortillas de rescoldo con porro frito, zanahorias y rabanitos que sacaba de la huerta de su madre cuando tenía hambre y comía sin lavar mientras jugaba a corretear a los chanchos y los pavos. Libre como las aves que revoloteaban el azulado cielo que cubre su campo, bajaba corriendo el cerro con los brazos extendidos como esperando un milagro. Pasaba todo el día trepando los árboles de manzana y albaricoque, saltando como los conejos los cercos y riachuelos, y si tenía sed solo bebía agua fresca que brotaba limpia y cristalina de la vertiente cerca de su casa.

Por la tarde, mientras su madre dormía a la hora que el sol ardiente quemaba su chupalla amarilla y derretía sus chalas de plástico, Miguel corría hacia el río a poco más de un kilómetro de su casa, se quitaba su polera y su chupalla, las escondía entre la zarzamora y se lanzaba rápidamente a las furiosas aguas, nadaba veloz como un pez, ágil y sin temor.

Ya del otro lado, fresco y muy cansado, Mi-

guel contento corría unos metros y se sentaba bajo un tímido sauce que crecía solitario y desde allí, silencioso observaba con mucho cuidado.

¿Para qué trabajan tanto esos hombres?, ¿un camino tan largo? Si aquí no viene nadie, no hay casa. ¿Una torre?, ¿un castillo?. Millones de preguntas invadían su pequeño e inocente cerebro, Miguel incapaz de deducir, de adivinar lo que hacían esos trabajadores, sólo se dedicaba incansablemente a observar.

Por la noche cuando disfrutaba junto a su familia de su rica cena hecha por su madre, Miguel contaba sus andanzas, su madre aprovechaba de regañarlo incesantemente por escaparse tan lejos del campo; sin embargo, a pesar de las repetidas palabras de su madre a Miguel eso no le importaba, su gran curiosidad era mayor y lo llevarían a vivir la aventura que marcaría para siempre su pequeña vida.

“¡Un aeropuerto mamá, un aeropuerto!”, le decía, “¡están haciendo un aeropuerto para los aviones, te das cuenta podré volar, al fin podré volar!”. Sus ojos brillaban como un lucero, de alegría, pero la felicidad de aquel descubrimiento no lo dejaba ver que sin darse cuenta confesaba a sus padres que una vez más les había desobedecido escapándose y acercándose esta

vez más a las obras hasta el punto de haber escuchado las conversaciones de los trabajadores.

La madre del niño sólo pensó en un castigo, le impidió por dos semanas salir de la casa, pero que importaba lo que su madre le decía, Miguel sólo escuchaba su propia voz que le decía que de todas formas encontraría la manera de escaparse; una extraña sombra empañaba sus ojos y su mirada mientras pensaba estas palabras.

Mientras tanto en la obra los trabajadores seguían afanosos sus deberes; sin embargo, esta vez sólo algo les llamaba la atención, les parecía extraño la ausencia de aquel pequeño que diariamente los observaba.

Los días transcurrieron lentamente para Miguel su encierro cada vez se le hacía más insoportable y aunque llevaba tan sólo una semana en su encierro vigilado celosamente por su madre, los días se le hacían interminables, eternos; sólo deseaba la llegada de la noche para irse a dormir y que así pasara otro día.

El gran día llegó, se levantó más temprano que nunca cuando el sol recién comienza a salir tras los cerros espinosos de su campo. Asegurándole a su madre que no volvería a desobedecerle, salió feliz. Su rostro iluminado reflejaba toda la alegría que había en su alma, alegría que provoca tan sólo la idea de volver a las obras. Su madre más ingenua que él se fue a dormir confiada.

Cuando el niño llegó quedó muy sorprendido, los trabajadores lo saludaron con alegría a la distancia. El trabajo estaba terminado y en unos días sería la inauguración. "¡Por fin podré volar!", pensó Miguel. Si, al fin parecía acercarse el final de ese largo sueño que había nacido en su pequeña mente cuando su padre le regaló

un avión, siendo él apenas un niño.

Esa noche no logró pegar los ojos de la impaciencia. Se veía volando sobre la ciudad y sus campos tan ajeno a la realidad que pronto le daría un terrible golpe. Se dedicó hasta la madrugada a planear su salida. Mucho tenía que pensar, esta vez no podía presentarse semidesnudo, debía atravesar el río con su ropa y ésta debía estar seca.

Por la madrugada, mientras su madre dormía, salió silenciosamente con su mochila al hombro. Todo había sido perfectamente planificado, su ropa la amarraría al tronco de un árbol seco y la haría flotar junto a él hasta el otro lado.

Muy peinado llegó hasta el portón del recinto, nunca había visto tantos autos, tantas personas juntas apretándose y pisoteándose. No fue problema para un niño de 12 años muy delgado introducirse entre la multitud hasta llegar al pódium de las autoridades.

¿Qué ideas pasaban por la mente de aquel inocente niño?. "Quiero volar" le dijo al ingeniero que se encontraba sentado escuchando uno de los discursos de la ceremonia. "¡Quiero volar!", repitió varias veces. El ingeniero, que por cierto ya conocía a Miguel, con tan sólo una mirada hacia los guardias pidió que lo sacaran, "¡quiero volar!" gritó desconsoladamente Miguel. Su llanto brotó instantáneamente mientras era encerrado en una pequeña oficina. El temor invadió el corazón que parecía haberse detenido sólo podía llorar. Cómo era posible que en algunos minutos le hubieran destruido sus grandes ilusiones. Toda su vida pasó frente a sus ojos, sus sueños habían terminado abruptamente.

Mientras tanto por los micrófonos preparados para la ceremonia se anunciaba que las autori-

dades darían por inaugurado el Aeropuerto de Maquehue, con un primer vuelo para lo cual habían escogido a un niño del público y así demostrar que la construcción de dicha obra era para todos. Miguel, ajeno a todo sin poder escuchar lo que decían, fue sacado nuevamente por los guardias. Para su gran asombro lo acercaron al inmenso avión preparado en la larga pista.

¿Qué extraño?, se preguntaba, ¿qué sucede?. El estaba subiendo al avión con esas personas siendo aplaudido por la multitud; su corazón no era capaz de asimilar tanta emoción junta. Sí, era cierto, allí estaba sentado en ese enorme avión y en sus cómodos asientos, apenas podía respirar, sintió como su estómago subía junto con las alas del avión, que podía verse desde la pequeña ventana. Su corazón latía más fuerte que nunca como queriendo escapar de su pecho, sus ojos lloraban, pero esta vez de alegría y emoción; apretó fuertemente sus pequeñas manos al cinturón y se dejó llevar. Sí, estaba volando, esta vez no era un sueño, no era su imaginación.

Podía ver las nubes y el río sin fin, su escuela y sus cerros; el Nielol, el gran cerro Nielol, se sintió como un ave frágil y liviana.

Sin dar las gracias, Miguel bajó del avión, emocionado, orgulloso. Feliz camino hacia su casa, tranquilo, repasando las imágenes increíbles que había vivido. Ni siquiera pensó por un instante en lo que le diría su madre al enterarse. En el fondo de su alma deseaba perpetuar lo vivido, quería alejarse lo más posible de la realidad que se encontraba tan sólo a unos pasos.

Llegó a su casa pasado el medio día, su madre furiosa gritaba pidiendo una explicación. Miguel que aún parecía volar entre las nubes de algodón ni siquiera la escuchó, solo caminó como sonámbulo hasta su cama y se durmió.

Su madre asombrada por aquella reacción se sentó junto a su cocina como buscando en sus propios pensamientos una explicación. De pronto por la radio se realiza el gran gesto de las autoridades de escoger a ese niño indígena para el primer vuelo. Allí estaba la respuesta. Rápidamente se acercó a la cama del pequeño para confirmar su gran sospecha, pero al llegar vio su rostro pálido y angelical que dormía como un ángel, blanco e inocente, en la pequeña cama de la oscura habitación.

"LAS DOCE PALABRAS REDOBLADAS"

Fernando Guajardo Zenteno,
Profesor de Educación General Básica,
Cabildo V Región



-¡Gracias a Dios..! –exclamó el viejecito- Por suerte ña'Lucía trajo a tiempo a la pobre guagüita, si no, otro sería el cuento ahora...- Enseguida tomó los tres cogollos de *palquí* y los dejó deslizarse por entre los dedos, abruptamente cayeron al riachuelo y se fueron zigzagueando como canoas a la deriva. Juanito Calaco, los vio alejarse y una sonrisilla de alegría se dibujó en los surcos agrietados de su mejilla.

Otra batalla ganada, otro triunfo contra el mal. Hacía tanto tiempo que se dedicaba a esto que ya no le quedaba rincón en su memoria para registrar el nombre de otra persona sanada por él.

Todos lo conocían con el seudónimo de Juanito Calaco, y créame, nadie de los alrededores conocía su nombre verdadero, sólo que era un anciano muy conocido y respetado por todos; y ese respeto lo había adquirido por su larga trayectoria de dedicación a su oficio de curar a las personas que lo requerían, ya sea de la enfermedad causada por el susto, el mal de ojo, o de algún embrujo. También era conocido por su sabiduría y por lo que de él se comentó y se sigue comentando en una forma muy misteriosa: Que Juanito Calaco le había arrebatado un cristiano de las garras al mismo demonio, y lo había hecho utilizando *las doce palabras redobladas*.

Esto sucedió en cierta ocasión en la que una persona hizo un pacto con el mandinga una noche de San Juan, y llegado el momento en que lo vendría a buscar, este llorando desconsoladamente y arrepentido por haberse metido en el problema le solicitó ayuda a Juanito, ya que el demonio le haría doce preguntas a las que tendría que responder, si las respondía se salvaba, si no, se lo llevaría al infierno.

Después de escucharle muy atentamente, Juanito se compadeció y se comprometió a ayudarlo para salvarlo.

Transcurrieron las horas, y al atardecer del día en que se cumplía el pacto, vieron acercarse a un huaso bien montado en un caballo de color negro.

Presintiendo algo en su corazón, Juanito le dijo al hombre que lo atendiera, mientras él rápidamente se ocultaba en una pieza, el huaso seguía avanzando cobijado por las sombras de los álamos que cubrían el camino al fundo de "San Lorenzo" al interior de Cabildo.

Una vez que el huaso llegó a la casa, se desmontó, solicitó un jarro de agua e inmediatamente le preguntó al hombre:

-Amigo, dígame una.-

Muy sorprendido por la pregunta, el hombre lo observó, mientras una sensación de hielo empezó a subirle por la espalda dejándolo paralizado... no cabía la menor duda, el afuerino era el demonio que se presentaba disfrazado de huaso. Había llegado su hora, lo venía a buscar. Intentó pronunciar algunas palabras, para por lo menos decir "Ave María Purísima"... pero no fue capaz; el cuerpo no le respondía a causa del miedo.

El diablo se acercó para concluir el asunto, pero cuando trató de tomarlo para subirlo al anca del caballo, se escuchó una voz venida del interior de la casa:

-Aunque no soy su amigo, una le diré:

Una no es ninguna, la Virgen parió en Belén pero quedó limpia y pura.

El diablo muy sorprendido miró para todas partes tratando de ubicar a la persona que le había contestado, pero al no encontrarla volvió a preguntar:

-Amigo, dígame dos...

Pero Juanito que estaba muy atento a las preguntas le respondió:

Aunque no soy su amigo, dos le diré:

*Dos son las tablas de la ley
Que entregó Dios en el monte al profeta Moisés.
Una no es ninguna, la virgen parió en Belén
pero quedó limpia y pura.*

¡Jé,jé,jé,jé.. - Sonrió el demonio mostrando su brillante dentadura de oro...-

Vine a buscar un alma y ahora me llevaré a dos... ¡já, já,já,já..!- y nuevamente volvió a

preguntar:

-Amigo, dígame tres...

Aunque no soy su amigo, tres le diré:

*Tres son las Marías
Que por las noches alumbran desde arriba.
Dos son las tablas de la ley.
Una no es ninguna, la virgen parió en Belén
pero quedó limpia y pura.*

-Amigo, dígame cuatro...

Aunque no soy su amigo, cuatro le diré:

*Cuatro son los evangelios
San Lucas, San Mateo, San Juan
y San Pedro.
Tres son las Marías. Dos las tablas de la ley.
Una no es ninguna, la virgen parió en Belén
pero quedó limpia y pura.*

Al escuchar las respuestas dadas con tanta seguridad, el diablo empezó a preocuparse y dio un paso atrás.

-Amigo, dígame cinco...

Aunque no soy su amigo, cinco le diré:

*Cinco son las llagas que Cristo en la cruz recibió y de ellas agua brotó.
Cuatro son los evangelios. Tres son las Marías.
Dos las tablas de la ley. Una no es ninguna,
la virgen parió en Belén pero quedó limpia y pura.*

Al escuchar la respuesta, en la cabeza del diablo aparecieron dos cachos muy parecidos a los de chivos nuevos, y su sombrero quedó elevado en forma grotesca sobre las sienes.

-Amigo, dígame seis...

Aunque no soy su amigo, seis le diré:

*Seis son las candelas
que alumbran cielos y la tierra. Cinco
son las llagas.
Cuatro los evangelios. Tres son las Marías.
Dos las tablas de la ley. Una no es ninguna,
la virgen parió en Belén, pero quedó lim-
pia y pura.*

Al finalizar la respuesta, se sintieron caer las espuelas del diablo: ¿Qué había sucedido? Sus pies se habían transformado en dos patas de cabras.

-Amigo, dígame siete...

-Aunque no soy su amigo, siete le diré:

*Siete son los sacramentos
que tiene que cumplir el cristiano para
vivir como humano.
Seis son las candelas. Cinco las llagas.
Cuatro los evangelios
y tres las Marías. Dos las tablas de la
ley. Una no es ninguna,
la Virgen parió en Belén, pero quedó
limpia y pura.*

El diablo retrocedió otro paso y empezó a hincharse.

-Amigo, dígame ocho ...

-Aunque no soy su amigo, ocho le diré:

*Ocho son los cielos que tiene reserva-
do el señor para el hombre bueno.
Siete son los sacramentos. Seis las can-
delas, cinco las llagas
y cuatro los evangelio. Tres son las
Marías.
Dos las tablas de la ley. Una no es nin-
guna,
la virgen parió en Belén, pero quedó
limpia y pura.*

-Amigo, dígame nueve...

-Aunque no soy su amigo, nueve le diré:

*Nueve son los meses
Que estuvo María encinta con Cristo en
el vientre.
Ocho son los cielos y siete los sacra-
mentos.
Seis las candelas, cinco las llagas y cua-
tro los evangelio.
Tres son las Marías. Dos las tablas de
la ley.
Una no es ninguna, la virgen parió en
Belén,
pero quedó limpia y pura.*

El diablo retrocedió otro poco. Se sentó sobre una piedra para apaciguar el dolor de guata y la lipiria que lo tenía muy preocupado.

-Amigo, dígame diez...

-Aunque no soy su amigo, diez le diré:

*Diez son los mandamientos
que se aplica el cristiano para vivir con
miramiento.
Nueve son los meses. Ocho son los cie-
los, siete los sacramentos, seis son las
candelas, cinco las llagas y cuatro los
evangelios. Tres son las Marías. Dos
las tablas de la ley.
Una no es ninguna, la virgen parió
en Belén,
pero quedó limpia y pura.*

A todo esto, el diablo con el deseo de vencer a la voz que salía desde la pieza, no se dio cuenta que las horas transcurrieron; ya estaba muy cerca la medianoche y seguía preguntando:

-Amigo, dígame once...

-Aunque no soy su amigo, once le diré:
Once mil son las vírgenes

que viven con Dios en el paraíso del Edén.

Diez son los mandamientos, nueve los meses, ocho los cielos y siete los sacramentos. Seis son las candelas. Cinco las llagas y cuatro los evangelios. Tres son las Marías.

Dos las tablas de la ley. Una no es ninguna, la virgen parió en Belén, pero quedó limpia y pura.

Se escuchó el canto de un gallo, pero el diablo no se percató porque en ese preciso momento sus orejas estaban creciendo hasta tomar la forma igualitas a las de los burros.

-Amigo, dígame doce...

-Aunque no soy su amigo, doce le diré.

Doce son los apóstoles que Cristo escogió, para cumplir en la tierra su sagrada misión.

Once mil son las vírgenes. Diez los mandamientos.

Nueve son los meses, y ocho los cielos. Siete los sacramentos.

Seis las candelas, cinco las llagas, y cuatro los evangelios.

Tres son las Marías. Dos las tablas de la ley. Una no es ninguna, la virgen parió en Belén pero quedó limpia y pura.

-Amigo, dígame trece..

Juanito que estaba muy atento no sólo a las preguntas sino que también al canto del gallo anunciando la medianoche, sin perder ni un solo minuto salió de la pieza y le respondió:

- El que se pasa de las doce y dice trece, si viene del infierno de inmediato revientese.-

Y el demonio reventó dejando la noche muy oscura por la polvareda levantada, y el aire impregnado por un fuerte olor a azufre a causa de la lipiria.

Y de esta forma salvó al hombre del compromiso que tenía con Lucifer, y de esta forma también se ganó el título de su oficio:

"Juanito Calaco, Meico Curandero. Especialista en curar males y en salvar almas del infierno."

LA XUXUKA QUE NO DEJÓ DE SONAR

Vivian Lemuy Catrilef, 67 años, Dueña de Casa,
cultora del idioma y religiosidad Wiyiche
San Juan de la Costa, X Región.



Un hombre llamado Werkin (Mensajero) era un habitante de los bosques vírgenes de la cordillera de los Kunkos (Hoy San Juan de la Costa). Se dice que Werkin fue uno de los sobrevivientes de la guerra que provocaron los *winkas* en contra de la *gente de la tierra*.

En aquel tiempo, muchos de los *wiyiches* fueron muertos y despojados de sus tierras ancestrales. Fue entonces que Werkin escapó y huyó hacia la montaña, sin saber siquiera de la suerte de sus demás hermanos.

Pasó el tiempo. Werkin solitario y triste, permanecía escondido en la montaña. Hasta que un día, decidió construir su morada para vivir de una forma más tranquila. Anduvo buscando un lugar apropiado, cruzó cerros, quebradas y ríos, y al fin pudo encontrar un sitio que era muy hermoso. Se detuvo y dijo: *feimo ta seuman inche ñi ruka* (aquí voy a construir mi casa).

Aquel paraje era muy especial, estaba lleno de flores y arbustos, y en el centro había una gran roca blanca (*lig Kura*) pegada a la falda de la montaña. Que de sus plantas brotaban riachuelos de puras y cristalinas aguas, donde se reflejaban los árboles como si fuera un místico espejo.

Werkin maravillado de toda esa naturaleza, se

dirigió hacia la roca blanca, y allí vio cuatro grandes árboles que con el viento mecían sin cesar sus verdes y frondosas ramas. En aquellos árboles anidaban millares de pajaritos que volaban de rama en rama y construían sus nidos.

Cuando ya caía la tarde, Werkin levantó su bastón hacia la bajada del *Chau Antv* y dio gracias a *Chau Xokin* por haberlo colocado en ese lugar tan hermoso, donde él ya se creía dueño. Luego se adentró en una cavidad de la roca y de la cual hizo su morada.

Una tarde se sintió muy cansado, porque había caminado todo el día por la cordillera conociendo sus más misteriosos escondites, de esa naturaleza viva y maravillosa. Entró a su *ruka* y de inmediato se quedó dormido.

Avanzada la noche Werkin despertó sobresaltado. Porque sintió el sonido de una *xuxuka* que cada vez era más fuerte. ¿Qué estará sucediendo pensó?. Se puso de pie, pero no se atrevía a salir de su *ruka*, hasta que no pudo soportar la curiosidad y se decidió, para saber lo que sucedía. En esos instantes sopló un fuerte viento, junto a relámpagos y truenos que estremeció la montaña. Werkin tenía miedo y no se atrevía a hacer nada.

Se quedó inmóvil por unos momentos, hasta

que de nuevo lo estremece el sonido de la *xuxuka*. Fue entonces que miró hacia los cuatro grandes árboles que se cobijaban junto a la gran roca. Cual no fue su sorpresa y asombro al ver que los árboles ya no estaban. Habían desaparecido. Sin embargo, entre las sombras pudo divisar unas figuras humanas que se movían. Luego la noche se puso suave y clara por la salida de la Mamita Luna que alumbraba la montaña desde el alto cielo.

Las figuras humanas se acercaron a Werkin y lo saludaron, fue entonces que los reconoció, habían pasado muchos años que no lo había visto, porque los consideraba muertos. El primero que apareció era el *Gran Lonko Wentelikan*, que llevaba en sus manos el bastón de mando (*refñi*) con empuñadura de oro y plata. La segunda persona era *Rayin Kolil* (flor colorada de la roca) esposa del *Gran Lonko*. Ella estaba vestida de *Kupitun* negro, bordados sus entornos con hilos de oro. La tercera persona era la doncella *Lylwen* (rocío) hija de *Gran Lonko* y de *Rayin Kolil* y finalmente estaba el hijo, apuesto mocetón llamado *Moylnewn* (fuera del pueblo). El joven iba vestido igual que su padre, tan sólo que llevaba una *xuxuka* que al tocarla todo el mundo se ponía de pie.

Cuando todos se habían presentado, el *Gran Lonko Wentelikan* levantó su bastón de mando en señal de saludo y agradecimiento a *Chau Xokin* por haberse encontrado allí vivos y salvos. Fue un encuentro de mucha emoción y afecto que cayeron lágrimas y que quedaron suspendidas en las hojas de los árboles que brillaban al amanecer como gotas de rocío.

Pasado el emotivo encuentro, Werkin se comunicó *Gran Lonko* con el para realizar allí un *ngiyatun* para dar gracias a *Chau Xokin*, por la nueva vida que ellos empezaban a vivir. Había sido liberado del silencio en que vivieron postrados por muchos años. El *Gran Lonko* estuvo muy de acuerdo con la proposición, y dijo: - *famo ta seuman inchen pu ngiyatun* (aquí mis-

mo donde estamos ahora, vamos a realizar nuestro *ngiyatun*). *Inchen ta seuman pu efku ta Chau Xokin leuketumayen pu weralkawin* (vamos hacer nuestra ofrendas al *Chau Dios* y pediremos perdón por los errores de nuestro pueblo).

Y agregó el *Gran Lonko*: - "Muchas fallas y debilidades he tenido cuando era *Apo* (Jefe) de mi pueblo, me dejé engañar por el *winka*. Permití que mi pueblo se *awinkara*. Y mis hermanos ponerse zapatos para pisotear nuestra *Ñuke Mapu*. Y la Madre Tierra se disgustó tanto que ya no produjo alimentos: - *Eula melelayen kachiya, melelayen gvga, 'poñi* (ahora no hay trigo, no hay maíz ni papas). "*Wal ta akuyen pu wezantv pu mapu inchen*" (llegaron malos tiempos para nuestro pueblo). Por eso ahora hay hambre, enfermedades, y los *winkas* nos arrebataron nuestras tierras y fuimos despojados. Nuestros hermanos se dispersaron y abandonaron la *Ñuke Mapu* y se olvidaron de sus costumbres y todo lo que *Chau Xokin* nos había dado".- Dicho esto el *Gran Lonko* levantó de nuevo su bastón hacia la salida de *Chau Antv*, que en esos instantes desbordaba los primeros rayos tibios de luz a la tierra, como un padre que abraza a sus hijos.

Moylnewn, saludó al *Chau Antv* con el sonar de su *xuxuka*, y con las fuerzas de un fornido *xuxukero* hizo que el sonido atravesara hasta lo más lejano de la montaña. Al grito de la *xuxuka* acudieron bandadas de pajaritos que posaban sobre las ramas de los árboles y que con sus cantos y trinos amenizaban una mañana más cálida y propicia para comenzar el *ngiyatun*.

Rayin Kolil, plantó un *xixe* (laurel) árbol sagrado, en el lugar escogido para la rogativa, hizo los adornos con flores de *Kopiwe*, que parecían gotas de sangre pendientes de las verdes ramas del laurel. En esos instantes la doncella *Lylwen* en el *xoko* (plato) y el *metawe* (cántaro) preparaba el *muzke* (harina tostada) y el *muzai* (bebida de trigo) para el *efku*.

Rayin Kolil, comenzó el rito con el *efku*, rociando con el *muzke* y el *muzai* sobre el *kvxal* (fuego) y sobre el laurel sagrado del *rexu* (altar). Mientras realizaba la ofrenda oraba: -“*Inche mañum ta Chau Xokin*: te doy gracias Padre Juez, por habernos liberado del silencio. *Mañum ta elueno wal mogetui*; gracias porque hemos vuelto a vivir...” Y así siguió la oración de esta sabia mujer, y el humo del *efku* se erguía por sobre la montaña, y se perdía entre el espacio del cielo y la tierra.

De la misma manera procedió *Werkin*, que hizo la oración del perdón: - “*Leuketumayen Chau Xokin* (perdónanos Padre dios); *Leuketumayen pu Weralkawin* (perdona a nuestro pueblo). Y con mucho fervor continuó su oración. Y al son de la *xuxuka* danzaban el *Wvchaleftu* (danza sagrada) alrededor del *rexu*, hasta que finalizó la primera parte del *ngiyatún*.

Después de un descanso el *Gran Lonko*, levantó su bastón y dijo: - “*Eula amogen ta pu xufmen jpu ruka fachi Taita Wenteyao*” (vamos a ir a visitar la casa del Taita *Wenteyao*). Y todos los presentes aceptaron y se pusieron en camino hacia la mar. *Werkin* con su bastón ordenaba el grupo en filas y *Wentelikan* iba adelante con su mujer *Rayin Kolil* que llevaba en sus manos el *xoko* y el *metawe* con los alimentos, junto a su hija *Lylwen* que llevaba el árbol sagrado. Detrás de ellos les seguía *Moylnewen* acompañando con la *xuxuka*.

Los habitantes del bosque también tomaron parte del *linkoman* (marcha), cada vez que la *xuxuka* sonaba, se aparecían piños de animalitos y bandadas de pajaritos que eran por millares que volaban por el cielo como danzando al son del *wvchaleftu*. Así transcurría el tiempo, se iba el día llegaba la noche y los *ngiyatuneros* se veían cada vez con más fuerzas, con más esperanza de llegar a la casa de *Taita Wenteyao*. El lugar de la libertad como ellos lo

llamaban.

Pasaron noches muy oscuras, que no se podía caminar, entonces *Werkin* imploraba a la *Ñuke Ale* para que les diera auxilio y pronto aparecía sobre la noche e iluminaba el sendero y guiaba a los caminantes. La *Ñuke Ale* no abandonó a su pueblo suplicante en ningún momento.

Agotados, se detuvieron en un arroyo para descansar y beber del agua cristalina que vertía abundante de una quebrada. Todos saciaron su sed. Y cuando se disponían a descansar, antes de hacer el *efku*, vieron en el cielo unos nubarrones que se aproximaban, no tardó mucho que se desprendió una torrencial lluvia, con truenos y relámpagos. Todos gritaron y se lamentaron y reclamaron al *Wentelikan* sobre lo ocurrido. El *Gran Lonko* explicó: - “nosotros somos los causantes, porque más de alguno de nosotros que va aquí, a perdido la fe. Y el que sea culpable que pase aquí adelante para que sea castigado. Todos quedaron espantados y en silencio. Y el *Lonko* siguió insistiendo. Entonces desde los árboles hablaron los pajaritos: - “nosotros no hemos sido, *Gran Lonko*”. También los animalitos silvestres, hasta un *chingue* (zorrillo) que iba cojo, dijeron: - “nosotros tampoco hemos sido, porque todos creemos, y vamos a llegar a la casa del Taita *Wenteyao*”.

Cuando todo era negativa, de pronto se sintió a lo lejos el aullido del zorro, que decía: - “yo fui el culpable, *Gran Lonko*, porque pensé que nunca íbamos a llegar a la libertad”. Y el aullido seguía cada vez más lejano hasta que finalmente no se escuchó más. El pobre zorro había muerto.

El *Gran Lonko*, reunió a todos y vio que nadie faltaba. La tormenta había pasado: Todo era silencio. Y el *Chau Antv* se despedía con sus últimos rayos por detrás de la montaña. El

Lonko al despedir al *Chau Antv*, dio la orden para que allí se realizara un *efku* en aquel lugar, que él llamó "lugar de la Tormenta". Dieron gracias a *Chau Xokin* por la protección y la bendición que les había dado durante el trayecto y descansaron.

Al amanecer *Moylnewen*, hizo sonar su *xuxuka* para que todos despertaran. Y el *Gran Lonko* levantó su bastón de mando y dio la orden de continuar la marcha, y dijo: - "*mañuntun pu Chau Xokin mañuntún pu Chau Antv, mañuntun Ñuke Ale*", por habernos salvado de la tormenta y habernos dado la paz. Y ahora continuaremos hasta llegar al final de nuestro viaje. Estaba hablando todavía, cuando en el cielo vieron a un ave blanca surcar velozmente los aires y detenerse por encima de ellos y sostenía en su pico una ramita de laurel. Era el cóndor blanco que luego dejó caer una hoja en el suelo, y nuevamente retomó su vuelo. El *Gran Lonko* tomó la hoja y la colocó en su *chiñeto* (cintillo), y prosiguieron la marcha. El cóndor blanco volaba por lo alto de la cordillera y bajaba para dejar caer una hoja más del laurel, por donde el grupo de caminantes se dirigía.

Caminaron muchas distancias, de pronto el cóndor blanco se detuvo en un árbol, cuando llegaron allí, todos se detuvieron, porque nuevamente llegaba el atardecer. Se disponían a descansar cuando escucharon unos sonidos que parecían truenos, pero el cielo estaba despejado y no había tormenta. Luego todos pudieron descansar, sin antes dar gracias *Chau Xokin* a *Chau Antv* y a la *Ñuke Ale*. Cuando de nuevo el *xuxukero* anunció la llegada del día, todos se pusieron de pie: las personas, los pajaritos, los animalitos. Una vez que dieron gracias a las divinidades prosiguieron su camino. Y el cóndor blanco reapareció para seguir acompañando al grupo. Entonces el *Gran Lonko* pensó: "este cóndor debe ser guía

para nuestro viaje. Debe ser un enviado de *Chau Xokin*".

Los caminantes religiosos continuaban sin cesar, siempre al son de la *xuxuka*, que a momentos se sentía más fuerte. Hasta que nuevamente el cóndor blanco se posó sobre un gran árbol y en un cerro muy alto. Allí también subió el grupo, pero grande sería su sorpresa al llegar a la cima del cerro, allí todos pudieron ver el mar y gritaron de alegría, porque habían triunfado y habían logrado llegar a la *mapu* de la libertad.

Moylnewen hizo sonar su *xuxuka* con todas las fuerzas. Y el cóndor blanco emprendió nuevamente el vuelo y majestuosamente fue a posarse en la *ruka* del *Taitita Wenteyao*, y allí depositó la rama de laurel sagrado que llevaba.

Los pajaritos fueron los primeros en llegar a la roca, que quedó cubierta de vuelos y trinos, y construyeron sus nidos. También los animalitos construyeron sus guaridas.

El *Gran Lonko Wentelikan* levantó su bastón y saludo al *Taita Wenteyao*, que era en aquel entonces el Cóndor Blanco y que los había guiado hasta la *mapu de la libertad*. Y cuentan que allí todos los que lograron llegar se salvaron y nunca más volvieron a sufrir, porque los pajaritos y los animalitos eran los espíritus de nuestros antepasados.

Desde ese día, dice la historia, que el *Lonko Wentelikan* con toda su comitiva iniciaron un *ngiyatún* de nunca más acabar. Y la casa de *Taita Wenteyao* se convirtió en un lugar de paz, porque *Chau Xokin* así lo quiso, un lugar de acogida y protección para todos quienes luchan por defender las costumbres de nuestro pueblo *wiyiche*.

LA VIUDA SANDOVAL

Eduardo Román Rodríguez, 63 años,
Gestor Cultural
Curacaví, Región Metropolitana



Las dos veces viuda Sandoval, adquirió ese estado por primera vez, joven aún, un día luminoso de la primavera del '96. Ese día a las 11 de la mañana escobillaba enérgicamente en una artesa la ropa que le mandaba a lavar la señorita Elisa, la profesora de kinder de la escuela de las monjas, que era la escuela del ex fundo (a las monjitas no les gustaba que dijeran la escuela del fundo).

Debajo de la ramada que le arreglaba Marcial y usando el agua que él también le traía de la noria, Elena se ganaba unos pesos lavando, como había hecho su madre y antes que ella su abuela.

A menos de un kilómetro, la carretera 78 hacía sentir un zumbido desagradable, era lo único que el progreso les había dado en años, un ruido permanente y molesto.

En el interior de la mediagua, su marido, trataba infructuosamente de entender lo que estaba leyendo, el discurso del compañero Almarza... Era tal la concentración que todos los fuertes músculos de su cuerpo estaban tensos, el ceño de espesas cejas acentuaban la concentración del compañero Sandoval.

No volaba una mosca en la casucha... ¡Eran cientos, miles...! Incansables. Claro que ni ellas

ni él se hacían el menor caso. Me atrevo a pensar que tenían un tácito tratado de paz: Mientras a las moscas no se les ocurriera pararse en la mismísima boca del compañero Sandoval este no las molestaba para nada, claro que no era una paz exenta de escaramuzas. El cadáver de una mosca joven a los pies de Sandoval era ejemplo para las demás de cómo se las gastaba el hombre, más en ese momento que de tan concentrado parecía molesto. Estaba consciente que el discurso había sido escrito en palabras sencillas, pero a pesar de eso, era de difícil digestión para él, las dos hojas se le hacían eternas, al fin, lo único que quedaba claro es que los ricos eran más despreciables y molestos que la mosca... La cosa iba en camino de consumirle todo el día, sin embargo la bruma mental que le producía la..., llamemos la lectura, el suave zumbido de las moscas y el más lejano de la carretera fue de pronto interrumpido por algo distinto: el suave ronronear de un avión. Nada habría tenido esto de raro pero el ruido servía tan sólo de música de fondo a una voz chirriante que incansable repetía que la solución a todos los problemas de las hormigas que escuchaban desde abajo era votar por Godofredo Estay para concejal. Marcial al escuchar la propaganda, saltó como resorte y salió vociferando al patio, su mujer no se inmutó, estaba acostumbrada, cuando Marcial se ponía en militante se transformaba.. Si los

improperios hubieran sido metralla antiaérea no habrían demorado ni un segundo en hacer papilla el avión, eran del calibre más grueso que se conoce.

En el avión, el Chamo, un muchachón de 22 años bien trasnochados y vividos, se encargaba de lanzar por la ventanilla abierta miles de volantes con la foto del candidato y la simple leyenda: ESTAY ES PROGRESO, después de dos horas de vuelo cubriendo la comuna le dolían los brazos de tanto tirar puñados de papel por eso al final se estaba limitando a lanzar resmas enteras que inmediatamente se abrían en una multicolor lluvia de papel...

Para mala suerte de Marcial una resma por capricho o porque al cortarla la guillotina la mordió, cayo sin abrirse hasta aterrizar en la cabeza misma de Sandoval, es decir la propia cara del candidato fue a castigar las alusiones a su respetable madre.

Momio y la... Fue lo último que Marcial dijo antes de que su cráneo se hundiera hasta la altura de los ojos y de paso le cerraran violentamente la boca. El silencio abrupto más que el ruido de la caída hizo volver la cabeza a la, ahora ya, viuda Sandoval. Bien hecho por mal habla" empezó a decir pero se interrumpió al ver a Marcial tirado en el suelo tapada la cara o mejor dicho con una foto de don Godofredo en lugar de la cara de su marido... Sonrió antes de decir:

-Eso te pasa por insultarlo tanto. Pero un hilo de sangre que se escurrió por debajo de los volantes le hizo dar un grito y correr hasta él.

Todo fue rápido: El Partido pagó un funeral de tercera para tener el derecho de despedir al compañero con virulentos discursos en el cemente-

rio y usar la muerte de Marcial Sandoval como una bandera de lucha que le rendiría más votos de los presupuestados... Los compañeros del Partido decían a quien les quisiera escuchar que la muerte de Sandoval era un crimen más de la derecha. Escuchándolo no quedaban dudas que había sido el propio Godofredo que con una puntería infernal había arrojado los volantes criminalmente pegados par matar al hombre.. Las personas sencillas que habitaban esa parte de la comuna, sin agua potable, sin luz eléctrica en las mismas condiciones que hace un siglo atrás, si no se creyeron el cuento que hacían correr los compañeros, por lo menos pensaron que en memoria del muertito.. en fin todos empezaron a inclinar sus preferencias por el candidato Almarza. No pasaron muchos días antes de que este sintiéndose ganador anduviera con una sonrisa permanente. Con esa sonrisa recibió a la viuda de Marcial...

- Como está compañera. Tome asiento compañera. En que puedo servirle compañera. Vivimos pensando en el compañero Sandoval. Los compañeros que pintan murallas han decidido llamarse Brigada Marcial Sandoval, a pesar que anteriormente habían decidido ponerle Francisco Kruger, por el compañero que recibió la olla de agua hirviendo que les tiró la vieja Juliana por estar pintándole el árbol frente a su casa, por suerte pasó lo de Sandoval que es más potente y además que Sandoval es apellido más de pueblo que Kruger, perdón son cosas de partido que... Bueno. ¿Qué le parece...? ¿En todo caso es un honor verdad...? La viuda no contestó ni agradeció... fue directamente a lo que venía:

-Mire señor Almarza...

-Compañero. Le corrigió Almarza.

-Mire señor compañero Almarza, Ud. en el discurso que dijo en el cementerio, dijo bien claro

que si yo algo necesitaba se lo dijera...

-Sí, sí. Por supuesto y lo reitero compañera... En la próxima reunión del comité central yo mismo voy a proponer que sea incluida en la ayuda solidaria para los cesantes, no es mucho porque ahora estamos abocados a la campaña municipal.

No estoy cesante, pero tengo deudas, los trámites de mi marido y las patronas que no me mandaron a lavar esa semana por respeto a mi dolor, según dijeron, y yo con dolor y todo, comí y tuve que comprarme ropa negra.

-Le entiendo compañera, dijo Almarza mirándola de arriba abajo adivinando las formas de mujer sana y joven que había bajo el tosco vestido. Lo que pensó no lo dejó traslucir, iba en camino de ser un buen político.

La viuda agradeció y se fue con las manos vacías como había llegado.

En el otro bando los partidarios de Godofredo se tiraban los pelos cuidadosamente para no arrancárselos pero rugían de dolor y de rabia al hacerlo. No era para menos, a pesar de todos los esfuerzos de última hora y de las encuestas anteriores que daban como seguro alcalde a Godofredo, veían horrorizados que la elección la iban a perder en la meta misma.

A una semana de la votación el propio candidato se iluminó y decidido tomó el toro por las astas o mejor dicho tomó una moderna lavadora automática (según la propaganda) la metió personalmente en su auto y se fue adonde la viuda, también llevaba en el auto a Germán el videista con su cámara. Encontró a la viuda en lo suyo, escobillando, la saludó con una sonrisa de circunstancias, le entregó a título personal la reluciente lavadora y un sobre con unos pocos pesos, le rodeó los hombros al escuchar

los agradecimientos y sonrió a la cámara satisfecho cuando la viuda contó que el compañero Almarza no la había ayudado en nada. Saber eso puso tan contento a Godofredo que en un arranque de entusiasmo tomó la escobilla de lavar y dio dos enérgicos escobillazos que quedaron artísticamente grabados por Germán.

La viuda nunca vio el video que tanto enojó a los compañeros de su marido, no tenía videgrabador y tampoco televisor. Tal vez podría haberlos comprado pero nadie pensó cuando junto a las casas del "Bajo" lugar rodeado de cerros que impedían la llegada de ondas, apenas algunas radios muy potentes y a ratos. Por eso y sintiendo a su manera la muerte de Marcial a Elena muy poco le importó cuando Godofredo ganó la elección... Al año poco recordaba del asunto, el fatalismo y la vida funcional del campo le indicaban que lo que tenía que hacer todos los días era seguir escobillando y escobillando, los cambios en su vida eran mínimos apenas si el hombre dentro de la casa era otro y con otro interés, leía también, pero el suplemento deportivo del diario más barato. En un rincón sobre la reluciente lavadora, nunca usada porque en el "Bajo" a un kilómetro de la "Ruta del Sol" y a menos de 40 de Santiago, no hay esperanza de tener luz; un pañito y sobre él un chuncho azul de peluche. Juan, el hombre, era fanático de la U. de Chile, era lo que había motivado a la viuda a aceptarlo en su casa no quería saber más de políticos. "Con este...- se había dicho...- por lo menos no había peligro de perderlo..." Aunque fuera de la Barra de los de Abajo, aunque tuviera el vicio de ir casi todos los domingos al estadio, total su plata no más se gastaba. Pobre viuda Sandoval...

¡No sabía que el domingo se enfrentaban la U con Colo Colo...!

Como iba a adivinar que el tablonazo le hundiría el cráneo a Juan hasta dejarle incrustada entre los ojos la insignia dorada de la U que siempre llevaba en el gorro...

¡Es que la viuda Sandoval parece que tenía vocación de viuda...!

La Barra le pagó a Juan un funeral de tercera, la urna la cubrieron con una bandera de la Universidad de Chile y en el cementerio cien gargantas entonaron "Ser un romántico viajero..."

Después, la viuda Sandoval no quiso ir a la sede del Club, recordaba muy bien lo que le había pasado la primera vez en el Partido. Lo suyo era escobillar y escobillar con la música de fondo de la moderna supercarretera, claro que mientras tanto pensaba, que aunque un marido es un mal necesario en el campo, la próxima vez se fijaría un poco más...

Mención Especial

LONGKO NAWELWAL

Segundo Liamin Canulaf, Pequeño Agricultor,
Lectoescritor en Mapudungun
Temuco IX Región



Kuyfi meu mülekerkefuy kiño Longko Kolüpi pingerkefuy, pikum-mapu Malleko trokiñ mapu meu. Fey meu feychi Longko yeparkefuy domo Rüngako mapu Choll-Chollpüle Kaütün trokiñ mapu meu. Welu fentren rupachi tripantu meu kalkulturkefi, feychi dungu meu lüpümürkeafuytu kiñe fütra kütral meu. Kuyfi femngechi ñi lakerkefel kalku, welu chi domo kangentulu pürümkechi lefmawürkey petu ñüngenon, fey amutuy tañi dalluael tañi chau meu, ka femngechi Longko Nawelwal pingey.

Feychi dungu kimlu Longko Nawelwal, rume wesa duami, rume illkuy kewameafñ kam langümeafñ Kolüpi. pirkey. Fey trañmi tañi pu kona, kisuke eluyefi weychayam fey amuy engün. Fülpülu Longko Nawelwal Lrfkonpurkey ñi lefnüafuyel Kolüpi. Fey meu Kolüpi kimlu ñi wesaleael dungu pürüm lefmawi, püray ñi kawellu lefkawellu koni leufüpüle cheu tañi niemum wampo, fey ütrüftukuluwürkey pu ko, noy nometu leufü fey montuy, ellkaupurkey kiñe koywe mamüll meu. Fey meu lukatuy ñi kayñe; feypifi: wesa wedwed, pod wesache, weda trintri, wesa willeche, ngeno yewen, pi.

Fey meu Longko Nawelwal amuy lelfünpüle trapümüñmafi kom tañi kulliñ Kolüpi, fey kecha-yeñmarkefi. Welu Kolüpi pelu ñi

kechayeñmangen ñi kulliñ amuy Negrete pingechi pichi waria meu, fey meu dallupuy kom feychi dungu Longko Nawelwal tañi kintukaduameteu, ka ñi rume lladkülen, ayüfuy tañi kellungeafel, welu repiechin ngülam elungey tañi kayñetunoafiel kangelu Longko ñi müleael kümelkalem kisu engün meu. “Müley wenu Ngünechen fey adpelu kom dungu”, fey kimnge pingey. Feychi dallun tañi wüfel Kolüpi duamüñmangelay ka elungelay afkadialu pu soltau. Kiñeke, “Werken müten adelngey amualu Rüngako”, fey nütramkamealu ka wül-dungualu ñi müleam tüngküken ti pu Longko meu.

Welu Longko Nawelwal kisu ñi piel meu, ñi weychafengen meu rume newen dungu niey, fey meu nünakümfí chi pu “Werken”, tuulu Negrete. Kisu ka femngechi werküy dullin pu wentru amualu Negrete yemealu kiñe üytun antü müleam kiñe fütra “Parlamentu”, fey elngey ti üytun antü, feychi meu akuy pu Negrete üytun Longko küpalu kompüle mapu. Fey meu ti “Wünen Soltau”, witrápüray pu rangiche, fey feypi: “Tüfa llitun antü ñi müleam tüngün ka kümelkaleam eymün pu mapuche Longko, feyentümün Ngünechen meu tüfachi dungu ñi feleael fey ñi puñ meu”, pi.

Fey kom che allkütuy ka kon piuke meu eluwi engün tañi kiñewünngetauel kom dungu meu.

Feychi ti nūnakūm “Werken”, neyfiŋgetuy mūletuy kūmeke poyewūn. Feychi meu ti Longko Nawelwal amunge leufū meu mūñetumenge, pingerkey, feyentuy ñi feypingen meu, amuy. Deu wechulechi fūtrake dungu meu, Longko Nawelwal clungerkey kiñe fora ngūpūkalelu milla meu.

Deu afpun tripan meu ti wechul dungu mūletuy kūmelkalen, tūngkūletuy kom che, mūletuy poyewūn kompūle mapu. Malleko ka Kañtūn che meu, ka fūtake Longko meu. Welu tūfeychi Longko Kolūpi ellkan lladkūn meu kayñetuniefi ti Longko Nawelwal, welu feypilay tañi lladkūlen ka wedalkayafiel tuntepu antū meu rume, kisu tañi nagūmduamam. Longko Kolūpi rakiduami ñi amuael waydūf mapu, witrantokupuaefiel ti Longko Kallfūkura, feychi amulu yey wūlpuael kiñe kutama pūlata wūneltu kullitun tañi layam ñi kayñe Nawelwal. Kolūpi deu uwanniey ñi fūlkūlepan tañi nampūlkayam Nawelwal Arkenitnu mapu.

Longko Kallfūkura ka femngechi fūtra weychafe, welu ayūkey piam chem yafkan ñi mūlen, chem wentrū ñi welulkalen kam ñi yafkalen kam ñi yafkalen fey piam lakey. Kallfūkura deu kimi Longko Nawelwal tañi amuael Arkenitnu mapu, mūley tañi chalirpuael ka entuduampuael Kallfūkura meu, fey femnole ¿Chem chumay am chey?.

Fey meu Longko Nawelwal amuy Arkenitnu, yerkey ñi peñi Inal pingelu ñi kūdaumeael engu ka yemeael fentren kullīñ Arkenitna, kimniey kom che ñi chalirpuken ñi kūme rumeam Kallfūkura meu. Welu kisu feypi: “Ngelay chem dungu meu tañi chalirpuaefiel, wimakarpuafuiñke ti Longko”, pirkey, fente tañi wedañmangen. Fey meu kūla tripanu mūlepurkey Arkenitna. Feyehi wiñokonpatualu Chile meu trapūmi fentren kullīñ fey kūpatuy ka fentren che engūn, kiñe pataka chey, kisuke kūpaltuy ñi wayki engūn.

Ti Longko Kallfūkura fentren ngūnen niey

welulkaupemum tañi pu kayñe, fey deu pepildunguley nawelwal tañi entuduamnon ka chalin meu rume. Ti Longko Nawelwal kūpaltuy kom tañi weumeel, rūpūtulepatuy. Kallfūkura ūngūmkūley katrūrūpūalu, kom deu felechi dungu meu akuy, ūngūmniegey mūten Nawelwal. Fey akulu feypūle kintupay engūn ñi ūrkūtuam, fey adkūnūngey fūlpūle mūten ka tutenochi ngūyon meu. Fey meu eluwi engūn.

Kallfūkura inaduañfi Nawelwal tañi ngangengen. ¿Ah! Pirkey, “kiñe wayki welukayan kiñe kullīñ meu”, piafiñ, pi. Feypingelu nawelwal allmalturkey, fey welukay engu.

Fey meu ti Longko Nawelwal rakiduamlay tañi weyehalngetael engūn ka iñey rume inaduañfi chem ngūnen meu tañi lapatuael engūn foyehi mapu. Ti yafkawūn pu Longko meu ngerkelay chem kuñiluwūn rume. Feychi konchi antū meu mūten Kallfūkura werktūy ñi pu kona tañi lefkontu-langūmkangeel kom feychi pu che kisu tañi welukaelchi wayki meu. Femngechi wechul dunguy ti Longko Kallfūkura, kiñeke mūten chey montuy.

Kiñe pichi wentrū Nawelwal ñi fotūm Kolliu pengerkey, fey ellkawūrkey kiñe pichi mawida meu, fey ka antū mey wūla pengey piam. Kallfūkura ñi pu kona konpulu cheu ñi mūlemum ti pu layechi che kam kiñeke ñi petu mongelen. Kallfūkura kawellutulen konpurkey ti pichi wentrū lefkūlen wūtūrkeeyeu. ¿Iñey ñi fotūm cymi?. Fey ti pichi wentrū lloudunguy: “Nawelwal ñi fotūm iñche”, pi.

“Ya, mongepe tūfachi pichi wentrū Ngūnechen kongieyey”, pirkey. Fey pūramfi kawellu meu yetufi, kakelu chi pu che lape mūten ti pichi wentrū pirkefuy engūn. Welu Kallfūkura pilay. “Ngūnechen montuleyey piley mūten, feyti pichi wentrū mūlenagi Kallfūkura meu.

Welu deu pichi alū wechelu lefmautri-papatuy, pūray kiñe kawellu tañi chau ñi

ngengekefumum, fey nagpatuy Rüngako mapu. Ka kiñe wentru deu ñi monturkemum Wechukeu pingerkefuy pu Faitu tañi checheyem. Fey wünelu meu küpalturkey dungu chumngechi tañi langümkañmangen tañi pu reñma ka chumngechi lan Longko Nawelwal feychi waydüf mapu meu, cheu trawünnemum ta Chile engu Arkentina.

“Tüfa elkalechi kuyfi dungu mapuche tañi pu longko meu”

LONGKO NAHUELHUAL (traducción literal)

En la época antigua los Longkos peleaban por ciertas razones o por interés de provecho personal. En aquella época había un Longko que se llamaba Colipi que vivía al norte de nuestra Región Provincia de Malleco. Colipi se había llevado una mujer del lugar Renaco cerca de Chol-Chol Provincia de Cautín. Pero después de cierto tiempo la juzgaba como una bruja, motivo por el cual trataba de quemarla en medio de una fogata, como era de costumbre ajusticiar a dura pena de muerte a las brujas, pero la mujer cuando algo imaginó trató de huir antes de ser ejecutada y puso conocimiento delante de su padre que también era Longko llamado Nahuelhual.

El Longko Nahuelhual al escuchar la declaración de su hija se sintió muy molesto y se enfurece con ira de pelear o matar a Colipi. Inmediatamente preparó su gente armado y partió, llegando cerca entra violentamente a capturar a Colipi. Pero este Longko viendo estar frente a un peligro se huyó rápidamente montó su caballo y partió a todo galope, llegó a orilla del río donde maneja una canoa, se tiró al agua y cruzó al otro lado del río, así se pudo salvar, se escondió detrás de una mata de coigüe, desde

ahí empezó a retar a su rival, diciéndole: malo, sucio, crespo, sureño y sin vergüenza.

El Longko Nahuelhual sin perder el tiempo partió al campo de ahí juntó todos los animales de Colipi, lo arreó y lo llevó. Pero Colipi al ver el despojo y ser llevado sus animales, partió a un pueblito que se llama Negrete, allí dio cuenta por lo sucedido acusando a Nahuelhual por la provocación de una disputa, había acudido para conseguir alguna ayuda, pero no fue aceptada su petición, pero solamente un poco de consejo, para no enfrentar con otro Longko sino reconciliación entre ellos. “Hay un Ser Supremo un Dios que justifica”, sépalo eso, se les dijo. La acusación que había formulado Colipi no tuvo acogida, no hay presencia de militares. “Solamente algunos mensajeros fueron enviado a Renaco”, para conversar y buscar la paz entre los Longkos.

El Longko Nahuelhual como hombre de lucha y guerrero con todo su valor y energía tomó prisionero a los “Mensajeros de Negrete”. El también designó mensajeros y mandó a Negrete, para fijar una fecha de reunión para un gran Parlamento, la fecha se indicó, bueno el día preciso los de Negrete llegaron a la reunión con todos los Longkos más prestigiado del lugar. El Mayor militar se levanta en medio de la multitud y dice: “Hoy comienza la Paz y reconciliación entre ustedes los mapuches y Longkos, confíen en Dios de que este pronunciamiento sea real ante El”.

Todos escucharon con mucha atención y procuran de mantener la unidad. Los prisioneros fueron liberados, quedando toda una convivencia absoluta. Al Longko Nahuelhual le ordenan se vaya a bañarse en el río, obedeció el orden y fue. El solemne acto se ha concluido al Longko Nahuelhual se le otorga como obsequio una gorra bordada de oro.

Posterior de estos grandes acontecimientos hubo plena tranquilidad, una demostración absoluta de hermandad entre todos los mapuches de la región como de Malleco y Cautín, especialmente entre los Longkos. Pero el Longko Colipi interiormente guardó rencor contra el Longko Nahuelhual, la conservó en secreto hasta culminar su intención. Colipi propuso hacer algo, se preparó a cabalgar al interior de la Cordillera a visitar al Longko Calfucura llevando en sí un previo pago anticipado contenido de una alforja de plata que significa la muerte de su enemigo Longko Nahuelhual, él estaba enterado de que este viajaría pronto a la Argentina.

El Longko Calfucura es también un astuto guerrero, pero trata de descubrir la culpa de una persona para ejecutarla. Calfucura ya sabe que Longko Nahuelhual viajaría a la Argentina, él como todas las personas debe pasar a saludar y solicitar permiso a Calfucura. ¿Qué sucederá?

El Longko Nahuelhual va a la Argentina, se hizo acompañar con su hermano Inal a trabajar y traer hartos animales de Argentina; él muy bien sabe que todos pasan a saludar y pedir permiso a Calfucura. Pero él dijo: "Por ningún motivo pasaría a saludar, le daría sí algunos azotes a este Longko", por cierto era provocativo. El estuvo trabajando durante tres años en Argentina. Cuando quiso retornar a Chile juntó muchos animales y regresó con mucha gente, como 100 personas, cada uno portaban sus lanzas.

El Longko Calfucura tenía habilidad estratégico para afrontar a sus enemigos, el Longko Nahuelhual le faltó respeto por no saludarlo siquiera. Cuando el Longko Nahuelhual ya venía de regreso con toda su pertenencia, el Longko Calfucura le espera con mucha calma e inteligencia. Cuando llegaron por ahí cerca trataron de buscar un lugar apropiado para relajarse, le concedieron un lugar no muy retirado, un rincón no muy espacioso. Por ahí quedaron.

Calfucura medita espontáneamente imaginando que Longko Nahuelhual es un hombre de ambición. ¡Ah! dijo. "Le diré, que cada lanza compro por un animal", con este tratado de gran utilidad el Longko Nahuelhual le convenía mucho, fue un trato concreto.

El Longko Nahuelhual jamás imaginó que era por traición que podía causarle algún rigor de grave daño y morir lejos de su terruño. El error que se comete entre los Longkos era intolerable. En la puesta del sol Calfucura ordena sus gentes a invadir y matar a todos con la misma lazaz que vendieron, el mandato del Longko se ha cumplido, tal vez se salvaron algunos.

Un niño su nombre era Ollio, hijo de Nahuelhual que se ocultó en medio de un montecito al día siguiente fue hallado cuando entraron en el lugar de los muertos, para ver si aún hay vivos. Calfucura entró en el lugar de a caballo, inmediatamente el niño corrió hacia él. ¿De quién eres hijo?, le pregunta. El niño responde: "Soy hijo de Nahuelhual" ¡Ya! dice Calfucura, este niño vive. "Porque ha sido producto voluntad de Dios". Lo hizo subir en su caballo lo llevó. La gente de Calfucura a gritos pedían de que el niño muera, pero Calfucura no dió lugar a esa petición. "Dios le salvó", decía reiteradamente, el niño se quedó con él.

En el transcurso del tiempo el niño creció, ya era un joven se huyó del lugar, montó el caballo que era propio de su padre así llegó a Renaco. Un hombre llamado Huechuqueo ya había llegado antes a Renaco, quien tuvo la suerte de salvar en la guerrilla, era abuelo de los Faitos, quien dio los primeros relatos sobre lo ocurrido, como murieron sus parientes y el Longko Nahuelhual, en el límite de Chile y Argentina.

"Esta historia mapuche está muy bien conservado en la mente de los principales Longkos".

Categoría B "Me lo contó mi abuelito"

PARA LEER Y CONTAR

Leer el gran número de cuentos enviados a la segunda versión de la Categoría B, "Me lo Contó mi Abuelito", correspondiente a la categoría infantil, ha sido una tarea no solo grata, sino emocionante. Confirma la necesidad de abrir espacios a la creación en su más amplio sentido en todos los colegios de nuestro país, porque nos muestra la deslumbrante imaginación de estos niños y niñas que anuncian a quienes serán los futuros escritores.

Este concurso nos permite el reencuentro con las diferentes etnias del país y con nuestra rica tradición oral, a veces algo olvidada en las grandes ciudades, pero siempre presente en el campo y en el interior de ese corazón campesino del que todos formamos parte. Si bien son cuentos escritos para ser leídos, la huella del lenguaje oral está muy presente; los niños escriben, pero, a la vez, cuentan sus historias a ese círculo que rodea el fogón al anochecer.

Los "abuelitos y abuelitas" recuerdan experiencias propias o contadas por otros, y van abrién-

donos nuevos caminos para la recuperación de nuestra identidad y nuestra cultura, donde se mezclan las raíces indígenas y españolas que las han formado. En todas estas historias, cuentos, leyendas, está reflejada la naturaleza, con sus habitantes vegetales y animales; la vida cotidiana y el trabajo; la vida de los sueños y de lo mágico, traspasado todo por valores profundamente humanos y solidarios, y sin dejar de lado el humor y la picardía.

Los Tres Primeros Premios

Reconocemos en estos cuentos las voces de la tradición, pero ya transformadas, porque el ir y venir les ha ido agregando elementos y haciéndolos abandonar otros. El primer premio, *La Sopa de Piedras*, recuerda uno de esos cuentos escuchados en la infancia y que reflejan, sin duda, las carencias y la necesidad de satisfacer el hambre. En esta nueva versión, lo central es el valor de un cambio positivo en una comunidad indiferente y egoísta, a la que llega un desconocido, mezcla de mago y de encantador. El segundo premio, *Cuando Dios Creó al Hom-*

bre, nos cuenta con humor como los animales y el hombre llegaron a tener los años de vida que normalmente alcanzan. Recordamos algún cuento árabe similar, llegado quizás escondido bajo las armaduras de los conquistadores, al igual que los romances y la poesía juglaresca que heredaron nuestros poetas populares.

Finalmente, el tercer premio, *Sigue tu Camino, Niño Mapuche*, nos entrega la percepción de sí mismo y de su mundo en boca de él mismo. El lector claramente lo verá tomando la palabra, recordando en voz alta para quienes lo escuchan, su procedencia, sus raíces, su linaje, ese pasado que le otorga verdadero sentido e identidad a su mundo actual.

Tanto las Menciones Honrosas como aquellos Cuentos Recomendados para su publicación, nos ofrecen un abanico amplio y rico de las variada realidades sociales, culturales, religiosas, étnicas, históricas y geográficas que atraviesan Chile de sur a norte. La naturaleza está siempre animada, y sus animales y plantas juegan diversos roles en relación al hombre, ya sea para ayudarlo o para defenderse de él; en ese sentido, el tema ecológico aflora en el mundo rural básicamente como parte de una concepción de justicia en que cada ser tiene derecho a la vida.

Conoceremos parte de un mundo de campesinos, mineros, pescadores, pastores...; leeremos sobre dioses tehuelches, leyendas de la noche de San Juan y encantamientos; sobre caciques y , para reflexionar con dolor, sobre el último ona. Estos niños y niñas contadores y escritores, nos acercan a sus mundos cotidianos e imaginarios y nos señalan aspectos positivos de nuestra sociedad y otros que deberíamos tratar de cambiar para tener una vida mejor.

Contar con un libro que reúne una gama tan variada de relatos, sin duda contribuirá a una percepción enriquecida de lo que es nuestro país, comunicándonos también lo que piensan y sienten quienes habitan en el mundo rural. Las escuelas y sus bibliotecas contarán con un valioso material literario que apoyará, fundamentalmente, el sector de Lenguaje y Comunicación. Por otra parte, será un nuevo estímulo para que los alumnos demuestren sus capacidades como constructores de nuevos conocimientos tanto para sus pares, como para la sociedad en su conjunto.

*Josefina Muñoz V.
Jurado Categoría "B"*

Primer Premio

LA SOPA DE PIEDRAS

Brian Bernardo Hidalgo Quezada
9 años, 4º año básico. Escuela P - 38 "Apocalipsis"
CARAHUE IX REGIÓN

Me contó mi abuelito, que en un pueblo no muy lejano la gente era muy egofsta, no se preocupaban del hermano que estaba en problemas, el amor estaba ausente, y nadie lo dejaba entrar en sus corazones. Las calles del pueblo siempre estaban sucias y abandonadas, nadie compartía con nadie y el ambiente que se respiraba no ofrecía ningún calor para el visitante que llegara.

Resulta que a este pueblo llegó un día un caminante que recorría todo el mundo Enseguida se dio cuenta que no era bienvenido; pues nadie salió a su encuentro; además, le demostraron una notable indiferencia.

Aquel desconocido traía consigo una gran olla en la cual cocinaba sus alimentos durante sus viajes; junto con ella, una cuchara, un cuchillo y lo necesario para la preparación de sus alimentos. Aunque estaba preparado, quiso hacer una prueba para tratar de sacar de aquella situación a ese pueblo.

Fue así como el hombre tomó la olla y la colocó a hervir sobre el fuego que había encendido previamente. El agua que con-

tenía la olla comenzó a hervir dando fuertes sonidos que se escuchaban en todo el pueblo; eran tan fuertes los sonidos, que la gente empezó a sentir mucha curiosidad. Tanta, que salieron a ver que era lo que producía tal alboroto; y vieron que una olla hervía en la plaza del pueblo, provocando aquellos sonidos que les habían despertado de la indiferencia en que vivían.

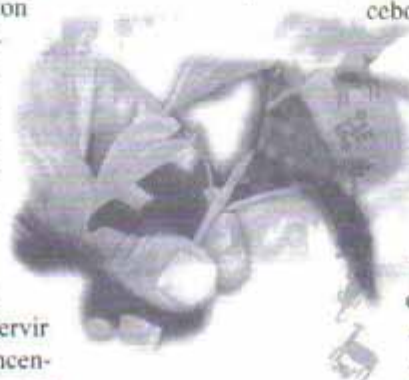
Y entonces vieron que el hombre lavaba unas piedras y las echaba a aquella gran olla, que continuaba hirviendo y dando los mismos sonidos. La gente empezó a acercarse a la plaza; entonces, el hombre probó el contenido de la olla y dijo:

- ¡Mmmm, está muy buena, pero si tuviera una cebolla estaría aún mejor!

Una de las mujeres que escuchaba dijo:

- ¡Yo, yo tengo una cebolla! -y corrió a buscarla.

El hombre tomó la cebolla la cortó en pedazos y la echó al agua, que no paraba de hervir. Nuevamente probó de la olla y dijo:



- ¡Mmmm, mejoró un poco más, pero si tuviera unas papitas, quedaría más abundante y deliciosa!

Otra de las mujeres que allí estaban corrió a buscar lo pedido y agregó verduras y cereales. El hombre las tomó muy complacido y las depositó en la olla hirviente; al cabo de un rato, dijo:

- Todo está listo, mmm, ahora sí está en su punto. Está deliciosa.

Aquel hombre les invitó a todos a probar del contenido de la olla y todos comieron y se dieron cuenta que por primera vez habían compartido algo en sus vidas. Y también se dieron cuenta que era la sopa de piedras más deliciosa que habían tomado.

Segundo Premio

CUANDO DIOS CREÓ AL HOMBRE

Mario Luis Ortiz Romero, 12 años, 8° año básico,
Escuela G - 76 "Presidente Carlos Ibáñez del Campo"
TENO VII REGIÓN

Mi bisabuela le contó a mi papá la siguiente historia:

En el principio de los tiempos, cuando Dios creó a los seres vivos, esto aconteció.

Por los años de vida que les dio, Dios creó al burro y le dijo:

- Serás burro, vivirás 50 años como burro, trabajarás como burro.

El burro le contestó:

- Señor, vivir 50 años como burro es demasiado. ¿Por qué no me dejas sólo vivir 20 años?

- Bueno -le respondió el Señor-, vivirás 20 años, serás burro, trabajarás y te cargarán como burro.

Después Dios creó al perro y le dijo:

- Serás perro, vivirás 25 años, cuidarás a tu amo, le obedecerás, comerás de las sobras que te den, cuidarás la casa de tu amo.

El perro le respondió:

- Vivir 25 años como perro es demasiado. Déjame sólo vivir 15 años, Señor.

Dios le dijo:

- Bueno, vivirás 15 años como perro y perro serás.

Después Dios creó al mono y le dijo:

- Serás mono, saltarás de árbol en árbol, pintando guaras, para que te admiren y te tomen en cuenta y vivirás 20 años.

El mono le respondió:

- Señor, vivir 20 años como mono es demasiado. Déjame sólo vivir 10 años.

Dios le dijo:

- Bueno, vivirás 10 años como mono y mono serás.

Finalmente, Dios creó al hombre y le dijo:

- Serás hombre, vivirás 20 años como hombre.

EL hombre le respondió:

- Señor, vivir 20 años como hom-



bre es muy poco. ¿Por qué, además de los 20, no me das los 30 años que no quiso el burro, los 10 que no quiso el perro y los 10 años que no quiso el mono? Serían 70 años, Señor.

- Bueno -respondió el Señor- vivirás 70 años, pero vivirás 20 años como hombre, 30 años como burro, trabajarás como burro para mantener a tu familia y andarás cargado como burro. Vivirás 10 años como perro, cuidarás la casa, comerás de lo que te den. Y vivirás 10 años como mono, andarás de casa en casa, saltando y pintando guaras a tus nietos, y así vivirás 70 años.

¿Les gustó?

Tercer Premio

**SIGUE
TU CAMINO,
NIÑO MAPUCHE**

Anael Arturo Canihuante Gutiérrez
8 años, 2º año básico
Escuela N° 597 "Marquesi" de Quinta Normal
CERRO NAVIA REGIÓN METROPOLITANA

Mi nombre es Anael Arturo Canihuante Gutiérrez. Soy parte del pueblo mapuche, lo llevo en la sangre y mi apellido paterno me lo recuerda; en la lengua *mapudungun* significa "cresta del sol". Nací en la ciudad de Coquimbo junto con mi hermana Esperanza Canihuante. Tengo 8 años y estoy cursando el 2º año básico.

Soy un niño mapuche que vive en Santiago y recuerdo la historia que me contaba mi abuelo sobre mis antepasados. Porque él tiene un estudio del árbol genealógico de mi familia y mis parientes, pero lo que yo recuerdo según lo que cuenta nuestra historia, es que mi tatarabuelo era un trotamundos y hace muchos años se alejó de su tierra de origen en Arauco, IX Región, lugar que nunca olvidó. Mi tatarabuelo se llamaba Pedro Canihuante, igual que mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre.

Mi tatarabuelo se fue de su lugar de origen e hizo un largo viaje. Sólo llevaba lo que tenía puesto; era un aventurero y tomó la decisión de quedarse en una ciudad muy bonita del norte, en la IV Región.

Según cuenta la leyenda, mi tata-

rabuelo estaba solo y sin bienes; vivía en contacto con la naturaleza y conocía sus secretos. En las historias de campo era común que sus habitantes hicieran pacto con el diablo.

Lo extraño de esta historia es que mi tatarabuelo alcanzó a tener mucho poder económico y social, porque tenía tierras en Coquimbo, La Serena, Ovalle, Vicuña y Copiapó. Sus dominios no tenían límites y la familia Canihuante adquiría mucha fama por ser potentados económicos y por sus costumbres campesinas; eran conocidos por destacarse en rodeos y hasta el día de hoy, por fiestas de salón y campesinas, y tenían el favor de la aristocracia social.

Mi tatarabuelo se olvidó de su pasado. Se olvidó que era mapuche, no continuó con las costumbres de nuestros antepasados. El poder y la gloria le borró su pasado.

Según cuenta mi abuelo, hizo un tipo de pacto con el diablo, porque no se justificaba haber logrado tanta riqueza y fama. Mi tatarabuelo dejó una gran descendencia, que aún goza de bienes y prestigio, pero con menos tierras, que las han



perdido a través del tiempo por mala administración y por reformas agrarias.

A mis familiares los recuerdo con mucho cariño; los que viven en el norte, porque mi papá me llevaba a todos los lugares donde ellos vivían, en especial a Ovalle, porque ahí vive mi abuelo y mi bisabuelo tenía una parcela en el pueblo de la Chimba. También me gustaba ir a Vicuña; ahí están los tíos que se dedicaban al rodeo y continuábamos hacia la cordillera.

Ahí me gustaba viajar, porque llegábamos al Valle de Cochiguaz, lugar en el que vive un tío abuelo que es dueño del Colorado hacia el límite con la cordillera de Los Andes. Solo se puede llegar a caballo y con la autorización de la familia Canihuante. Ese lugar es apasionante por su belleza radiante; según algunos, es un rincón del mundo energético y viven muchas comunidades esotéricas que dicen saber historias de extraterrestres.

Hasta los seis años viví en Coquimbo, muy cerca del mar, pero mamá quiso volver a Santiago a buscar nuevas expectativas.

Mi vida en la ciudad ha sido muy interesante, porque estoy estudiando en el colegio Marquel, que me gusta mucho. Soy un buen alumno, bastante inquieto, me intereso por aprender. Tengo amigos y familiares por parte de mi mamá, pues ella es santiaguina y tiene sus raíces acá.

Mi mamá me dijo que era mapuche, que pertenecía a un pueblo heroico y valiente, que mis antepasados eran del sur y que somos la reserva moral y cultural de nuestro país y del continente.

Esto no lo entiendo mucho, pero soy feliz como mapuche, porque soy integrante de una comunidad indígena llamada Katriwala. Es un lugar

donde recibimos acogida y amor y nos aceptaron en su organización. Su representante se llama María Pinda y los niños de la comunidad le decimos mamá o abuelita María. Ella es todo para nosotros y nos enseña toda su sabiduría y me acompaña y apoya en mi adelanto como niño mapuche.

Pertenezco al grupo de danza y música Pichike Newen, que quiere decir "Fuerza de Niño". He aprendido varios instrumentos mapuches y el que más me gusta es la *trutruca*; y me dicen mis tíos que tengo la sangre mapuche, porque puedo tocar con facilidad ese instrumento y me gusta participar en rogativas como el *ngillatun* y el *xiñon tripantu*, tocando instrumentos.

De esta manera, vivimos la cultura mapuche con alegría, porque en Katriwala jugamos mucho, tenemos un gran espacio para correr, saltar; también jugamos al *palín*, usamos una chueca y una pelota con lo cual nos divertimos mucho y no nos cansamos de andar de un lugar para otro, subiéndonos a los árboles. También estudiamos en el taller música y danza y la lengua nuestra, el *mapudungun*; he aprendido a contar hasta 999.

Mis tíos en Katriwala se esfuerzan por motivarnos, por hacer intercambio con otros niños, personas adultas. También recuerdo que nos visitaron en este año una delegación de Nueva Zelanda, indígenas Maorí, ocasión en que conversamos, bailamos, hicimos música, nos servimos una rica once mapuche y nos prometieron que volverían en enero del 2000 para el Encuentro de Arte y Cultura en la Feria Internacional Indígena.

Como niños que nos preparamos para aprender nuestra cultura, la difundimos a través de presentaciones culturales en diversos lugares. Luego viajaremos a Rancagua y compartiremos con niños que no son mapuches; estos amigos

ya nos visitaron en Katriwala.

Lo mejor que tiene Katriwala es su comida mapuche: las ricas sopaipillas, pan amasado, tortilla de rescoldo, los *catutos*, el *tapi* (ají de los adultos), las papas cocidas con carne que hace mamá María, abuelita que amamos, vivencia que me ayuda a crecer y desarrollarme como niño.

Vivir como mapuche me hace feliz, porque nunca estamos solos en la comunidad; siempre hay muchas personas que comparten con nosotros, todos se preocupan de cuidarnos y que no nos falte nada. Siempre somos los primeros atendidos, participamos en todos los ceremoniales que realizan los adultos esperando el amanecer; es lindo compartir con toda nuestra familia, nueva familia que tengo.

En la comunidad, no sabemos de problemas, no sabemos de tristezas, nos enseñan que tenemos que educarnos, ser mapuches. Somos ricos en cultura: somos hijos de esta tierra, somos el pueblo mapuche.

Menciones Honrosas

EL MINERO BRUJO

Edgardo Bignani Díaz
13 años, 8º año básico
Escuela G - 107 "Paranal"
PAPOSO II REGIÓN



Miro a mi abuelo y recuerdo lo que él una vez me contó. Resulta que él era un gran minero, conocido como el minero bravo; cuando era más joven, se destacaba por ser un minero muy trabajador y fuerte.

Cuando se adentraba al pique de la mina Sierra, allá en los cerros aledaños al poblado de Paposo, no sentía ni frío ni calor ni hambre. Por su esmero y constancia, llegó a ser maestro de pique, muy exigente con los demás pirquineros. Era tanto lo que trabajaba, extrayendo una enorme cantidad de mineral, que sus compañeros le decían que él era brujo, que con su brujería lograba sacar tanto mineral.

Sus compañeros muchas veces no lograban ganar para el sustento familiar, mientras que el abuelo ganaba mucho dinero, razón por la cual el dueño de la mina, don José Moreira, debía darle vacaciones o descanso, para que así los demás pudieran ganar un poco de dinero. Pero muchas veces no aceptaba lo que se le pedía, quedándose a trabajar.

El 11 de agosto de 1983, cerca de la una de la madrugada, cuando el abuelo se adentraba a su mina, llevando en su cuerpo la pólvora, guías, etc., una de ellas fue detonada al ser golpeada accidentalmente en la escalera que el abuelo bajaba.

Fue tal la explosión, que el pobre abuelo fue lanzado varios metros hacia arriba para caer después al pique. De ahí fue trasladado a un centro hospitalario, donde estuvo cerca de catorce meses; se temía su muerte, ya que se creía que no sobreviviría al gran accidente.

Pero se salvó y fue dado de alta y sentenciado de que "no volvería más a su mina". En el cuerpo del abuelo se ven las grandes cicatrices, y su cuerpo lleno de marcas del tiro, como muestra de hombre de mina.

Hoy, ya sin poder caminar, el abuelo sólo añora su mina. Solo, sin más compañía que sus relatos de sus minas al atardecer, esta historia yo les cuento en homenaje a mi abuelo, don Arturo Albino Díaz Díaz, que ya tiene 85 años,

EL NÁUFRAGO

Mauricio Almonacid
12 años, 8° año básico
Escuela Madre de la Divina Providencia
PUERTO CISNES XI REGIÓN



Como todos sabemos, la faena de la merluza en Grupo Gala (Puerto Gala), empieza los primeros días del mes. Sucede que un día 28 de febrero de 1994 un pescador llamado Juan Antonio Ríos estaba en Puerto Montt y necesitaba viajar a Puerto Gala, por entonces llamado Grupo Gala.

Esta persona debía viajar para ganar plata en la pesca y también por problemas familiares, y el único medio de transporte era una lancha llamada Jalmar, que zarpaba esa misma noche a las 22:30 horas. Entonces, el pescador fue a hablar con el capitán y se puso de acuerdo para poder viajar.

Ya en la noche, la lancha se puso en marcha, por supuesto con el pescador dentro. De repente se vino un temporal de lluvia, truenos, relámpagos y unas olas que casi gritaban. Mientras, el pescador dormía en un camarote; después se despertó como a las dos de la madrugada y le dieron ganas de vomitar.

Salió afuera y como la lancha se movía tanto, se cayó al agua, pero alcanzó a dar un grito. Entonces los marinos salieron corriendo y vieron al pescador, pero en ese momento no se les ocurrió nada qué hacer. El hombre estaba que se ahogaba y justo pasaba un inmenso tronco al que se aferró y trató de ir a tierra,

pero las olas lo impedían.

El capitán que iba timoneando la embarcación salió a ver el escándalo que ocurría fuera de la cabina de su lancha. A todo esto, los marinos se habían tirado al agua para salvar al pescador al que no conocían mucho. En cambio el capitán decidió no arriesgar su vida por una persona desconocida. Y en ese mismo instante, como nadie iba conduciendo la lancha, chocó con un bajo, (roca grande) y se hizo pedazos y el mismo capitán cayó al agua y murió.

El pescador y los tres marinos de la lancha se aferraron al tronco con todas sus fuerzas y trataron de ir a tierra. Ahora sí podían, ya que se había calmado un poco; en eso saltó una sardina y se metió al bolsillo del pescador, pero éste no se dio cuenta y siguieron agarrados al tronco hasta llegar a tierra.

Ya en tierra, no sabían dónde se encontraban. Después, el pescador dijo a los marinos:

- Yo, Juan Antonio, quiero darles las gracias, pues arriesgaron su vida por mí y apenas me conocen. Y al meter sus manos en los bolsillos, en su bolsillo derecho había una sardina.

Y aunque ustedes no me crean, la sardina les dijo:

- ¡No me hagan daño, yo solo quiero ayudarles!

Ellos quedaron asombrados, muy asombrados, pero poco rato después la sardina saltó al mar y ellos se quedaron sin hacer ni decir nada. Y como también estaban que se morían de frío, ése fue el momento más triste de su vida, pero no se imaginaban la sorpresa que se les acercaba.

De pronto volvió la sardina, pero ahora sin hablar, solamente con señas que no le entendían. Uno de los marinos estaba como muerto y el pescador lo movió hartó para poder despertarlo; al fin logró despertarlo, pero estaban tiritando de frío. A todo esto ya había amanecido, eran como las ocho de la mañana.

A ellos no se les ocurría nada sobre las señas que les estaba haciendo la sardina, pero justo miraron al horizonte y vieron que de lejos venía un barco a buscarlos. Entonces se dieron cuenta de que eso trataba de explicarles la sardinita y saltaron de gozo y alegría, olvidando el frío y sus penas.

El pescador tomó la sardina, le dio un beso y la sardina le dijo:

- Cuando tengas algún problema, ven a la playa y toca el mar con suavidad y yo apareceré.

Después, cuando llegó el barco, fueron conversando durante todo el trayecto y decidieron iniciar su propia empresa. Su sueño se cumplió al mes después: de capitán quedó Juan Antonio Ríos y trabajaron juntos hasta el resto de sus días en Puerto Gala.

Esta historia me la contó mi abuelito.

EL SAPO Y EL CÓNDOR

Rodrigo Daniel Villegas Ancoma
8 años, 3º año básico
Escuela G - 39 "San Francisco de Asís" Socoroma
PUTRE I REGIÓN



Hace mucho tiempo atrás, iba el cóndor con una guitarra a cuestras. Estaba volando sobre una laguna, cuando en una piedra se encontraba un sapo, secándose muy alegre con los rayos del sol.

El cóndor descendió y se acercó al sapo para saludarlo e invitarlo a una fiesta que tenían todos los cóndores en el cielo. El sapo aceptó, pero le dijo que lo esperara un ratito. Entretenido por el paisaje, el cóndor dejó su guitarra sobre la piedra y el sapo, viendo que éste no lo miraba, se metió por la boquita.

Cansado el cóndor de esperar, tomó su instrumento y se fue volando hasta que llegó a la fiesta. Dejó la guitarra sobre una nube negra y en seguida otros cóndores vinieron a saludarlo. Al poco rato llegó también el sapo al lugar donde se encontraba el cóndor.

En la fiesta había muchos cóndores que estaban disfrazados. El cóndor, sorprendido por la llegada del sapo, le preguntó cómo había llegado, pero el sapo no le respondió, sino que trató de calmarlo. El cóndor pensó largo rato cómo pudo haber llegado el sapo si no sabía volar y cómo iba a regresar a la tierra.

Así fue como en la fiesta tomaron y bailaron hasta muy tarde. Cuando ya terminaba y todos

los cóndores se despedían unos de otros, el sapo y el cóndor, que se miraban de reojo, se fueron quedando para el final. De pronto, el sapo se dio cuenta que el cóndor parecía distraído y de un salto volvió a esconderse adentro de la guitarra, pero esta vez el cóndor se dio cuenta.

Se despidió y desde el cielo comenzó a bajar. Cuando ya estaba muy cerca del lugar donde había encontrado al sapo, empezó a mover la guitarra de un lado a otro; el pobre sapo comenzó a caer desde las alturas, golpeándose con las piedras.

En el lugar donde cayó el pobre sapo, unos arrieros habían prendido fuego para cocinar. Ahí cayó de espaldas el pobrecito.

Desde aquella vez en que el sapo quiso engañar al cóndor, fue que quedó con el cuerpo lleno de manchas y ampollas, tal cual como se le ve ahora.

LA HISTORIA DEL CACIQUE MAÑIL

Jorge Salvador Levio Ruao
13 años, 7º año básico
Escuela F - 192 de Pailahueque
TEMUCO IX REGIÓN



Este cacique vivía en Lleu-Lleu, cuando llegaron los españoles a conquistar nuestra tierra en busca de las riquezas que en ella había. Todos los caciques que habitaban en esta región comenzaron a defender el derecho de su tierra.

Por el hecho de ser cacique, dueño del lugar y elegido para ser un discípulo y rendir cuenta ante Dios de todo lo que hiciese en este lugar, se enfrentó a los españoles con lanza, flecha, chueca y boleadora. En esta pelea, que fue a muerte, desaparecieron varios mapuches.

El cacique Mañil ordenó a los hombres que sobrevivieron, que se llevasen todo el oro, plata y pesetas al otro lado del río Bío Bío, en una canoa. El cacique cruzó el río con su caballo, hasta llegar a otra comunidad en donde habían más hombres, mujeres y niños y ahí se refugió, enfrentándose en varias ocasiones a los españoles, convirtiéndose en un hombre muy buscado por éstos, por la riqueza que tenía.

Allí vivió el cacique Mañil hasta su muerte. Sabiendo los mapuches que los españoles lo buscaban, hicieron una tumba en un monte junto a un árbol, la que quedó marcada con una piedra. Ahí fue sepultado con todos los tesoros que poseía, los que junto a su cuerpo envolvieron en el cuero de su caballo; este caballo

tenía herraduras de plata y todo su apero era de plata.

Eran como las doce del día cuando los españoles llegaron preguntando a las rucas por el cacique Mañil. En cada ruca vivían entre diez y doce personas, que estaban con lanzas y flechas; y español que preguntaba era muerto.

De pronto el cielo se oscureció y cayó granizo como piedra y todos los españoles murieron y nunca más ningún español se atrevió a buscar el tesoro del cacique Mañil, que hasta el día de hoy no es encontrado.

LA MICHAY DE PAPOSO

Fabiola Andrea Astudillo Morales
9 años, 4º año básico
Escuela G - 107 "Paranal"
PAPOSO II REGIÓN



Me contó la abuelita Clara que en Paposo, hace mucho tiempo, vivió una linda joven llamada Clara. Ella, además de hermosa, era humilde, cariñosa y muy gentil.

Un día llegó al pueblo un joven extranjero que se enamoró perdidamente de Clara, pero ella no le correspondía, porque su amor se lo había entregado a un joven pescador del lugar.

Su madre, como no veía con buenos ojos dicho amor, la envió al cerro a pastorear las ovejas y los guanacos. En el cerro ella estaba tan sola y triste, que solía en las tardes admirar las flores y el paisaje que allí se encontraban.

Un día llegó hasta la majada su madre, con la noticia que el joven pescador se había ahogado en un día de marea alta. La joven, triste y desconsolada, corrió hasta el cerro más alto y comenzó a llorar.

Al día siguiente su madre fue a buscarla y sólo encontró una hermosa flor de color amarillo. Actualmente es la hermosa flor llamada "michay de Paposo" que es única en el mundo y florece una vez al año.

LA ZORRA Y LA GUALLATA

Ana María Mamani Huaylla
10 años, 8º año básico
Escuela G - 41 Parinacota
ARICA I REGIÓN



Érase una vez que una zorra con sus hijos, observaban a la guallata, que también estaba con sus hijos.

La zorra se acerca donde estaba la guallata y le pregunta:

- ¿Cómo haces para que tus hijos sean tan bonitos?

La guallata le responde lo que debe hacer.

- Debes calentar el horno y luego poner tus hijos adentro y contar: ma quelca, pa quelca, quimza quelca; después los sacas y tus hijos saldrán muy bonitos.

Va la zorra y hace lo mismo que le dijo la guallata. Echa sus cachorritos y cuenta: ma quelca, pa quelca, quimza quelca. Abre el horno y sus hijos sin vida. Entonces, furiosa, va donde la guallata, pero la guallata sabe que la zorra la anda buscando y se esconde.

La guallata cruza un río, pero la zorra no puede cruzar tan rápido y decide beberse toda el agua. Luego quiere avanzar, pero por más que diga "pajitas no me pinchen", una espina de cactus le pincha la panza.

Y la guallata observa cómo muere la zorra, ya

que ella pensaba que quería comerse a sus hijos y de esta manera los salvó de las garras de la zorra.

LA GARZA BLANCA Y EL AGUA

Silvana Paz Gómez Ortiz
10 años, 4° año básico
Escuela Los Molles de Marga - Marga
QUILPUÉ V REGIÓN



Un día, una gran y hermosa garza blanca se quería refrescar en un tranque, pero no pudo, porque el agua no la dejó.

- Pero, agüita, déjame bañarme que no te voy a hacer daño.

De repente, llegó un pavo y una pava y comenzaron a danzar.

El agua y la garza se impresionaron mucho. Al ver el agua que la pobre garza estaba sedienta y muy acalorada, le dijo:

- Está bien, báñate y bebe de mí.

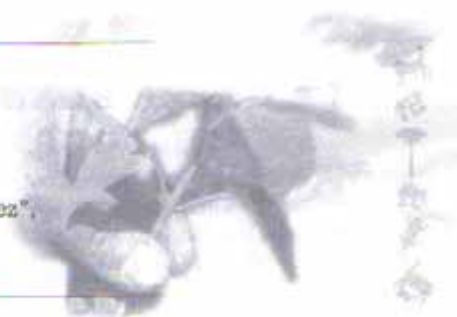
Así lo hizo la garza, y estuvieron muy felices y se hicieron grandes amigas.

Un día cualquiera, el agua le dijo a la garza si quería vivir con ella y la garza le respondió que sí.

La garza tuvo cinco hermosos hijos, que se casaron y tuvieron más y más hijos; la garza fue envejeciendo junto al agua, siendo muy felices y estuvieron juntas por siempre jamás.

EL NEGRITO DEL PASTOREO

Alumnos de 3° y 4° año básico
Escuela G - 106 "José Bernardo Suárez",
El Asiento
SAN FELIPE V REGIÓN



Había una vez un niño negrito que cuidaba un rebaño de ovejas. Sus ojos relucían en la oscuridad de la noche; era muy humilde, andaba descalzo y jamás se le había perdido ninguna oveja, hasta que un día le sucedió. Había perdido una oveja y él no podía volver a su casa sin su oveja.

Fue así que decidió volver a los montes para encontrarla; pasó hambre y frío y mucha angustia. Fue tal su sufrimiento, que se dejó caer al suelo para dormirse para siempre.

Jamás se volvió a encontrar a ese Pastorcito Negrito; la gente de la comarca le puso el Negrito del Pastoreo y lo convirtió en el buscador de cosas.

Es por eso que cuando se pierde algo desde un alfiler hasta un auto, se le prende un cabito de vela al Negrito y las cosas aparecen de inmediato.

PEDRO URDEMALES EN EL CULMÉN

José Ignacio Ibáñez Ramírez
10 años, 6º año básico
Escuela Rural El Culmén
LINARES VII REGIÓN



Aunque usted no lo crea ,Pedro Urdemales también anduvo por aquí y todavía anda, según dicen.

Una vez llegó por estas montañas; llevaba sueño, así que prendió una vela a la orilla de un árbol, se tapó con una manta y se puso a dormir.

Unos bandidos que habían hecho un saqueo muy grande, habían robado en una hacienda, arrancaron montaña adentro y cuando divisaron la luz dijeron:

- ¡Allá en aquella luz nos vamos a repartir la plata!

Y pensaron que la vela era de un finado, pues Pedro se la había dejado para los pies y se había tapado con hojas de los árboles.

Al llegar allí, repartieron entre los cuatro las monedas y como sobraron dos, dijeron:

- ¡Los tocará el que sea capaz de meterle un tajo al finado!

Y cuando uno se atrevió, Pedro se puso de pie gritando como ánima en pena. Arrancaron los bandidos, todos aterrorizados, dejando todo el botín en el suelo. Ahí mismo Pedro Urdemales tomó la plata y arrancó con

ella al hombro.

Al rato, los hombres se atrevieron a volver a recuperar la plata, pero no había plata ni finado.

Los viejos dicen que esto ocurrió en el Culmén, cerca del estero.

SAN JUAN: UN SANTO DE TRADICIÓN

Vanessa Velásquez Gallardo
10 años, 5° año básico
Escuela "El Sembrador de Chope"
ISLA PULUQUI X REGIÓN



Una noche en que se celebraba el remate de la noche de San Juan y reunidos alrededor del fogón, me contó mi abuelito porque se realiza la novena y las costumbres que encierra esta celebración, aquí en las islas y en la comunidad de Calbuco.

La novena se reza durante nueve noches y es guiada por un fiscal del lugar, donde van todos los vecinos y familiares a rezar. Estas novenas se hacen en memoria de algún familiar llamado Juan.

La última noche se hace el remate con un carneo de chanco, del que se aprovecha la grasa para los chicharrones y la sangre para hacer las prietas. La carne se pone a ahumar, la que toma un rico sabor para la celebración en la víspera y en el día de San Juan. Se acompaña con rosca, sopaipillas y milcaos, que son panes hechos de papa.

Las creencias y costumbres de la gente del lugar hacen que esta noche sea todo un misterio, llena de fantasía.

Las familias se juntan para servirse todas las exquisiteces que ofrece el carneo de chanco y justo a las doce de la noche, empiezan a hacerse las pruebas. Le pedí a mi abuelo que me contara algunas, aunque el temor que sentía en ese momento se agrandaba cada vez más, haciendo que mis manos comiencen a transpirar.

Prueba de los árboles: a las doce de la noche,

se sale a dar correazos a los troncos de los árboles, para que la próxima cosecha sea buena y abundante.

Los entierros: son los tesoros que esconde la tierra y a las 12 de la noche del 23 de junio, arden, indicando el lugar en que se encuentran. Si se ven tres llamaradas, hay que correr a desenterrar el tesoro.

El huevo en la copa: Se vacía un huevo en un vaso con agua; si se revienta formando figuras, quiere decir que le irá mal ese año y si el huevo queda intacto, significa que será un muy buen año.

El zapato: en la entrada de la casa y dando la espalda a la puerta, se tiran los zapatos. Si quedan con la punta hacia la puerta, significa que la persona se irá del lugar; si ocurre lo contrario, permanecerá por siempre en aquel lugar.

La prueba de la papa: se pelan tres papas, una a medio pelar, otra pelada entera y la última con cuero. A las 12 de la noche, se tiran las papas en un lugar oscuro, después se busca una sola y de ella dependerá la suerte. Si se saca la papa pelada, la pobreza estará cerca; si es la media pelada, vivirá con lo suficiente y si saca la papa con cuero, la felicidad y el dinero lo acompañarán.

Estas y otras historias contadas por mi querido abuelo, hoy todavía la gente las realiza. Este año hice la prueba de la papa y me salió la pelada entera: ojalá que no me resulte.

EL ÁRBOL ENCANTADO

Maria Francisca Araos Alvarez
10 años, 4° año básico
Escuela "Raquel Fernández de Morandé"
MELIPILLA REGIÓN METROPOLITANA



En una noche lluviosa y al lado de un brasero, mi papá me contó que hace aproximadamente unos cuarenta y seis años atrás, mi abuelo Miguel Araos salió una noche hacia afuera y, mirando la casa del vecino, vio aterrorizado cómo el álamo se prendía fuego desde el mismo tronco hacia la punta.

Rápidamente llamó a su esposa y a sus hijos, entre los cuales estaba mi papá, que hoy tiene cincuenta y cuatro años, para que vieran lo que estaba ocurriendo. Después, el árbol se apagó misteriosamente.

Al día siguiente, mi abuelo se asomó a la casa del vecino y el árbol estaba verde como si nada hubiese pasado allí.

Todas las noches ocurría lo mismo, hasta que un buen día mi abuelo, preocupado, decidió contarle al vecino lo que estaba ocurriendo. El vecino, asustadísimo, le prometió a mi abuelo que si aquella noche ocurría lo mismo, al día siguiente lo cortaría.

Aquella noche volvió a repetirse el episodio y como ya sabemos que lo prometido es deuda, al día siguiente el vecino, ayudado por mi abuelo, cortó el gran árbol con mucho esfuerzo y sacaron las raíces para que nunca más creciera.

¡Y adivinen lo que encontraron! Debajo de la tierra había nada más ni nada menos que viejos utensilios de greda que, seguramente, pertenecían a los antepasados que vivieron en este lugar llamado San Juan de Popeta, sector rural a 22 km de la ciudad de Melipilla, donde yo nací.

EL REBAÑO DE OVEJAS

Juan Eduardo Gangas Zenteno
8 años, 3º año básico
Escuela Rural El Culmén
LINARES VII REGIÓN



Se cuenta que don Bautista Salgado, dueño del antiguo fundo El Culmén, en el mes de diciembre de 1922 envió un gran número de ovejas a las lomas de la precordillera para que engordaran, pero al ir a buscarlas, no las encontraron.

Al pensar que se habían perdido, le dijo a don Juan Cerda que le daba el tercio de ellas si las traía de vuelta a la hacienda. Entonces partió don Juan Cerda con don Juan Ibáñez, caminando varios días, rastreando los animales, hasta que los vieron a lo lejos, cuando ya habían perdido las esperanzas.

Al otro día las arrearon y las llevaron camino abajo; pero como eran muy lobas, poco duraron juntas y se dispersaron entre los montes. Como ya era de noche, los arrieros decidieron separarse y tratar de juntarlas.

En eso estaban cuando don Juan Ibáñez sintió un grito y un rodar cerro abajo y luego silencio. Así que corrió cerro abajo, lleno de miedo, hasta las casas, dando allí la noticia que don Juan se había mandado por una barda y había muerto en el despeñadero.

En la hacienda lo velaron en ausencia durante dos días y como se acostumbraba en el campo, mataron una vaquilla para atender a la gente y compraron varias barricas de vino y todos se recordaban de la vida del finado.

Al otro día lo fueron a sepultar al cementerio de Pejerrey, localidad cercana. Cuando llevaban el *guando* con las ropas del difunto, al pasar por una orilla de un cerro, en lo alto estaba don Juan Cerda, medio maltratado y magullado, pero bien vivo, preguntándose a quién sería que iban a sepultar, mientras se persignaba devotamente.

EL ZORRO Y LA KIULA

Mónica Yesenia Maita Maita
9 años, 3° año básico
Escuela G - 114 "Cosapilla"
GENERAL LAGOS I REGIÓN



Un día, el zorro se encontró con una kiula en el camino. Estaba tan hambriento, que decidió atraparla. La kiula se entretenía picoteando la tierra y no notó la presencia del zorro, así que este rápidamente la atrapó.

El zorro le dijo a la kiula:

- Lo siento señora kiula, estoy tan hambriento que tendré que comérmela.

La kiula le respondió:

- Así es la vida, señor zorro, qué le vamos a hacer. Pero le diré un secreto: soy más sabrosa si me echa ají en la cola.

El zorro comenzó a moler ají. Cuando lo tuvo listo, agarró a la kiula por la cola y se la embetunó con ají. Mientras le echaba ají a la cola, la kiula se agitaba y se movía cada vez más. Con tanto movimiento, logró escapar, desprendiéndose de su cola. El zorro quedó con la cola en sus manos y con el ají en sus ojos.

El zorro, medio ciego por el ají, le preguntó a la cola:

-¿Dónde está el resto de tu cuerpo?

La cola de la kiula respondió:

- Se escondió entre esas espinas.

El zorro se acercó a las espinas buscando a la kiula, pero no estaba. Al dar la vuelta, la cola del zorro se enredó con las espinas y por más que trató de sacarla, no pudo.

Así el zorro murió de hambre y sed.

ESTOS ERAN DOS VIEJITOS: UN HOMBRE Y UNA MUJER

Lisbet Viveros Mella
8 años , 3° año básico
Escuela Particular N° 62 de Quichaltué
GALVARINO IX REGIÓN



ErEran unos viejitos que trabajaban en la montaña, haciendo tejuelas. Todos los días criticaban que por la culpa de Adán y Eva, ellos tenían que trabajar para ganarse el pan del día.

Regañaban por la desobediencia de la ley de Dios, porque Adán y Eva cometieron esta falta. En ese momento, cuando estaban culpando a Adán y Eva, se les presentó un hombre que les preguntó por qué regañaban tanto.

Ellos contestaron que por la culpa de Adán y Eva tenían que trabajar mucho. Entonces el hombre los llevó para la casa. Cuando llegaron a la casa, les dijeron: "trabajaran en nada".

Les pasaron una pieza y les sirvieron la comida, y en medio del comedor les pusieron un jarro grande boca abajo, diciéndoles que no lo tocaran. Todos los días la viejita pensaba "¿qué tendrá ese jarro? Al cuarto día la viejita lo levantó de a poquito y en eso salió una lauchita; esta se le arrancó y quisieron echarla dentro del jarro, pero no pudieron.

En ese momento llegó el patrón y les dijo:

- ¿No les dije que no tocaran ese jarro? También ustedes desobedecieron, igual que Adán y Eva. Ahora se van de nuevo a trabajar a la montaña por desobedientes.

LOS DIOSES TEHUELCHES

Pablo Ignacio Pérez Caruncho
13 años, 7º año básico
Escuela G - 35 "Diego Portales"
LAGUNA BLANCA XII REGIÓN



Hace muchos siglos, en la actual Patagonia chilena, escondidos entre los bosques de Lenga, vivían tres parejas de gigantes con poderes sobrenaturales. Eran los dioses de los Tehuelches: Viento y Fauna, Sol y Flora e Invernal y Lluvia. Vivían muy felices en los bosques, comiendo calafate en primavera y ñandúes, zorros, guanacos y algunos pájaros en verano.

Mientras, por su parte, cada treinta amaneceres los tehuelches les llevaban alguna ofrenda alimenticia, con las cuales los gigantes les proporcionaban el clima que el cacique deseara.

Dentro de la tribu vivía un malvado hechicero llamado Gult'Dan, que significaba "Caballero de la Muerte" y que pretendía ser el jefe de la tribu luego de matar a los dioses.

Un día en que llevaban el alimento a los gigantes, el mago le agregó un extraño líquido negro, poniendo la excusa de que era un nuevo condimento. Aquella sustancia era un veneno que causaría la muerte a quien lo consumiera.

Le llevaron el alimento a los gigantes; la primera en probar fue Fauna, quien devoró un guanaco al instante, pero después de cinco segundos la gigante cayó muerta, derribando un árbol y aplastando a cinco de los diez

tehuelches.

Viento, el esposo de Fauna, se enfureció hasta causar una tormenta y tomó a los otros cinco tehuelches, apretándolos hasta reventarlos.

Sol e Invernal se enojaron con Viento por lo sucedido y Flora y Lluvia con estos; finalmente, optaron por separarse cada uno por su lado.

Sol se fue a un planeta vacío en el espacio y lo convirtió en una inmensa bola de fuego, que derritió la zona de la capa de ozono que cubría la actual XII región.

Flora se escondió en una inmensa cueva subterránea para invernar y salir en primavera.

Invernal cubrió todo el lugar con nieve y hielo y se quedó ahí, esperando que terminara el invierno; por su parte, Lluvia se quedó dormida en una nube.

Viento, encolerizado, buscó al asesino de Fauna, quien al enterarse de lo ocurrido, se quitó la vida bebiendo del mismo veneno, para evitar las torturas a las que sería sometido por Viento. Debido a que el gigante todavía busca al asesino de su esposa, es que hoy en día es tan fuerte el viento en Magallanes.

SANTIAGO: EL ÚLTIMO ONA EN CAMERON

Marjorie Alejandra Núñez Andrade
10 años, 4º año básico
Escuela G - 43 "Capitán Ignacio Carrera Pinto"
TIMAUKEL XII REGIÓN



Había una vez un indio llamado Santiago, que vivía junto a su tribu en la isla de Tierra del Fuego. Él era bajo, gordo, moreno y macizo.

Acostumbraba visitar las estancias. En una ocasión vio como un médico hizo una traqueotomía a un enfermo y le salvó la vida.

Tiempo después, un compañero de su tribu se atoró y se estaba ahogando. Santiago trató de hacerle una traqueotomía, igual como se lo había visto hacer al médico blanco, pero lo degolló. Los demás miembros de la tribu pensaron que lo había matado intencionalmente y lo persiguieron para matarlo. Fue así que tuvo que huir y llegó hasta la actual Villa Cameron.

Alexander Cameron, que era el administrador de la Estancia, le dio trabajo como peón.

Santiago no quiso vivir junto al hombre blanco, así que se fue a ocho kilómetros de la Villa, en la ribera del río Mac-Lean. Allí levantó una ruca hecha de maderas y cueros de guanacos y vivía allí junto a sus siete perros. Cada día caminaba desde su ruca hasta Cameron y regresaba por las noches.

Así debieron transcurrir los últimos años del último ona, que debió pagar el costo de adap-

tarse a una civilización que lo condenó a la soledad.

Santiago falleció a los 70 años aproximadamente, en 1936. Sus restos fueron enterrados en el pequeño cementerio de Cameron, junto a otros peones blancos y colonos ingleses, donde actualmente aún se encuentra.

TEMPOREROS

José Danilo Navía S.
11 años, 6° año básico
Escuela G - 168 de Rautén
QUILLOTA V REGIÓN



Me contó mi papá que hace mucho tiempo atrás aquí, a la hacienda Rautén, llegaba mucha gente afuerina a trabajar, llamados "temporeros". Trabajan en siegas de trigo.

Un día llegó Pedro Lobos y se puso a trabajar en pareja con Juan, a trato.

Después de trabajar mucho, Pedro y Juan se ponían a descansar debajo de un espino. Pedro, muy enojado, le reclamaba que los dos iban a ganar igual y Juan le respondía que trabajara tranquilo, porque a él le tocaba en la noche.

Terminó la jornada del día y Pedro segó media cuadra en todo el día; muy disgustado, se fue a descansar y Juan volvió en la noche a segar y segó tres cuadras y media en esa noche.

Al día siguiente, cuando volvió Pedro, se encontró con la sorpresa que Juan había segado tres cuadras y media y se pudo a segar todo el día y de nuevo segó media cuadra y Juan descansaba tranquilamente debajo del espino nuevamente.

Pedro le volvía a reclamar y Juan le decía "trabaje tranquilo, que yo trabajo en la noche". Y Pedro se puso a pensar que por qué él trabajaba de día y Juan de noche. Entonces se pusie-

ron a discutir y Juan, pegando un salto y unas risas y tirando fuego por la boca, se fue saltando los cerros y Pedro se dio cuenta que estaba trabajando con el mismo Diablo.

VERSICUENTO

LA ABUELITA JUANA

Giovanna Macarena Pérez Galdames
12 años, 6° año básico
Escuela San Alberto, Rinconada de Guzmanes
PUTAENDO V REGIÓN



La Abuelita Juana
es ya muy anciana,
camina muy lento,
tiene muchas canas.

Vive en su casita,
tranquila y solita
sin más compañía
que su nietecita.

Se sienta junto al fuego,
le gusta tomar mate,
con hallullas calientitas
y ensaladas de tomates.

Siempre va al gallinero,
a recoger los huevitos
que colocan sus gallinas,
gansos y patitos.

En el corral los caballos
relinchan cuando la ven,
porque ellos saben muy bien,
que les lleva de comer.

Tiene muchos perros
bravos y juguetones.
Andan detrás de ella,
mordiéndose los talones.

Los niños de la escuela,
siempre la pasan a ver.
Ella se pone contenta
de ver a los niños también.

Indice

INDICE

Categoría "A"		5
Historias Campesinas		
<u>Primeros Premios</u>		
DON FAUSTINO, UN OVEJERO DE LA PATAGONIA CHILENA	Edith Ruiz Aguilar	7
JUAN LARGO, KURRIWENTRU, EL BOTERO.	Elisa Ester Curimil Huenchumil	13
EL MINERO ZEPEDA	Bartolomé Ponce Castillo	16
Menciones Honrosas		
"...A LOS PIES DEL ELHUE"	Jorge Luis Llamosas	19
BATAULLOPIN, ÚLTIMO SEÑOR DE KOLLIGUAY	Marcela Davanzo de Amesti	24
ÉCHAME ACÁ ESAS PAJAS	Nelson Gómez León	35
EL POZO VERDE	Manuel Cariman Huentemil	37
EL CAICEO	Juan A. Caiceo Galdames	41
EL ÁNGEL QUE SE FUE LLORANDO	Ingrid González Nahuelhuen	44
EL VUELO DE MIGUEL	Martina H. Aedo Rosales	48
LAS DOCE PALABRAS REDOBLADAS	Fernando Guajardo Zenteno	51
LA XUXUKA QUE NO DEJÓ DE SONAR	Viviana Lemuy Catrilef	55
LA VIUDA SANDOVAL	Eduardo Román Rodríguez	59
Mención Especial		
LONGKO NAWELWAL	Segundo Llamín Canulaf	63

Categoría "B"		67
<u>Me lo contó mi abuelito</u>		

Primeros Premios

LA SOPA DE PIEDRAS.	Brian B. Hidalgo Quezada	69
CUANDO DIOS CREÓ AL HOMBRE	Mario L. Ortiz Romero	71
SIGUE TU CAMINO, NIÑO MAPUCHE	Anael A. Canihuante Gutiérrez	73

Menciones Honrosas

EL MINERO BRUJO	Edgardo Bignani Díaz	76
EL NÁUFRAGO	Mauricio Almonacid	77
EL SAPO Y EL CÓNDR	Rodrigo D. Villegas Ancoma	79
LA HISTORIA DEL CACIQUE MAÑIL	Jorge S. Levio Rucal	80
LA MICHAY DE PAPOSO	Fabiola A. Astudillo Morales	81
LA ZORRA Y LA GUALLATA	Ana María Mamani Huaylla	82
LA GARZA BLANCA Y EL AGUA	Silvana Paz Gómez Ortiz	83
EL NEGRITO DEL PASTOREO	Alumnos de 3° y 4° básico Esc.G-106	84
PEDRO URDEMALES EN EL CULMÉN	José I. Ibáñez Ramírez	85
SAN JUAN:UN SANTO DE TRADICIÓN	Vanessa Velásquez Gallardo	86

Cuentos Recomendados

EL ÁRBOL ENCANTADO	María F. Araos Alvarez	87
EL REBAÑO DE OVEJAS	Juan E. Gangas Zenteno	88
EL ZORRO Y LA KIULA	Mónica Y. Maita Maita	89
ESTOS ERAN DOS VIEJITOS	Lisbet Viveros Mella	90
LOS DIOSES TEHUELCHES	Pablo I. Pérez Caruncho	91
SANTIAGO: EL ÚLTIMO ONA EN CAMERON	Marjorie A. Nuñez Andrade	92
TEMPOREROS	José Danilo Navia S.	93
LA ABUELITA JUANA	Giovanna M. Pérez Galdames	94

Auspician:



PROGRAMA
BASICA RURAL

Patrocinan:



TIERRA
adentro
con todos los recursos...

Organiza:

